

GUY DE MAUPASSANT

Teatro



Índice

En la *Feuille de Rose*. Una casa Turca

El Ensayo

Una Historia de Antaño

La Paz de la Pareja

Musotte

Madame Thomassin

Traducción y digitalización por José M. Ramos González

para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

**EN LA FEUILLE DE ROSE⁴. UNA CASA TURCA
(Á la feuille de rose. Una maison turque)**

PERSONAJES

Miché (*proxeneta*); **Cresta de Gallo** (*mozo del burdel*); **Señor Beauflanquet** (*Alcalde de Conville*); **Señora Beauflanquet** (*Alcaldesa de Conville*); **Léon** (*enamorado de la Sra. Beauflanquet*); **Raphaële, Fatma y Blondinette** (*Empleadas del burdel*); **Un pocero**; **Un capitán retirado**; **Un joven**; **Un soldado**; **Un marsellés**; **Un inglés**

La escena transcurre en el París de nuestros días, en un salón de burdel.
El salón está decorado con motivos orientales, con tres puertas al fondo y divanes a derecha e izquierda.

ooo0000ooo

ESCENA I

Miché - Cresta de Gallo

MICHÉ.- Bien, Cresta de Gallo, ¿ está todo listo ?

CRESTA DE GALLO.- Sí, Señor.

MICHÉ.- Vamos, aprisa, aprisa, no perdamos ni un instante que los negocios no van tan bien.

CRESTA DE GALLO.- Señor, acaban de traer los nuevos anuncios (*Le da un paquete.*)

MICHÉ (*leyendo*) Ah! bien, habrá que procurar distribuirlos discretamente.

CRESTA DE GALLO.- Cuente conmigo, Señor.

MICHÉ.- Veamos eso (*lee*) «Los pétalos de rosa, casa turca, salones y baños amueblados.»

CRESTA DE GALLO.- Bien amueblados.

MICHÉ (*leyendo*)- « Compañía selecta, distinguida, atenciones y distracción. Esta casa se ha levantado completamente nueva a semejanza de las de Turquía y se recomienda en particular a la atención de la alta sociedad. Se hablan todas las lenguas.»

CRESTA DE GALLO.- Eso no es ninguna tontería. Ha tenido una gran idea, patrón.

MICHÉ.- He vestido a mis chicas de turcas. ¡ Eso es !

CRESTA DE GALLO.- Una casa turca no se encuentra todos los días, y además el burgués es un apasionado de las turcas.

MICHÉ.- Sin eso, a fe mía, no sé como podría haberle dado publicidad.

CRESTA DE GALLO.- No tiene usted más que tres chicas en la casa.

MICHÉ.- Una que ha perdido su traje de baile.

CRESTA DE GALLO.- Otra que mata moscas y sorprende a los visitantes.

MICHÉ.- Solo Raphaële es presentable.

CRESTA DE GALLO (*suspirando*)- ¡ Ah ! ¡ Raphaële !, también ella ha estado al pie del cañón toda la semana.

MICHÉ.- ¿ Has acabado ?

CRESTA DE GALLO.- Si usted cree que resulta agradable ver a la mujer que se ama...

MICHÉ.- Todo eso son tonterías, tu quieres tomar mi puesto, ¿ no es así? Pues bien, no te arriesgues a perder tu situación por sensiblerías. Venga, voy a ver si ya se han vestido. (*sale*)

ESCENA II

CRESTA DE GALLO (*solo*) ¡ Raphaële ! (*cepillando el canapé*). Vaya por Dios, aún hay una mancha que no había visto (*toma una palangana sobre el canapé y frota la mancha.*) ¡ Ah ! ¡ putas ! Podrían poner más atención. Y aquí una no ha utilizado condón. Pero, ¿ a ver lo que tengo para esta noche? (*abre un cajón y extrae un puñado de condones*). Las tres

(*cuenta lentamente*) uno, dos, tres (encuentra uno lleno de sangre.) ¡ Ah ! no podré nunca limpiar este, seis...siete,...diez, ocho... Uno roto.

(*lo examina y sopla dentro.*)

¡ Ah mierda !... este ha servido a Blondinette, y está pinchado.

(*Sopla en otro.*)

¡ Ah ! este podrá volver a usarse. Creo que será la última vez. Venga, limpia, lava, cepilla, frota, enjabona. Quién lo hubiese dicho hace cinco años, cuando estaba en el seminario. ¡ Ah ! miserable criatura, qué has hecho de mi ¿ Por qué el cielo ha querido que volviese a encontrar a esa maldita lavandera que entonces repasaba mis remiendos, y, gracias a la que estoy condenado ahora a revisar los condones. ¡ Sucio oficio ! ¡ Hay que ver hasta donde nos precipitan las mujeres !... Jamás podré liberarme de esto. Es cierto que ella se encuentra todavía más bajo que yo. ¡ Ah ! Raphaële, vive aquí, sin remordimientos y sin añorar el pasado. Y yo sin embargo la amo...Hoy tengo ocupaciones. ¡Desgraciado Cresta de Gallo! Ellas me han puesto Cresta de Gallo, las muy guarras. Llamarse Cresta de Gallo, cuando hoy debería llamarme Abad Lecoq¹ ! ¡ Ah, mujeres, mujeres !

ESCENA III

Cresta de Gallo - Un pocero

CRESTA DE GALLO (*al pocero*).- ¿ Qué desea ?

EL POCERO.- Vengo a vaciar la mierda, los retretes... Soy po... po... po...

CRESTA DE GALLO.- ¿ Qué polla ?

EL POCERO.- Pocero.

CRESTA DE GALLO.- No son horas.

EL POCERO.- Es siem...siempre a esta hora cuando se... a esta hora cuando se los vacía.

CRESTA DE GALLO.- Aquí no, puesto que se trabaja de noche.

EL POCERO.- Voy a esperar a que se haya acabado el tra... tra...el trabajo.

CRESTA DE GALLO.- Váyase. Es imposible. Venga... a cagar de campo, no me enmierde.

EL POCERO.- (*colérico*) No, señor, yo no enmier...enmierdo...Al con...al con...al contrario, ¡ yo desenmierdo ! ¡ yo desenmierdo !

CRESTA DE GALLO.- Váyase usted, señor, váyase ya. (*El pocero sale.*)

ESCENA IV

Cresta de Gallo - Miché
Señor y Señora Beauflanquet

MICHÉ (*saludando ceremoniosamente*) Perfectamente, Señor. Pero ¿ con quién tengo el honor de hablar ?

SR. BEAUFLANQUET.- Señor Beauflanquet, Alcalde de Conville, y Señora Beauflanquet, mi esposa.

MICHÉ.- Así que usted viene de parte del Sr. Léon. Le aseguro que no lamentará haber entrado en mi casa.

SR. BEAUFLANQUET.- Esperamos, señor, haber entrado en un buen hotel. Denos una bonita habitación, dos camas y un cuarto de baño.

MICHÉ.- Sí, señor, descuide.

SR. BEAUFLANQUET.- La casa es tranquila ¿ verdad ?

MICHÉ.- Muy tranquila. Usted podrá dormir a brazo partido.

SRA. BEAUFLANQUET.- ¡Ah! amigo mío, creo que Léon ha hecho muy bien enviándonos aquí.

MICHÉ (*a Cresta de Gallo*) Conduce a la Señora y el Señor a la habitación amarilla.
(*Salen*)

ESCENA V

Miché - El pocero

MICHÉ.- ¿Que quiere usted ?

EL POCERO.- Quiero la llave, llave...la llave de...

MICHÉ.- ¿De quién? ¿Cleopatra?² Está en Saint-Lazare.

EL POCERO.- No, la llave del pozo negro, las de los retretes...

MICHÉ.- Pero hombre, vuelva usted a las cuatro de la mañana, no a esta hora, cuando se pueda vaciar eso aquí.

EL POCERO.- Es que a esa hora yo estaré ocu...ocu...ocupado.

MICHÉ.- Bueno, vuelva usted, vamos...

EL POCERO.- Hacer venir a las personas.... eso no es tener pi...pi...piedad.

(Miché lo empuja y el pocero sale.)

ESCENA VI

Miché - Cresta de Gallo

MICHÉ.- (*oliendo su mano*).- ¡ Aggg ! ¡ Aggg ! Y pensar que hay personas con estómago para ejercer semejantes oficios.

CRESTA DE GALLO (*entrando*).- ¿ Que es todo esto ? ¿ Quiénes son las personas que acabo de acompañar ?

MICHÉ.- Es un burgués que el Sr. Léon me envía con la burguesa que se quiere tirar.

CRESTA DE GALLO.- El caballero tiene cabeza de cornudo. Pero ¿ cómo va usted a organizar eso ? Hay que tener cuidado con la policía.

MICHÉ.- Este asunto no me viene nada mal. Haré pagar al marido y al amante, lo demás no me importa. A fe mía que es un buen negocio.

(se frota las manos)

CRESTA DE GALLO.- ¡ Que feliz ! como pez en el agua.

MICHÉ.- ¿ Que es lo que dices de un pez ?. Ya está bien de bromas. Por favor, Señor Cresta de Gallo.

CRESTA DE GALLO.- Yo, Señor...no, nada. (*aparte*) No se habla de sogas en la casa de un ahorcado.

ESCENA VII

Miché - Cresta de Gallo - Léon

LÉON.- Saludos, Miché.

MICHÉ.- Señor Léon, a su disposición.

LÉON.- Usted ha debido recibir a un caballero y a una dama que he enviado a su casa. Encuentre un medio de enredar al marido.

MICHÉ.- ¡Ah, ah! ya lo veo venir. No está mal...la burguesa.

LÉON.- ¿ Qué quiere que le haga ? Sé bien que es impropio enviarla aquí. Pero tengo unas ganas locas de acostarme con ella y no tengo otros medios de conseguirlo... Vuestra complicidad será bien remunerada.

MICHÉ.- ¡Oh, cuente conmigo! Haré todo lo que esté en mi mano, aún lamentando que mi establecimientos no os satisfaga.

LÉON.- Vuestras chicas son encantadoras, pero una mujer de mundo...Eso es otra cosa. Esa mujer que se ofrece, se entrega, que nos pertenece completamente. Esa es la mujer que me gustaría poseer.

MICHÉ.- ¡Coño ! Debe tener cuidado. Perderse por las burguesas. Yo soy vuestro hombre.

LÉON.- Si esto resulta, sabe, daré, daré... Ahora hágame subir una botella de champán y un pollo frío, pues me muero de hambre.

MICHÉ.- Buen negocio.

(Léon y Cresta de Gallo salen.)

ESCENA VIII

Miché - Un jorobado

MICHÉ.- ¿ Conoce usted a alguna de esas damas ?
EL JOROBADO.- No señor. Pero no pido otra cosa que conocerlas.
MICHÉ.- Voy a llamarlas.
(*sale*).

ESCENA IX

EL JOROBADO.- No hay nada como un burdel. He disfrutado de las mujeres de mundo, pero no quiero más. Cuando uno se relaciona con una de ellas, no puede luego desprenderse, y además con esas pizguatas, son necesarios un montón de amañamientos, hay que pagar caro por su persona. A mí, me gusta meterme dentro de un habito negro. Y luego hay que tomar un montón de precauciones para comprometerlas, sin contar que hay días en los que uno se hace el primo, mientras que aquí las mujeres son siempre tan amables...
(*Las mujeres entran*)

ESCENA X

El jorobado - Raphaële - Blondinette - Fatma

LAS MUJERES.- Hola, señor.
EL JOROBADO.- Señoras, les presento mis respetos.
RAPHAËLE.- Haga su elección, señor, nosotras somos muy amables, muy corteses, muy guarras.
EL JOROBADO.- No lo dudo, señoras, no lo dudo. Nada más veros puede adivinarse.
RAPHAËLE.- ¡ Es muy mono el pequeñín ! ¡ Y bastante gentil ! Vamos, decídase. Elija a una de nosotras.
EL JOROBADO.- Es que estoy muy indeciso para elegir.
RAPHAËLE.- Yo en vuestro lugar no tendría dudas.
EL JOROBADO.- ¿ Cómo es eso ?
RAPHAËLE.- Yo tomaría a Raphaële.
EL JOROBADO.- ¡Ah! muy bonita... muy bonita...
RAPHAËLE.- Mientras esperamos a que elija, ¿ invita usted a algo ?
EL JOROBADO.- Oh gracias. No tengo sed. No bebo nada entre comidas.
FATMA.- Que gentil es este amor. Vamos, decídete Apolo mío.
EL JOROBADO.- ¡ Ah ! me haces ruborizar.
FATMA.- Tu debes ser de Chartres.
EL JOROBADO.- ¿ Por qué dices eso ?
FATMA.- Porque eres de Beauce³.
EL JOROBADO (*herido en su amor propio*).- Tú, tu debes ser de Asnières.
FATMA.- ¿ Por qué ?
EL JOROBADO.- Seguro que te has tragado una rata muerta del Gran Colector.
FATMA.- ¡ Acaba ya, camello !
RAPHAËLE.- Vamos ¡ ven, mi chiquitín !
EL JOROBADO.- Tú, tu me calientas, tienes aspecto de buena chica y además tienes de lo otro.
RAPHAËLE.- Y también tengo unos talentos peculiares.
EL JOROBADO.- Eso, eso me entusiasma, porque me gusta todo completo.
RAPHAËLE.- Ven, me la meterás como quieras.
EL JOROBADO.-Vamos, vamos, ¡ me perviertes !
CRESTA DE GALLO (*entrando con confusión*) ¡ Siempre Raphaële ! (*al jorobado*) ¿ Necesita seguridad ?
EL JOROBADO.- Sí, nunca es perjudicial. (*examina los condones*)
CRESTA DE GALLO.- ¿ Señor quiere pagar ? (*el jorobado paga*) El señor no olvidará al mozo.
EL JOROBADO.- Puedes estar tranquilo, nunca olvidaré tu fisonomía.
(*sale con Raphaële.*)
(*Cresta de Gallo hace un movimiento desesperado.*)

ESCENA XI

Miché - Cresta de Gallo -Fatma
Blondinette - Señora Beauflanquet

CRESTA DE GALLO (*depositando el dinero en las manos de Miché*) Un trabajillo de la Señora Raphaële.

SRA. BEAUFLANQUET (*entrando*).- Me ha parecido oír la voz del Sr. Léon.

MICHÉ.- Si, señora, acaba de llegar y creo que estará encantado de veros.

SRA. BEAUFLANQUET.- Mi marido se ha acostado y se ha dormido mientras yo desembalaba mis efectos, voy a despertarle para que vea a su primo.

MICHÉ.- No vale la pena, ya voy yo.

SRA. BEAUFLANQUET.- (*advirtiendo la presencia de Fatma y Blondinette*) ¡ Ah ! que curioso atavío el de esas damas.

MICHÉ.- (*rascándose la oreja « aparte »*) ¡ Diablos! (*en alto*) Sí, señora, yo le explico. Esas damas forman parte de la Embajada turca. Su Excelencia el Sr. Embajador ha querido confiarme la guardia de su harén.

SRA. BEAUFLANQUET.- ¡ Ah! son damas turcas y hablan.

MICHÉ.- Hablan todas las lenguas (*aparte*) ¡ Hum! (*alto*) ¡ Ah! disculpe, hablan el francés como usted y yo.

CRESTA DE GALLO (*entrando*).- Señor Miché, el jorobado está discutiendo con la señorita Raphaële.

MICHÉ.- ¡ Ah ! ¡ ese gusano !, espérame.

(*sale*)

ESCENA XII

Raphaële - Fatma - Blondinette
Señora Beauflanquet - Cresta de Gallo

RAPHAËLE (*entrando y hablándose a si misma*).- Ese bruto, bajo pretexto de que ha descargado en su pantalón, no quería darme mi parte. (*Toma su dinero en su media. Se da cuenta de la presencia de la Señora Beauflanquet*) ¡ Una nueva ! (*La señora Beauflanquet la saluda*)

SEÑORA BEAUFLANQUET.- Señoras, he oído hablar mucho del interior de los harenes, pero jamás tuve la ocasión de visitar uno.

RAPHAËLE.- ¡ Ah! es la primera vez que entra en una casa.

SEÑORA BEAUFLANQUET.- Turca...sí, señora.

RAPHAËLE.- Sin embargo usted ha visto mundo con frecuencia.

SEÑORA BEAUFLANQUET.- ¡ Ah ! Desde luego, señora.

RAPHAËLE.- ¿ Ha practicado todas las posiciones ?

SEÑORA BEAUFLANQUET.- No, el Señor Beauflanquet no cambia nunca.

RAPHAËLE.- ¿ Quién es ese Beauflanquet ? No conozco a ese chulo.

SEÑORA BEAUFLANQUET.- ¡ Chulo !. Ese debe ser un título turco.

RAPHAËLE.- ¿ Que tal hace usted la *feuille de rose* ⁴?

SEÑORA BEAUFLANQUET.-¿ Pétalo de rosa ? (*aparte*) ah sí, unas confituras de Turquía (*en alto*) nunca lo he comido.

(*Las mujeres rompen a reír*)

FATMA.- ¡ No conoce la *feuille de rose*! ¿ Qué es lo que hace entonces ?

RAPHAËLE.- ¿ Y el saladito entonces ?

SEÑORA BEAUFLANQUET.- ¡ Ah! eso sí.

RAPHAËLE.- ¿ Conoce la galga ?

SEÑORA BEAUFLANQUET.- Sí.

RAPHAËLE.- ¿ El perdigón - el travieso - el sesenta y nueve - la perezosa - la carretilla ?

SEÑORA BEAUFLANQUET (*asombrada*).- Sí, yo conozco esas cosas (*aparte*) Que preguntas más raras hacen las mujeres de Turquía. Se me había dicho en tantas ocasiones que las odaliscas eran unas ignorantes.

RAPHAËLE.- ¿ Le gusta ahuecarse el gato ?

SEÑORA BEAUFLANQUET.- ¡ Oh ! Adoro los gatos.
RAPHAËLE.- ¡ Ah ! bien, pues tenemos los mismos gustos, yo os ofreceré el mío.
MADAME BEAUFLANQUET.- No pido nada mejor. Estoy muy privada cuando no lo tengo.
RAPHAËLE (*acariciándola*).- Nos entenderemos muy bien, monadita.
MICHÉ (*entrando con Cresta de Gallo*) Señora, el Sr. Léon os espera.
SEÑORA BEAUFLANQUET.- ¿ Y mi marido ?
MICHÉ.- No se inquiete, yo lo he avisado.
(*La señora Beauflanquet y Cresta de Gallo salen.*)

ESCENA XIII

Raphaële - Miché - Fatma

MICHÉ.- Vamos, chicas, hoy se trata de utilizaros. Libro una batalla y tengo que utilizar mi vieja guardia.
FATMA.- ¡Ah! bien, que diplomático.
MICHE.- Prestad atención. Es una propuesta histórica. Vamos, escuchadme. Hay aquí un cliente del que debo encargarme durante una o dos horas. Si él viene a meter su vil hocico por aquí, tratad de trabajarlo con propiedad; haced que salga; hay mucho que ganar para todo el mundo, y si se hace el remolón dad cuenta de él.
RAPHAËLE.- Esté tranquilo.
CRESTA DE GALLO (*entrando*).- Atención todo el mundo. Llega el Capitán.

ESCENA XIV

Los mismos - El Capitán

MICHÉ.- Vamos, colocaos, mis nenitas. Un pequeño cuadro siempre es de buen efecto.
EL CAPITÁN.- ¡ Bien ! las nenas y el servicio. Siempre firmes en el puesto.
RAPHAËLE.- Siempre General.
EL CAPITÁN (*haciendo un gesto de esgrima*) ¿ Estás lista para un pequeño asalto ?
RAPHAËLE (*imitando su gesto*) Ciertamente General, es un honor que me hace.
EL CAPITAN.- No haré nada.
RAPHAËLE.- Por obediencia.
EL CAPITÁN.- Defendeos (*las mujeres lo rodean y lo acarician*) Vamos acabemos, ustedes saben bien que no me gustan estas cosas. No tengo necesidad de ser excitado; yo no soy como vuestros mirlos blancos y vuestros borrachitos.
FATMA.- Vamos, General, elegid.
EL CAPITÁN.- Veamos, formemos filas (*elevando la voz*). Firmes, pelotón.
RAPHAËLE.- Toque, toque, General.
EL CAPITÁN.- Esta bella siempre tan espiritual. Alineación derecha, firmes. Pelotón, derecha - Bonito culo la primera - Pelotón, giro a la derecha.- Numero 1, tres pasos adelante, paso ligero.
RAPHAËLE. (*da tres pasos adelante*) Gracias por la elección, mi General.
CRESTA DE GALLO (*aparte*) ¡ Otra vez eligen a Raphaël ! (*al capitán*) La contraseña, mi General (*El capitán paga*) ¿ Desea usted un preservativo para su sable ?
EL CAPITÁN (*rechazando un condón que le ofrece Cresta de Gallo*) Jamás. Yo no me sirvo de ese artilugio ¿ Acaso se pone un forro en el sable para ir a la carga ?
CRESTA DE GALLO (*aparte*) Más bien a la descarga.

ESCENA XV

Fatma - Blondinette - Cresta de Gallo - Miché

CRESTA DE GALLO.- Un trabajillo de la Señora Raphaële.
MICHÉ.- Trabaja bien esa Raphaële.
FATMA.- Tiene suerte esa zorróna.
BLONDINETTE.- No sé que le ven

FATMA.- Sin embargo puede vanagloriarse de trabajar tan bien.

CRESTA DE GALLO.- ¿ Acaso hay alguna de vosotras que pueda emularla ?

FATMA.- Se diría que se la toma al peso, semejante vaca, haría mejor mostrándose en la feria.

CRESTA DE GALLO.- Cállate, con tus aspavientos y tus piernas de tenazas, cuando abrazas a las personas, éstas creen recibir bastonazos.

MICHÉ.- Vamos, ¿ se ha acabado todo esto ? Si yo no os tuviese, estaría fresco; no hay que discutir aquí.

CRESTA DE GALLO.- El señor rinde justicia a nuestro mérito.

FATMA.- ¡Eh! aquí está el becerro.

CRESTA DE GALLO.- Cuando tengas tanto talento como ella, podrás hablar.

FATMA.- ¿ Talento? Como si una tuviese que volver a aprender.

CRESTA DE GALLO.- Sé bien que tienes la experiencia de la edad, tal vez te hayas acostado con Matusalén.

MICHÉ.- Vamos, callaos, ¿ se acabó este caos ?

FATMA.- Es él quién me abronca, este renegado del hisopo.

MICHÉ (a Fatma).- ¿ Quieres callarte ?

CRESTA DE GALLO.- ¿ Por que critica a Raphaële esta sucia zorra ?

MICHÉ (a Cresta de Gallo) ¡ Se acabó !

FATMA.- ¿ Será necesario poner guantes para hablar de tu puñetera novia ?

CRESTA DE GALLO (furioso) Repite eso, que te estampo mi puño en tu boca.

FATMA.- ¿ Tú ?

CRESTA DE GALLO.- Sí, yo

MICHÉ (separándolos).- Veamos, voy a arreglaros pedazos de golfos.

CRESTA DE GALLO.- El señor tiene razón. La cólera es mala consejera, nos hace perder la cabeza. Es mi falta después de todo, y confieso humildemente mis errores, pues soy yo quién debería dar buen ejemplo aquí. Fatma, ¿ quieres darme la mano ? Sepamos perdonar las ofensas y no olvidemos que no se debe hacer a otro lo que no se quiere que nos hagan a nosotros. En lugar de hablar mal del prójimo, esforcémonos...

FATMA (riéndose) ¡ Venga ya ! He aquí el abad que predica. ¡ Mierda !

MICHÉ.- Atención, alguien entra.

ESCENA XVI

Los mismos - Raphaële - Un marsellés

RAPHAËLE (volviendo a entrar) ¡Magnífico! He aquí un hombre que me gusta; nos hace eso en dos tiempos.

UN MARSELLÉS (entrando) Hola, hermozaz.

LAS MUJERES.- Entrad pues, somos muy amables, muy educadas, muy guarras.

EL MARSELLÉS.- Yo zé bien que eztaiz aquí para ezo. Faltaría maz que no fuezeis guarras, zino al día ziguiete nadie vendría a veros, pequeñez.

(las mujeres lo rodean)

RAPHAËLE.- Elegidme queridito.

EL MARSELLÉS.- Y yo zé bien. Y como quierez que yo elija, siendo todas maravillozamente bellaz. Yo eztoy muy confundido, zoiz todaz encantadoraz.

RAPHAËLE.- Yo en vuestro lugar no tendría ninguna duda.

EL MARSELLÉS.- ¿ Y ezo ?

RAPHAËLE.- Yo elegiría a Raphaële

EL MARSELLÉS.- Raphaële, apuezto que zoiz voz; solicito ver las habitacionez.

RAPHAËLE.- Venid.

EL MARSELLÉS.- ¿ Quierez que te lo haga ? No podré forrar mi dedito. ¡ Bravo por la querida Marzella! Uzted no conoce la Canebière⁵. Allí hay hermozaz mujeres que lo tienen tan grande como mi zombrero. ¡Trono de Dioz! si hazta ze puede uno introducir allí dentro.

MICHÉ.- Venga bromista, uno conoce la Canebière, ¡como si las pollas marsellesas fuesen más poderosas que las de los demás !

EL MARSELLÉS.- ¡ Laz pollaz marzellezaz ! Son como el mazcarón de proa de un navío. ¡Y no oz guztaría si tuviezeiz una entre laz nalgaz,

MICHÉ.- A mí desde luego que no.

EL MARSELLÉS.- ¡ Zin contar que deberíaiz tener un famozo culo para recibirla ! Una

polla marzelléza, mirad, cuando me empalmo zoy terrible, y me empalmo ziembre. Una vez, amigo, me había acoztado con una mujer, dezgraciada, la follé, la bifollé, la trifollé, la refollé, y cuando hube acabado, en la duodécima vez, zin interrupción, advertí que eztaba muerta. Mi polla le había agujereado el vientre, y el médico, que certificó la defunción, reconoció que había zido axfiziada por mi polla que le había entrado en la garganta.

FATMA.- Pues bien, gracias, tu puedes hurgar que yo follo contigo.

MICHÉ.(*burlándose*).- Pues fíjate, yo en un incendio un día subí al cuarto piso de una casa que estaba en llamas. Había allí cuatro personas que salvar. Tomé al marido sobre mi espalda, al padre de la mano derecha, la madre de la mano izquierda, quedaba la esposa, ¿cómo hacer? La subí a caballo sobre mi polla, y descendiendo la escalera, sin detenerme, me la follé cuatro veces, una vez en cada piso.

CRESTA DE GALLO. Ahi tiene, sí señor, él se empalma como el obelisco.

EL MARSELLÉS.- ¡ El obelizco ! para mí una minucia cuando debía cazarme

RAPHAËLE.- ¡ Ah ! estáis casado.

EL MARSELLES.- Eztoy feliz ziendo viudo. Mi futura ezpoza me tentaba de tal modo cuando le hacía la corte que, al volver a mi habitación por la noche, y quería mear en mi bacinilla, era imposible, mi polla eztaba enhiezta. Habría mojado todo el techo, ezo era tremendo, ¿ qué habría hecho uzted ?

CRESTA DE GALLO.- No lo sé.

MICHÉ.- Yo habría meado por la ventana.

EL MARSELLÉS.- ¡ Y los vecinoz, coño ! ¡ Metí la polla por la chimenea y meé por encima de loz tejadoz !

MICHÉ.- ¡ Bien ! Voy a mostrarle algo que jamás ha visto. Es la polla de mi abuelo que he hecho disecar. Es todo lo que me ha dejado, y verá como se lo gastan los miembros de mi familia. (*dirigiéndose a Cresta de Gallo*) ¡ Vamos, descubre el objeto !

(*Cresta de Gallo abre las cortinas del fondo. Se ve un inmenso pene de cartón colgado en la pared*)

EL MARSELLÉS.- ¡ Ah ! Confiezo que nunca he vizto nada parecido. Y cuando se empalmaba debía zer bien hermoza.

(*Saluda al fallo*)

MICHÉ.- ¡ Señoras, por el poder de vuestros encantos concededle su primer vigor !

(*las mujeres hacen unos pases con plumas de pavo real y bailan con paso oriental alrededor del fallo, mientras que Cresta de Gallo, mediante un mecanismo, lo coloca en posición de erección.*)

EL MARSELLÉS.- ¡ Ah ! ¡ ya no aguanto máz ! ¡ ven precioza !

CRESTA DE GALLO.- ¡ Raphaële ! ¡ Es imposible, va a reventarla !.

RAPHAËLE.- ¡Eres tonto!, ya he visto otras.

(*Miché sale. Cresta de Gallo y las mujeres quieren seguirlo*)

EL MARSELLÉS.- Me laz follaría bien a todas. (*A Cresta de Gallo enseñando el fallo*) Tu, quédate, vaz a hacer el bufón. Zorritas, hacedme una pequeña representación ahí.

(*Trata de follar a Raphaële*)

CRESTA DE GALLO (*dándole a la manivela*) ¡ Ah ! ¡desgraciado!, ¡ que suplicio ! Esto me recuerda la época en la que tocaba las campanas; ¡ ah ! ¡ Raphaële ! ¡ que suplicio ! ¡ Cómo es !. Y luego conmigo no querrá.

(*El marsellés se tira un pedo follando*)

RAPHAËLE.- Este maldito marsellés, siempre bromeando.

EL MARSELLÉS.- Todo me hace reír, yo no dizfruto.

RAPHAËLE.- ¡ Vamos pues !

EL MARSELLÉS.- ¡ Eh ! yo no gozo. No zé como ze hace. Ez la primera vez que me paza.

RAPHAËLE.- No vale la pena bromear tanto.

(*ella se levanta*)

EL MARSELLÉS.- ¡Eh, querida, ze hace lo que ze puede, coño...

(*mira su polla*)

RAPHAËLE.- Eso no es natural. ¿ Qué es lo que tienes, cerdo ? Tienes la sífilis.

EL MARSELLÉS.- ¡ Eh ! Ezo no ez nada, ez de nacimiento.

CRESTA DE GALLO (*aterrorizado le lleva una palangana*) Vamos, lávate enseguida.

EL MARSELLÉS.- Zeñoraz, yo oz zaludo.

LAS MUJERES.- Y nuestros honorarios, nuestros honorarios.

EL MARSELLÉS.- ¡ Eh ! mira que zoiz zorras, no me jodaiz, ¡ queréiz el dinero por no

hacer nada ! (al público) Ez la primera vez que ezto me paza. (Se disculpa.)
RAPHAËLE.- ¡ Eh ! ¡ vete pues cojón blando ! ¡ Camello de la Canebière !

ESCENA XVII

Miché - Señor Beauflanquet

SR. BEAUFLANQUET.- ¿ Ha visto usted a la Sra. Beauflanquet ?

MICHÉ.- Perdón, señor, ella estaba aquí hace un instante. Está en este momento en las habitaciones privadas de esas damas que, con el beneplácito de Su Excelencia el Señor Embajador de Turquía, yo le he concedido el permiso de visitar.

SR. BEAUFLANQUET (advirtiendo la presencia de las mujeres) ¡ Ah ! ¡ las damas !

MICHÉ.- ¡ El harén de Su Excelencia !

SR. BEAUFLANQUET.- ¡ Ah !

MICHÉ.- La cuestión es que no estando aún preparados los apartamentos de la embajada, Su Excelencia me ha encargado la custodia de su harén.

SR. BEAUFLANQUET.- Señoras, estoy verdaderamente confuso, no me esperaba a esta hora tan avanzada tener el honor de vuestra Compañía. Perdonad, os lo ruego, la irreverencia de mi vestimenta.

(está en pijama)

MICHÉ.- No hay de que, Su Excelencia no está nunca más cubierto que de ese modo, y a menudo lo está menos.

SR. BEAUFLANQUET (poniéndose meloso) Para eso habría que tener los privilegios de Su Excelencia. Es cierto que no pido otra cosa.

RAPHAËLE (riéndose) Pida, mi gatito.

SR. BEAUFLANQUET (estupefacto) ¿ Eh ?

MICHÉ.- No os asombréis, señor. Usted comprenderá que estas damas no viendo nunca a otro hombre que no sea su Excelencia, estén acostumbradas a ciertas libertades de intenciones y de comportamientos a los que, en este caso, no hay inconveniente.

SR. BEAUFLANQUET.- Desde luego (con espanto) pero he oído decir que se cortaba sin piedad la cabeza a todo individuo que entraba en un harén. Créame, Señor que lo he hecho absolutamente por descuido. (quiere retirarse)

MICHÉ.- Sí, señor, eso se hace en Turquía, pero en Francia se es menos cruel. Además, como estas damas están confiadas exclusivamente a mi cuidado, es a mí a quién concierne esa precaución. Es la primera vez además que este caso se presenta y gracias a vuestra generosidad, seré menos severo.

SR. BEAUFLANQUET.- Pero, si usted hablase. ¿ Que pasaría ?

MICHÉ.- Sería abandonado a la venganza de las autoridades turcas.

SR. BEAUFLANQUET.- ¿ Y que harían las autoridades turcas ?

MICHÉ.- Os cortarían la cabeza, señor.

SR. BEAUFLANQUET (aparte) ¡Ah, diablos!

(Desliza dos luses a Miché que se inclina profundamente)

MICHÉ.- Si usted desea, Señor, conversar en privado con esas damas, yo os dejaré un instante solo con ellas, estoy ciego y mudo.

FATMA.- ¿Qué dice usted que es?

SR. BEAUFLANQUET.- Alcalde de Conville, en Normandía, es lo que se llamaría un pachá en vuestro país. Sí, soy eso, el pachá de Conville, el pachá.

RAPHAËLE.- ¿ Qué es lo que quieres hacer ? Si no te gusta el gato, hay que talar una pluma.

(Raphaële lo acaricia de un lado y Fatma del otro)

SR. BEAUFLANQUET (aparte, dando pequeños saltos) ¡Qué aventura! me parece que les gusto. (en alto) ¡ Ah ! señoras, estoy...(aparte) ¡ están rabiosas estas turcas !

CRESTA DE GALLO (entrando con las consumiciones y a punto de dejar caer todo) ¡ Otra vez Raphaële ! ¡ nunca me acostumbraré !

(dispone los vasos sobre la mesa y se escapa)

SR. BEAUFLANQUET (levantándose) ¡ Ah ! señoras, después de esto bien se puede... (agarra a Raphaële que se pone en pompa). Cometo adulterio, pero ¡ bah ! una turca.

CRESTA DE GALLO (en la puerta) ¡ Atención ! Llega alguien.

(El señor Beauflanquet se levanta de un salto y se escapa con los pantalones bajados)

ESCENA XIX

Las mujeres- Un muchacho -Cresta de Gallo

LAS MUJERES.-Entra gatito, mi bebé, mi queridito, somos muy solícitas, muy guarras, entra pues queridín, entra.

CRESTA DE GALLO.- Entre caballero, estas damas son muy amables.

EL MUCHACHO (*permaneciendo en la puerta*).- Entraré si quiero, dejadme tranquilo.

LAS MUJERES.- Muy corteses, muy guarras.

CRESTA DE GALLO.- Entre, señor, quedará muy contento.

LAS MUJERES.- Muy solícitas. Entre pues, pero entre.

(*el muchacho se va sin decir nada*)

LAS MUJERES (*al unísono*).- ¡ Pues bien ! ¡ Vete a cagar !

MICHÉ (*entrando*).- ¿ Qué pasa ?

CRESTA DE GALLO.- Se ha ido.

MICHÉ.- Ha despreciado a unas zorras como estas, ahora dejas marchar a las personas. Eso no me gusta.

CRESTA DE GALLO.- Aquí viene un militar; ¿ Lo dejamos entrar ?

MICHÉ.- Hay que ver. Tal vez tenga dinero. Actúad siempre y tratar de estar más al loro.

ESCENA XX

Las mujeres - Cresta de gallo - Un soldado

EL SOLDADO.- ¿ Queréis subir ?

LAS MUJERES.- ¿ Quién ? ¿ Yo ? ¿ Yo ? Elige guapo, somos muy solícitas, muy guarras.

EL SOLDADO.- ¡ Ah! tengo que elegir. Me da igual cualquiera

RAPHAËLE.- Es igual, elegidme mi hermoso rubio, tomad a Raphaële.

FATMA.- Elige a Fatma

BLONDINETTE.- Toma a Blondinette

LAS MUJERES.- Muy solícitas, muy guarras.

EL SOLDADO.- Insisto en que me da igual.

RAPHAËLE.- ¡ Eh ! nos confundes. Vamos, ¿ vendrás ?

EL SOLDADO.- Si usted quiere subiré, gorda, yo seré vuestro Cupidón.

CRESTA DE GALLO.- ¡ Siempre Raphaële ! Militar, hay que pagar antes.

EL SOLDADO.- Toma, toma (*Extiende su pañuelo y toma el dinero en una esquina*)

CRESTA DE GALLO.- Vamos, militar.

EL SOLDADO.- Yo acato vuestras ordenes. Aquí están veinte centavos.

CRESTA DE GALLO.- ¡ Veinte centavos! ¿ Te burlas de nosotros ?

EL SOLDADO.- Diez para la casa y diez para la chica.

CRESTA DE GALLO.- Pero aquí son cinco francos para la casa.

EL SOLDADO.- Cien centavos para la casa, ¡ de eso nada! En Courbevoie son diez centavos para la casa y se da si se quiere a la muchacha que siempre es amable con los soldados.

CRESTA DE GALLO.- Aquí son cinco francos.

EL SOLDADO.- Yo no tengo esa cantidad, devuélvame mi dinero.

CRESTA DE GALLO.- Aquí están vuestros veinte centavos.

EL SOLDADO. No tendrá un bidón, un vaso, alguna bacinilla en la que orinar por la noche.

CRESTA DE GALLO.- Una palangana de habitación. ¡ Tome!

EL SOLDADO (*a Raphaële*) Sería tan amable de mear algunas gotas en la palangana.

RAPHAËLE.- ¿ Por qué? (*ella mea*) Tenga.

(*El soldado toma la palangana y se dispone a desabotonar su pantalón.*)

RAPHAËLE.- Se va a hacer una paja dentro.

EL SOLDADO.- Voy a hacerle beber el caldo, puesto que la carne es demasiado cara.

CRESTA DE GALLO.- Vamos, deje eso, salga de aquí, si usted no quiere pagar.

EL SOLDADO.- Cien centavos, ¡ mecachis ! Eso es demasiado

(*sale*)

ESCENA XXI

Miché - Las mujeres - Cresta de Gallo

MICHÉ.- ¡Bien! ¿Que hay?

CRESTA DE GALLO.- Era un militar que no quería pagar más que diez centavos como en Courbevoie (*aparte*) ¡¡ diez centavos a Raphaële !!

RAPHAËLE (a *Miché*) Señor, ¿ podemos subir cinco minutos a nuestras habitaciones ?

MICHÉ.- ¡d a vuestras habitaciones, si queréis, pero estad dispuestas a bajar enseguida que se os requiera.

(*Salen seguidas de Cresta de Gallo.*)

ESCENA XXII

MICHÉ (*solo*) Esto no marcha esta noche. Si no tuviese el asunto del Sr. Léon, no tendría ni para gastos. Ese si que es un buen negocio. Si los hubiese siempre así, no tardaría en retirarme al campo. Cuando tenga la cartera llena compraré una casita en Bezons y remaré todo el tiempo, no vivir mas que en el agua, eso me cambiará.

ESCENA XXIII

Miché - Un inglés

EL INGLÉS.- Saludos, señogg

MICHÉ (*aparte*) ¡ Ah ! un inglés, buen negocio.

EL INGLÉS.- Deseo visitagg vuestggo establecimiento.

MICHÉ.- A vuestro servicio señor.

EL INGLÉS.- Venía a vegg vuestggo Museo

MICHÉ.- ¿ Eh ?

EL INGLÉS.- El Museo

MICHÉ.- Pero, Señor, no tengo un Museo.

EL INGLÉS.- Usted es el Sr. Miouchett

MICHÉ.- Miché

EL INGLÉS.- ¡ Oh yes! very good, Miché. Venía a vegg vuestggo Museo de cera de figuggas de mujegg paggturientas y pequeños fetos en alcohol. Unos amigos, muy buenos muchachos, me han dicho que egga en su casa, Señogg Miouchett.

MICHÉ.- ¡ Miché !

EL INGLÉS.- Oh yes, very good, Miché.

MICHÉ (*aparte*).- ¡Oh, que idea! (*en alto*) os contaré. Tengo un museo de cera, pero no está aún desembalado.

EL INGLÉS.- ¿ Desembalado ?

MICHÉ.- Sí, preparado, dispuesto; eso va a requerir un poco de tiempo.

EL INGLÉS.- ¡ Oh ! No tengo pggisa.

MICHÉ.- Y además va a ocasionar unos gastos. No os lo puedo enseñar sin que seais generoso.

EL INGLÉS.- ¡ Oh ! Pagaggé lo que quiegga. Tenga (*toma dinero de su bolsillo - Miché lo toma*) ¡Ah! eso ha sido caro (*aparte*) Pero veggé. En Francia veo siempre lo que quieggo; ha sido caggo, pero veggé.

MICHÉ.- Bien. Si quiere entrar en la salita. Lo llamaré cuando esté todo listo.

EL INGLÉS.- All right. Gggacias Señor Miouchett.

MICHÉ.- Miché.

EL INGLÉS.- Oh yes. Very good, Miché.

ESCENA XXIV

Miché - Las mujeres

MICHÉ.- Hay pasta que ganar. Tengo abajo un inglés que quiere a toda costa que le muestre un museo de cera. Acostaos sobre los canapés y las sillas y sobre todo no os mováis; fijas e inmóviles.

(las coloca haciendo tomar pose de figuras de cera en un Museo anatómico)
Bien. No os mováis. Voy a buscarlo.

ESCENA XXV

Los mismos - El inglés

EL INGLÉS (*examinando a las mujeres*) ¡ Ah ! es espléndido, espléndido, muy, muy natuggal, muy natuggal, all right, all right.

MICHÉ.- Todas las figuras están modeladas sobre el natural. Es la representación exacta del cuerpo humano, como puede usted ver nada le falta.

EL INGLÉS (*mirando de cerca a Raphaële*) ¡ Oh ! yes (*alejándose*) Tenía incluso olor.

RAPHAËL (*aparte*).- Ya lo creo, me he tirado un pedo.

MICHÉ.- Si usted desea el catálogo, son cinco francos más.

(*El inglés da cinco francos y tiende la mano para recibir el catálogo.*)

MICHÉ.- Únicamente voy a contárselo de viva voz porque no lo tengo todavía impreso.

Vea, he aquí un muy buen sujeto. Es una muchacha muerta en el baile a la edad de diecisiete años, perteneciendo a una gran familia y encontrándose embarazada. Para disimular su estado, se estrechaba en su corsé. Eso determinó una lesión de los intestinos y murió una noche, como le decía, saliendo del baile.

EL INGLÉS (*melancólico*) ¡Ah! como decía vuestro gran poeta, ella ha amado el baile, eso fue lo que la había hecho morir ! Ahora deseo ver los partos.

MICHÉ (*aparte*) ¡Ah, diablos ! (*en alto, mostrando a Raphaële*)- He aquí la pieza que nos servirá para las demostraciones.

EL INGLÉS.- Pero yo no veo al pequeño baby.

MICHÉ.- Yo le cuento. Mis piezas están tan bien hechas que ejecutan todas las funciones del cuerpo al natural. Este sujeto ha parido esta mañana y necesita ahora algún tiempo para preparar una nueva experiencia.

EL INGLÉS.- All right! Se me ha dicho que usted tenía en vuestro museo una virgen.

MICHÉ.- ¡Oh! nunca tuve eso aquí

EL INGLÉS.- ¡ Oh !

MICHÉ.- Nunca

EL INGLÉS.- Entonces quiero ver las enfermedades de Venus.

MICHÉ.- ¡ Oh ! eso si que se lo puedo mostrar. Tengo justamente desde ayer (*mostrando a Blondinette*) Mire, examine, muy bello modelo, siempre tomado del natural.

EL INGLÉS.- ¡ Ah ! Esta no me gusta. ¿ Pero no tiene también piezas masculinas ?

MICHÉ.- Sí, tengo una muy bella. Cresta de Gallo, muestra el objeto. (*Cresta de gallo entra y abre la cortina del fondo.*) He aquí la pieza que os muestra dos veces grueso el miembro viril.

EL INGLÉS (*bailando la giga ante el falo*) ¡ Oh ! muy bonito, all right. ¡ Ah ! Sr. Miouchett me he vuelto muy cachondo. ¿ Podría hacegg el amogg con ésta...? (*señala a Raphaële*)

MICHÉ.- Ciertamente. Solamente que eso siempre estropea mis piezas y no puedo dejárselo hacer sin ser debidamente indemnizado.

(*el inglés paga*)

CRESTA DE GALLO.- ¿ Quiere un condón inglés ?

EL INGLÉS.- ¡ Oh no ! ¡French kock coat! ¡Oh! no vale la pena.

CRESTA DE GALLO (*riendo*). Siempre debe desconfiarse.

MICHÉ.- Y además usted no estropeará al sujeto.

EL INGLÉS.- ¡Ah! me lo pondré pogg respeto al arte.

(*Cresta de Gallo le da el condón manchado de sangre*)

EL INGLÉS.- ¡ Agg ! Este no.

(*El inglés toma otro y se monta sobre Raphaële*)

CRESTA DE GALLO.- ¡ Oh, no ! ¡ Otra vez Raphaële !

EL INGLÉS (*follando*) ¡Ah! muy natuggal. All right, all right (*se levanta*). Ahhh, estoy muy satisfecho. Volveré Señor Miouchett.

MICHÉ.- Miché

EL INGLÉS.- Oh yes, very good Miché. Volvegge.

(*El inglés sale, Miché también*)

ESCENA XXVI

Cresta de Gallo - Las mujeres

CRESTA DE GALLO.- ¡ Ah ! mi pobre Raphaële, si supieses que dolor me produce verte siempre en los brazos de esos individuos.

RAPHAËLE (*arrojándole su condón a la nariz*) Vamos, lava esto y cállate.
(*Cresta de Gallo sale*)

ESCENA XXVII

Las mujeres - Señora Beauflanquet

SRA. BEAUFLANQUET.- ¿ Ha preguntado por mí el Sr. Beauflanquet ?

RAPHAËLE.- No, amiga mía, puede estar tranquila (*a las otras*) No es por tí por quién ha preguntado.

SRA. BEAUFLANQUET (*aparte*) ¡ Ah ! que miserable he sido ! ¡ Ah ! ¡ León ! Con tanto champaña se me ha ido la cabeza. ¡ Por lo visto no encuentro a mi marido ! me parece que si me viese en este momento, leería todo en mis ojos. ¡ Estoy muy nerviosa !

RAPHAËLE.- ¡ Ah ! querida amiga, ¡ me alegra volverla a ver ! Venga a sentarse allí, a mi lado.

SRA. BEAUFLANQUET.- Es usted muy amable, Señora.

RAPHAËLE.- Tiene usted un talle encantador, y un pie adorable. ¿ Como es lo demás ? ¿ No ha venido nunca a París ? ¿ Vive siempre en el campo ?

SRA. BEAUFLANQUET.- Sí, señora.

RAPHAËLE.- Pero debe aburrirse allí. ¿ Que hace durante todo el día ?

SRA. BEAUFLANQUET.- Me ocupo de mi casa.

RAPHAËLE.- (*acariciándola suavemente*) ¿ No os molesta lo que hago ?

SRA. BEAUFLANQUET.- ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

RAPHAËLE.- Espera, voy a hacerte gozar.

(*Le mete mano. La Sra. Beauflanquet se extasía. Raphaële se retira.*)

¿ Quieres hacérmelo a mí ?

SRA. BEAUFLANQUET.- ¡ Oh ! no me atrevo. Tal vez si las luces estuviesen apagadas...

RAPHAËLE (*a las mujeres*) Queréis apagar las luces.

(*las luces se apagan*)

ESCENA XXVIII

Los mismos - Sr. Beauflanquet luego León

SR. BEAUFLANQUET.- ¡ Que excitación tengo ! Si encontrase a esa odalisca. (*entra a tientas - Movimientos entre las mujeres - Encuentra a su mujer, la abraza y la extiende sobre un canapé.*)

SRA. BEAUFLANQUET.- ¡ Ah ! ¡ León !

SR. BEAUFLANQUET (*con un estallido*) ¡ Señora Beauflanquet !

SRA. BEAUFLANQUET.- ¡ Mi marido ! ¡ ah !

(*Movimientos. Ella encuentra a Raphaële a tientas*)

¡ Ah ! Sálveme, sálveme.

RAPHAËLE.- Dejadme hacer (*busca al Sr. Beauflanquet y lo toma en sus brazos.*) Ven pues, ¿ por qué te detienes ? ¿ Qué es lo que has dicho ?

SR. BEAUFLANQUET.- Esto es sorprendente, creía que era mi mujer.

(*comienza a follar a Raphaële sobre el canapé. León que entra a tientas durante el movimiento encuentra a la Sra. Beauflanquet en la oscuridad*)

SRA. BEAUFLANQUET (*espantada*) ¿Quién está ahí ?

LÉON.- Soy yo, ven

SRA. BEAUFLANQUET.- Déjeme, déjeme.

(*León la tiende sobre el canapé y la folla*)

ESCENA XXIX

Los mismos - Miché

MICHÉ (*entrando*) ¿ Quién ha apagado las luces aquí ? Sabéis bien que no admito esto. ¡ Cresta de Gallo, enciende la luz !

(*Cresta de Gallo entra con una antorcha.*)

SR. BEAUFLANQUET.- ¡ Mi esposa en los brazos de Léon !

MICHÉ.- ¡ Coño !, esto se complica.

(*La señora Beauflanquet se desmaya*)

LEÓN (*a Miché*) Cinco luíses para usted si me libra de esto.

(*Se escapa*)

SR. BEAUFLANQUET.- Pero sin embargo, señor...

MICHÉ.- Tengo un consejo que daros por vuestro interés, se trata de evitar cualquier escándalo, y de acallar este asunto que podría tener para usted las más graves consecuencias y espero que sabrá recompensar mi discreción al respecto.

SR. BEAUFLANQUET.- (*despues de haber pagado, se dirige a su esposa*) Volveremos esta noche a Conville, Señora.

(*salen*)

ESCENA XXX

Los mismos
menos el Sr. y la Sra. Beauflanquet
El pocero

MICHÉ.- ¿ Qué es lo que quiere todavía este ?

EL POCERO.- (*borracho*) No vengo a vaciar los re...re...los re...retretes, he renunciado al ofi...al oficio.

(*cantando*)

« Y he aborrecido la mierda,
Desde que encontré allí un cabello. »

MICHÉ.- ¿ Qué es lo que quieres entonces ?

EL POCERO.- Una mujer.

RAPHAËLE.- ¡ Ah, bien ! ¡ Por ejemplo !

CRESTA DE GALLO.- No me faltaba mas que esto.

FATMA.- Follar contigo, jamás.

MICHÉ.- No se puede. Venga, márchese.

EL POCERO.- ¿ Cómo?, ¿ mi di... mi di... mi dinero no vale como el de los demás ?
(*muestra cien centavos a Miché.*)

MICHÉ.- Señora, si paga...

RAPHAËLE.- Conmigo no, no quiero.

FATMA.- Ni yo.

BLONDINETTE.- Ni yo tampoco.

RAPHAËLE.- Es demasiado asqueroso

MICHÉ.- ¡ Demasiado asqueroso ! ¡ atajo de mojigatas ! (*al pocero*) No soy de esa opinión.
Dígame entonces, amigo, si usted quiere hacerlo conmigo.

EL POCERO.- Con re...re...reciprocidad entonces.

MICHÉ.- Tanto como quieras.

EL POCERO.- Vamos, ven mi vieja.

MICHÉ (*sosteniendo al pocero que titubea cantando*)

« Y he aborrecido la mierda,
Desde que encontré allí un cabello. »
(*Miché y el pocero salen.*)

ESCENA XXXI

Las mujeres - Cresta de gallo

CRESTA DE GALLO (*a Raphaële*) ¡ Ah ! Raphaële, va a ser mi turno ahora.

RAPHAËLE.- ¿ Tú ?, ¡ venga ya ! Ve a arrastrar ese pequeñín por ahí. No tienes

suficiente. Puedes buscártelo.

CRESTA DE GALLO.- Eso es, tendré que masturbarme aún, como en el Seminario. ¡ Ah !
¡ Raphaële !

(cae el telón)

FIN

1 Juego de palabras intraducible: *Le coq* es francés significa *El gallo*

2 Juego de palabras intraducible: *Llave* en francés es *clé*

3 Juego de palabras intraducible: *Bossu* (jorobado) es muy similar en su pronunciación a la palabra *Beauce* (región de París)

4 *Feuille de rose* es el equivalente francés al cunilingüe en la zona anal. También significa "pétalo"

5 *La Canèbère.*- calle principal de Marsella que desciende directamente al puerto.

Traducción de José M. Ramos González para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>
ilustraciones de fondo: Proyectos de trajes para la obra realizados por Maupassant

EL ENSAYO
Comedia en un acto de Guy de Maupassant

personajes:

SR. DESTOURNELLES, 55 años.

SRA. DESTOURNELLES, 25 años.

SR. René LAPIERRE, 25 años.

Un salón. Puertas al fondo y a la derecha. La Señora Destournelles, vestida como una pastora de Watteau, arregla su tocado ante el espejo.

Escena primera: EI SR DESTOURNELLES, en levita, dispuesto a salir, entra por la puerta de la derecha y se detiene atónito al ver a su esposa.

SR. DESTOURNELLES

Señora, ¿ qué es ese disfraz ?

¡ Ya entiendo ! ¡ va a representar alguna farsa !

Sra. DESTOURNELLES

Usted lo ha dicho, Señor.

SR. DESTOURNELLES

El vestido es encantador.

Está usted adorable con ese atavío.

Sra. DESTOURNELLES

¿ Así que con cumplidos, eh ?... Pero yo soy su esposa,

¿ A que viene eso ?

Sr. DESTOURNELLES

Esa contestación es cruel, señora.

Digo la simple verdad, es mi deber de hombre y de marido.

Sra. DESTOURNELLES

Gracias.

Sr. DESTOURNELLES

¿ Se puede saber

a cuento de qué mi esposa se ha convertido en actriz,

poeta tal vez, o colaboradora

de algún famoso autor ? Ignoraba hasta el momento

que el arte os hubiese causado alguna inquietud.

Perdón ¿ Y la farsa ?

Sra. DESTOURNELLES

Se trata de una comedia

Sr. DESTOURNELLES

¡ Estupendo ! ¿ calza usted el zapato de Talia ?

¿ Si no es demasiada indiscreción,

podría conocer el tema ?

Sra. DESTOURNELLES

Es una égloga

Sr. DESTOURNELLES

¡ Perfecto ! ¡ Una comedia bucólica !

¿ Y, la ha elegido con o sin música ?

Sra. DESTOURNELLES
Sin música

Sr. DESTOURNELLES
¡ Que lástima !

Sra. DESTOURNELLES
¿ Y por qué, por favor ?

Sr. DESTOURNELLES
Desde mi punto de vista hubiese sido más completa.
Yo soy muy pastoral. Encuentro que sobre la hierba
un pequeño toque de flauta es de un gran efecto.
Y además toda auténtica pastora, tendida bajo el olmo,
No debe cantar al amor más que con un caramillo.
Es el acompañamiento obligado de todo idilio:
La costumbre de rigor desde el dulce Virgilio.

Sra. DESTOURNELLES
(irónica)
No os sabía tan animoso de espíritu.
Desconocía hasta el momento a mi marido.
En este momento me gustaría haceros interpretar un papel;
En el del marqués de Pompadour estaría usted verdaderamente...divertido.

Sr. DESTOURNELLES
(un poco ofendido)
Señora, eso es muy cierto. ¿ Quién podría hacer bien
algo de lo que no se entiende prácticamente nada ?

Sra. DESTOURNELLES
¿No quiere actuar en esta comedia ?

Sr. DESTOURNELLES
Desde luego que no; ¡ no me gustan las pastoras de Arcadia !
Además quiero dejar a cada uno su oficio.
Todo el mundo, ciertamente, podría ser portero;
Pero actor... ¡ oh no ! Eso es otra cosa.
Usted ignora como se ríe, se camina, se habla
cuando se tiene, por casualidad, un público delante.
Vuestra naturalidad es de mal gusto.

Sra. DESTOURNELLES
(nerviosa)
Conozco hace tiempo esa vieja cantinela.

Sr. DESTOURNELLES
(con pedantería)
¡ Lo auténtico en un salón es falso sobre la escena,
Y lo auténtico sobre la escena es falso en un salón !
La actriz, en el mundo, tiene a menudo mala fama,
Os lo recuerdo, pero, cuando usted toma su lugar,
Vuestra más dulce sonrisa tiene el aspecto de una mueca.

Sra. DESTOURNELLES
(secamente)
Vuestros encantadores consejos son un tanto impertinentes.
¿ Ha terminado ?

Sr. DESTOURNELLES

No. Todavía no.- Ahora,
Vuestras obras de salón, falsas y preciosas,
Me sacan de quicio, y me resultan odiosas.
He aquí lo que siento. En cuanto a ese caballere
De rizos, la boca en el corazón, y envarado como una estaca,
Soltando torpemente sus sosas zalamerías,
Hace tanto por el cielo con esas galanterías
Como un asno cantando una canción de amor;
Comerciante por la mañana, y por la noche trovador,
Que, calculando precios a unos paños o unas telas,
Repite vagamente unos poemas a las estrellas,
Y deja su mostrador con un pequeño soplo
Para tomar el bastón y convertirse en pastor,
¡ Es un necio por la mañana, y por la noche un figurón
Cuya risa es estúpida y su gracia siniestra !
¡ Aún si hubiese usted tomado algún fragmento agradable
Que, sin pretensión, podría ser divertido !
¡ Pero elegir una égloga !... ¡ Y qué puesta en escena !
Es en esas cercas floridas donde serpentea el Sena.
Ese salón representa un campo, fresco y coqueto.
Para mayor verosimilitud pone allí un ramo.
A la derecha está una dama vestida de pastora;
Ella escucha, deshojando una planta de helecho,
Un caballero vestido; es un pequeño marqués;
Lleva torpemente un traje rosa exquisito,
Se inclina, y en la mano tiene un pequeño bastón
Que presenta a la dama con un aspecto muy estúpido.
- Tres taburetes dispersos simulan unas ovejas -
Todo es falso, el decorado, las personas y los trajes,
¡ Es cierto !... Ese pavo, en fin, que hace el cortejo,
Debe besaros la mano, cuando no es necesario,
Y por ese favor, con su orgullo engrandecido,
Se cree autorizado a otras libertades.
Luego esas escenas cara a cara donde se le desata la ternura;
Donde la honrada mujer tiene unos papeles de amante...
(*vacila y busca lo que debe decir*)
Son de un mal ejemplo para las personas de la casa.

Sra. DESTOURNELLES

(*muy ofendida*)

¡ Verdaderamente ! ¡ No habría previsto nunca esta razón !
Pero como quiero ser una esposa sumisa,
Que no quiero ver mi virtud comprometida
A los ojos de Rosalía o de vuestro cochero,
Renuncio a la representación.

Sr. DESTOURNELLES

(*encogiéndose de hombros*)

¡ Bueno ! ¿ Por qué se enfada ?

Sra. DESTOURNELLES

(*la voz temblorosa, exasperada*)

¡ Nada como ese cara a cara me horroriza !
¡ Nadie ha dicho nada sobre mi, de lo que me jacto !
Piense: si el portero sabe por un mayordomo
Que un joven fue visto a mis pies hablándome
De amor, y que tenía la peluca empolvada,
La noticia correría por toda la región.
El cartero, repartiendo sus cartas cada día,
Difundiría ese rumor por las puertas de los alrededores:

Iría aumentando de las porterías a las buhardillas.
Y todos, desde el barrendero de la calle a las pescantinas
Que circulan su coche con los : "Se dice que..."
¡ Me mirarán de arriba a abajo, de pies a cabeza, con aire atrevido !

Sr. DESTOURNELLES

(turbado, humilde)

Veamos, si he tenido alguna intención malsana,
No era, después de todo, más que una simple broma.

Sra. DESTOURNELLES

(sofocada, con lágrimas en los ojos)

Sé que nosotras debemos soportar todo, sospechas,
Injurias, palabras hirientes de todo tipo.
Debemos obedecer a la menor palabra,
Ser humildes y siempre dulces; es nuestro rol,
Lo sé; pero mi dulzura tiene un límite.
Nuestros amantes... nuestros maridos, quiénes se permiten... todo,
Merodean a nuestro alrededor como policías,
Acusándonos sin cesar, nos espían...

Sr. DESTOURNELLES

(conciliador)

Nada de lágrimas,
Te lo ruego; hagamos las paces. Perdón, en serio,
He sido brutal y estúpido...lo confieso, estoy dispuesto
A todo lo que haga falta para que me perdones.
Dame, beso tus manos. ¡ Que delicadas !
Quiero ponerte esta noche dos gruesos brazaletes de oro;
Pero actuarás. - ¿ Me has perdonado ?

Sra. DESTOURNELLES

(muy digna)

Todavía no.

Sr. DESTOURNELLES

¿No ? pero pronto.

Sra. DESTOURNELLES

(igual)

¿ Quién sabe ?

Escena 2: Los mismos, René LAPIERRE en el papel del marqués Luis XV.

UN CRIADO

(anunciando)

El Señor René Lapierre.

Sr. RENE

(entrando)

El marqués Luis XV

Sr. DESTOURNELLES

¡ Ah ! Vuestra pareja;
Hasta luego.
Saludando al Sr. Lapierre
Bello marqués.

SR. RENE

Para serviros, caballero.

SR. DESTOURNELLES

El traje es encantador y le sienta de maravilla.
Sale. René besa la mano de la señora Destournelles.

Escena 3: SEÑORA DESTOURNELLES, RENE

Sra DESTOURNELLES

(nerviosa, la voz seca)

¿ Ha aprendido al menos bien su papel ?

Sr. RENE

No olvidaría ni una sola palabra.

Sra. DESTOURNELLES

Entonces comencemos dado que está usted dispuesto:

Yo estoy sola al principio. El marqués aparece.

Sin verme llega en medio de la escena;

Durante algunos instantes él está absorto y se pasea;

Y luego me ve. ¿ De acuerdo ?

Sr. RENE

Estoy listo.

ella se sienta sobre una silla baja. Él se aproxima a ella con unas monerías pretenciosas.

Sra. DESTOURNELLES

Esté más suelto y sea más natural.

Sr. RENE

(deteniéndose)

No puedo;

Estoy muy incómodo, pues mi traje me molesta.

su espada se mete entre sus piernas

Sra. DESTOURNELLES

(secamente)

Vuestra espada va a escaparse de su vaina.

Usted parece torpe y espeso. Volvamos a comenzar.

él vuelve a hacer el mismo tejemaneje que antes, pero de un modo todavía más amanerado.

No tiene necesidad de todas esas maneras,

Señor.

Sr. RENE

(humillado)

Me gustaría veros en mi lugar,

Señora. ¿ Cómo quiere usted que haga ?

Sra. DESTOURNELLES

(impaciente)

Como si usted fuese un marqués natural;

Un marqués auténtico. Abandone ese aire demasiado solemne,

Y camine simplemente como un caballero que pasa.

Recoja un poco la espada, con gracia;

Una mano sobre la cadera; y luego paséese,

sin tener tanto plomo fundido en las rodillas.

Está usted almidonado como un dibujo de modas.

Sr. RENE

Si no llevase este incómodo traje...

Sra. DESTOURNELLES
Me parece usted un marqués enterrador,
Sea gracioso.
él vuelve a comenzar

SR. RENE
¿ Está bien ?

Sra DESTOURNELLES
Todavía no.
¡ Que el hombre está forzado ! Decir que toda mujer,
Entiendo mujer de mundo, es actriz en el alma.
La mujer de teatro es torpe, y no sabe
Sonreír, levantarse, sentarse, o dar un paso
Sin parecer trágica. Nada las turba.
Eso no se enseña, es un asunto de raza.
Se puede adquirir el arte, pero no la naturaleza.
Por el estudio se convierten en lo que fue Rachel
Que permanecerá siempre siendo tiesa y pretenciosa,
A menudo muy dramática, y nunca graciosa.
Yo, yo he actuado dos veces, y tuve un éxito tremendo.
Tenía un vestuario exquisito, una auténtica joya.
Se me aplaudió, era como un frenesí;
Creí que haría morir de celos
A la Señora de Lancy que actuaba conmigo.
Recité algunos versos: no recuerdo de quién;
Alguna cosa divertida y que hizo reír mucho.
Pero, la segunda vez, no tenía que decir nada;
Hacía de criada llevando una bandeja
Donde debía encontrarse un vaso lleno de agua.
Llevaba la bandeja; pero olvidé el vaso.
El actor mi miró de un modo severo;
El público se torcía de risa; entonces me di cuenta
Que tenía la bandeja, pero sin nada encima.
A mi vez, me puse a reír como una loca.
El señor no pudo retomar la palabra
Tan alegre estaba. ¡ Se ríó todo el tiempo !...
volviéndose hacia René que la mira fijamente escuchándola.
Pero que hace usted entonces, señor, ¿ lo espero ?

Sr. RENE
Señora, escuchaba.

Sra. DESTOURNELLES
Soy yo quién os escucha.
Usted no tiene tiempo que perder. Vamos, adelante
¿ Y bien ?

Sr. RENE
(después de una larga vacilación)
No sé bien del todo el primer verso.

Sra. DESTOURNELLES
(furiosa)
Señor, comienza usted a ponerme de los nervios.

Sr. RENE
Cuando el primero salga, vendrán todos a continuación.

Sra. DESTOURNELLES

Desde luego, vendrán. A menos que huyan.

Sr. RENE

(golpeándose la frente)

¡ Como se olvida ! Vamos, apúnteme, nada más que un poco.

Sra. DESTOURNELLES

¡ Ah ! puedo yo soplando, avivar vuestro fuego.

ella le apunta el primer verso

Sr. RENE

(recita con embarazo)

Te vi encantadora pastora,

Sentada, un día, sobre el helecho;

Sí, allá abajo, te vi un día;

Y todo mi corazón arde de amor;

No se trata de una llama pasajera
que se apaga, equivocada y ligera.

Es de un amor indestructible
del que me quemo, dulce pastora,
cuando te vi sobre el helecho...

¿ Esta bien ?

Sra. DESTOURNELLES

"Está bien " no está en el papel, seguramente.

Y además eso estaría bien.... si fuese de otro modo.

Sr. RENE

¿ Eso por qué ?

Sra. DESTOURNELLES

¿ Por qué ? usted es horroroso

Como un pequeño niño que recita una fábula.

Vuestra voz, vuestro cuerpo, vuestros gestos son de madera.

¿ Ha amado en alguna ocasión ?

Sr. RENE

(muy sorprendido)

¿ Yo ?

Sra. DESTOURNELLES

Usted.

Sr. RENE

Desde luego... algunas veces.

Sra. DESTOURNELLES

Pues bien, cuéntemelo.

Sr. RENE

¿ Qué ?

Sra. DESTOURNELLES

Vuestras conquistas;

Pues no me imagino viéndoos haciendo volver las cabezas.

Sr. RENE

No diría que no lo haya conseguido...

Sra. DESTOURNELLES

¿ Siempre ?

No. Usted no debe ser agraciado en amores.

¡ Y bien ! vamos a ver que sabe usted hacer.

Supongamos que una mujer, hábil en el arte de gustar,
se encuentra cara a cara con usted. Su... espíritu

Desde hace tiempo atrae vuestro corazón y lo toma.

- Supongamos que yo sea esta mujer encantadora -

Usted quiere expresar el amor que os atormenta;

Estamos los dos solos. - Venga.-

ella espera. El queda de pie ante ella en una pose embarazosa.

Y bien, ¿ eso es todo ?

Se puede sin peligro escuchar hasta el final.

Entonces cambiemos de papel, y sea usted la pastora.

Voy a improvisar. Siéntese; - querida. -

ella toma el sombrero del marqués; se lo pone; flexiona una rodilla ante él, y, con una burla en la voz.

Corro junto a la felicidad;

Cuanto más corro, más rápido voy.

Pero esa felicidad que me evita,

digo, ¿ no está en tu corazón?

Busco la dulce fiebre;

Pero ella siempre me huye.

Esta fiebre de los amores,

¿ No está sobre tu labio ?

Para encontrarlos tengo el propósito

De besar, oh mi huidiza,

Y tu alma sobre tu boca,

Y tu dulce corazón sobre tu seno.

Ella lo mira riendo, luego, levantándose.

Él la abraza. ¿ Es usted una pastora de Sèvres ?

Turbaros. Que un suspiro se escape de vuestros labios.

Bajad los ojos, temblad, palideced, rugid,

Cambiando de tono - con voz breve

Eso, no haremos nada. Querido señor, esto es bastante.

Sr. RENE

(bruscamente)

Estoy mal, el problema está en mi traje;

Si estuviese en traje simple, presumo

Que sabría sin problema expresar mi amor.

En la época florida en la que reinaba Pompadour,

Casi tanto que la cabeza era el polvorín de la idea;

Y la frase ambigua, con sentido cadencioso,

Parecía una canción en los labios de los amantes.

Ellos tenían en el espíritu más ornamentos

que cintas de seda en su fresco vestuario.

El amante era ligero, el amante era fogoso.

No se permitían más que pequeños besos

Para no hacer confundirse a sus rizos cabellos;

Y tenían tanta gracia y delicadeza

Que una palabra un poco brutal hubiese roto su ternura.

Pero hoy, que se ha deshilvanado para siempre

IL pompa de los trajes y la de los discursos,

No comprendemos más que esas fútiles maneras;

Y para hacerse amar son necesarios otras oraciones,

Más simples pero también más ardientes.

Sra. DESTOURNELLES

Es necesario,

Querido señor, para representar un papel sin fallos,
Ponerse, con el traje, la piel del personaje;
Sentir con su corazón, pensar según su edad,
Amar como él amaba.

Sr. RENE
Pero yo, si yo amo también.

Sra. DESTOURNELLES
Usted no ama

Sr. RENE
Perdón, yo amo.

Sra. DESTOURNELLES
No.

Sr. RENE
Sí.

Sra. DESTOURNELLES
Entonces usted ha debido decirle: " Yo os amo"
Recuerde el tono, y luego haga lo mismo.

Sr. RENE
No. No me he atrevido a decirlo.

Sra. DESTOURNELLES
Es discreto.
¿ Ha pensado entonces que ella adivinaría ?

Sr. RENE
No.

Sra. DESTOURNELLES
¿ Pero qué espera usted entonces ?

Sr. RENE
¿ Yo ? nada. No me atrevo.

Sra. DESTOURNELLES
Eso es falso. El hombre siempre espera alguna cosa.

Sr. RENE
Yo no quiero más que una sonrisa, una palabra, una buena mirada.

Sra. DESTOURNELLES
Eso es demasiado poco.

Sr. RENE
Nada más. A menos que el azar, un día, defienda mi causa.

Sra. DESTOURNELLES
¡ Oh ! el azar no defiende,
No olvide eso, para que le ayude.

Sr. RENE
Sufro horriblemente al no atreverme a hablar.
Sus ojos, cuando me miran, parecen estrangularme;
Tengo miedo de ella.

Sra. DESTOURNELLES

¡ Dios mío ! mira que los hombres son... brutos.
No sabe aún, ignorante que es usted,
Que esos cumplidos no nos ofenden nunca.
Vera usted, si yo fuese un hombre, y si yo amase.
*René toma sus manos y las besa con pasión. Ella las retira
vivamente, muy asombrada, un poco enfadada.*
No autorizo esas maneras demasiadas ligeras;
La palabra basta, señor, modere vuestros gestos.

Sr. RENE

(cayendo a sus rodillas)

Desde luego, era tímido y grotesco. ¿ Por qué ?
Temía que mi corazón me delatase a mi pesar
Y que diese lugar a uno de esos cretinos de frívolos propósitos,
Ese corazón que desbordaba no dice otras palabras.
Ella se aleja de él, él la persigue agarrando su vestido
¡ Ah ! usted lo ha provocado, señora, es demasiado tarde.
¿ No ha visto brillar en mi mirada,
Cuando la fijaba en usted, unos destellos de locura;
Ni encontrado sobre mi rostro extraviado y pálido
Esas arrugas que han creado tantas torturas nocturnas ?
¿ Usted no se ha percatado entonces de que a menudo os huía;
De que un estremecimiento me atenazaba cuando vuestra mano me rozaba
Y que si he perdido la cabeza, completamente,
Cuando mirándome vuestros labios me han sonreído,
Vuestra mirada me ha tocado, marcado, quemado, asesinado ?
De este modo un desgraciado, sube sobre una cima,
Se siente afectado de golpe por las fiebres del abismo,
Y se arroja perdidamente al dentro, la cabeza ardiendo;
Así, cuando miro en el fondo de vuestros ojos,
el vértigo me colma de un amor sin límite !
Toma su mano y la coloca sobre su corazón.
Mire, ¿ siente como palpita mi corazón ?

Sra. DESTOURNELLES

(asustada)

Esto es demasiado. Se os creería el cerebro extraviado;
Y la dicción incluso tiene un aire exagerado.
*La puerta del fondo se abre sin ruido, y el Sr. Destournelles aparece, llevando en cada mano
un estuche de brazalete. Se detiene y escucha sin ser visto.*

Sr. RENE

Sí, es cierto, mi espíritu se extravía, ¡ estoy loco !
Cuando a un caballo se le afloja la brida del cuello,
Se deja llevar, y he aquí lo que ha hecho mi pensamiento;
Hasta este momento lo tenía comedido y controlado,
Pero, cerca de usted, tiene unos impulsos demasiado poderosos.
¡ No puedo expresar los ardores que siento !
Sí, os amo, y tengo los labios torturados
De la necesidad de tocar vuestra adorada boca;
Y mis brazos, a mi pesar, se abren para tomaros,
Tanto me posee hacia usted un inmenso deseo.

Sra DESTOURNELLES

(escapándole)

Me enfado. Detenga esta broma.

Sr. RENE

(arrojándose a sus pies)
La amo, la amo.

Sra. DESTOURNELLES
(asustada)
Basta, o grito.

Sr. RENE
(confuso)
Perdón.

Sra. DESTOURNELLES
(con altivez)
Levántese, voy a llamar.

Sr. RENE
(desesperado)
¡ Dios mío ! usted no podrá perdonarme nunca.

Escena 4: Los mismos, Sr. DESTOURNELLES

Sr. DESTOURNELLES
(aplaudiendo)
¡ Bravo ! ¡ bravo ! ¡ Muy bien ! ¡Actúa usted de maravilla !
No os creía un calor semejante.
Mis felicitaciones, señor, eso está muy bien. ¡Y yo tenía
la estúpida intención de encontraros mal actor !
¡ Oh ! mil veces perdón, es usted admirable;
Y sobre todo tiene ese arte incomparable
de ser tan natural, tan preciso, tan vivo,
Que consigue que ese fragmento de amor sea verdaderamente emocionante.
¡ Todo es perfecto: la voz, la expresión, el gesto !
Lo difícil ya está hecho, y lo demás
Vendrá por añadidura. Sin embargo, hay que saber como
Llegará justo usted al último momento;
Pues eso va siempre muy bien cuando se ensaya;
Pero en los días de Estreno se pierde un poco la cabeza.

Sra. DESTOURNELLES
(con una sonrisa imperceptible, y tomando los brazaletes de las manos de su marido)
Amigo mío, permanezca tranquilo sobre ese punto,
Pues si el señor la pierde... yo no la perderé.

FIN

HISTORIA DE ANTAÑO

A la Sra. Commanville¹

Señora, le he ofrecido, cuando solamente usted la conocía, esta pequeña pieza que se debería haber titulado simplemente "diálogo". Ahora que ha sido representada ante el público y aplaudida por algunos amigos, permítame dedicársela.

Es mi primera obra dramática. Le pertenece de todos modos, pues después de haber sido la compañera de mi infancia, usted se ha convertido en una amiga encantadora y formal; y, como para aproximarnos todavía más, un afecto común, el de su tío al que tanto amo, nos ha hecho, por así decirlo, formar parte de la misma familia. Quiero pues agregar, Señora, al homenaje de estos versos, mis más abnegados, respetuosos y fraternales sentimientos de su muy sincero amigo y viejo compañero.

Guy de Maupassant

París, 23 de febrero de 1879

¹ Caroline Commanville, sobrina de Gustave Flaubert

PERSONAJES

EL CONDE LA MARQUESA

*En la Comédie-Française la puesta en escena ha sido modificada de este modo:
Habitación estilo Luís XV. Viejos retratos colgados en las paredes. Gran fuego en la chimenea. Es invierno. La marquesa mira caer la nieve por la ventana al fondo, luego se dirige hacia su clavecín y toca una antigua melodía. Entra el conde*

EL CONDE
Buenas noches, Marquesa.

La continuación sin modificaciones.

LA OBRA

HISTORIA DE ANTAÑO

Habitación estilo Luís XV. Un gran fuego en la chimenea. Es invierno. La vieja marquesa está en su sillón, con un libro en las rodillas; parece aburrirse.

UN CRIADO, *anunciando.*
¡ El señor conde !

LA MARQUESA
Por fin, querido conde, usted aquí;
Siempre pensando en los viejos amigos, gracias
Lo esperaba casi con ansiedad;
De verlo cada día ya lo he tomado como una costumbre;

Además, no sé por qué, esta tarde estoy triste.
Venga, vamos a sentarnos junto al fuego
Y a conversar.

EL CONDE, *sentándose después de haberle besado la mano.*
Yo también estoy triste, marquesa,
Y cuando uno envejece resulta desmoralizante.
Los jóvenes tienen en el corazón exceso de alegría;
Un nubarrón en su cielo enseguida desaparece,
¡ Y siempre tantas metas, tantos amores que perseguir !
A nosotros, nos falta la alegría de vivir;
La tristeza nos mata, se aferra a nosotros
Como el musgo lo hace al árbol agotado. Mire usted,
Contra ese terrible mal hay que defenderse.
Y además, esta tarde, de Armont ha venido a visitarme.
Hemos removido la ceniza de viejos días,
Hablado de los viejos amigos y de los amores de antaño;
Y, desde ese momento, como una incierta sombra,
Vuelvo a recordar mi lejana juventud.
También he venido, triste y abatido,
A sentarme junto a usted y a hablar del pasado.

LA MARQUESA

A mí me ha cogido un frío horroroso desde esta mañana;
Oigo el viento soplar, veo caer la nieve.
A nuestra edad, el invierno aflige y hace sufrir;
Cuando hiela tanto uno cree que va a morir.
Sí, charlemos, pues un buen recuerdo de juventud
Reaviva por momentos nuestra fría vejez.
Es como un poquito de sol...

EL CONDE

Pero en un día de invierno;
Mi sol es muy débil y mi cielo encapotado.

LA MARQUESA

Vamos, cuénteme alguna loca aventura.
Usted era, dice la historia, un gran espadachín.
Antaño, señor conde, insolente, guapo,
Rico, elegante y de altivo porte;
Ha protagonizado escándalos, y cruzado su hoja
Con más de un marido; pues una bella dama,
Una tarde que conversábamos, me ha contado, muy confidencialmente,
Que todos los corazones saltaban al ruido de sus pasos.
Si no me ha mentado, usted ha sido,
Gran merodeador de callejuelas y un alborotador;
Ha dormido cuatro meses en prisión
Por un paisano ahorcado en su casa,
El cual tenía, se dice, una esposa joven y bonita.
¡ La esposa de un paisano, conde, qué locura !

¡ Cuatro meses en prisión por eso ! Si hubiese sido
Por una dama de alta alcurnia y gran belleza,
Sea... Veamos, cuénteme alguna historia galante
Con una gran dama; un amor novelesco, con el clásico
Armario donde el marido, en sus regresos inesperados,
Sorprende al amante escondido entre los viejos vestidos.

EL CONDE

¿ Y por qué siempre ha de ser una gran dama ?
Además las otras también gustan: la mujer
Está hecha para encantar, sea noble o no.
La gracia no tiene antepasados y la belleza no tiene alcurnia.

LA MARQUESA

¡ Gracias ! Pero no quiero conocer sus amores banales.
Usted tiene otra cosa en el fondo de sus anales,
Querido conde, y ahora, lo escucho, ¡ Vamos !

EL CONDE

La obedeceré, puesto que así lo desea.
¡Ah!, sin embargo, el proverbio es bien cierto, por mi alma,
Que dice que Dios quiere lo que quiere una mujer.
Cuando llegué a la Corte era un sentimental;
Pronto abrí los ojos; el despertar fue brutal
Por ejemplo. Yo amaba, amaba a la hermosa
Condesa de Paulé. La creía fiel.
Una noche la sorprendí en los brazos de otro amante;
Me rompió el corazón, marquesa, y tontamente
¡ La lloré dos meses ! Pero la Corte y la Villa
Se rieron a gusto. Esa calaña es envidiosa y vil,
Abuchea las desgracias y aplaude los éxitos;
Estaba equivocado, había perdido pues mi inocencia.
Sin embargo, poco después, tuve otra amante;
Pero repartíamos sus atenciones entre dos.
El otro era un poeta. Le componía versos,
La llamaba flor, estrella, astro del universo,
Y no sé que más nombres. Yo lo reté;
Era un espíritu hermoso, permaneció en su papel;
Demasiado cobarde para batirse, hizo un soneto...
Y todavía me río, tratándome de bendito.
Esta vez la lección puso término a mis dudas,
Cesé de ver a una, y las amaba a todas.
Y tomé por divisa un dicho muy antiguo:
« Muy loco es el que se fía » y me encontraba muy a gusto.

LA MARQUESA

¿ Pero, antes, cuando usted declaraba su pasión,
Y suspiraba a los pies de alguna hermosa dama,
Cubriéndola de amor, de respetos y de cuidados,
Hablabas de este modo ?

EL CONDE

No; pero al menos le confieso,
Entre nosotros, que la mujer es un crío mimado.
Se la ha halagado demasiado, y sobre todo ensalzado.
Sus acreditados aduladores, los compositores de sonetos,
Les vierten todo el día, como grifos,
Cumplidos destilados en zumo de poesía,
Y hacen de ella una niña henchida de fantasía.
¿ Cuándo menos ama ? Del todo; le es imprescindible,
Pero no a un amor de veinte años, cuyo único defecto
Es amar santamente, como se ama a esta edad,
Sino a un vividor; a aquel que se mira al paso
Con asombro y casi con respeto,
Toda mujer se emociona y tiembla ante su porte,
Porque él es, merece seguramente ese extraño título,
El primer seductor de Francia y de Navarra.
No es que sea joven, ni guapo, ni que tenga
Grandes cualidades... nada; pero ese hombre gusta
Porque ha vivido. He aquí lo extraño;
Y sin embargo es así como se seduce a este ángel.
Pero cuando algún otro viene a pedir, por azar,
Que tributo pagar por la limosna de una mirada,
¡ Ella ríe en sus narices y le pide la luna !
Y usted lo sabe muy bien, no hablo de una,
Sino de muchas.

LA MARQUESA

Eso es muy galante; ¡ Gracias otra vez !
A mi vez, ahora, escuche bien esto:
Un viejo zorro marchito, pero ávido de carne fresca,
Merodeaba, cierta noche, triste y con el vientre vacío;
Iba, rumiando sus festines de antaño,
La gallina sorprendida una tarde en un rincón del bosque,
Y el ligero conejo que cazaba a la carrera.
La edad había agotado la fuente de esas dulzuras;
Era menos ligero y ayunaba a menudo.
Cuando un perfume de caza llevado por el viento
Le golpeó, un luminoso brillo apareció en su vieja pupila.
Observó, durmiendo y con la cabeza bajo el ala,
Algunas jóvenes gallinas posadas sobre un viejo muro.
Pero el zorro era torpe y el camino poco seguro,
Y a pesar de sus ganas, de su hambre y de su ayuno, dijo:
« Están demasiado verdes y buenas... para uno más joven. »

EL CONDE

Marquesa, eso que usted dice es cruel;
Pero yo os responderé: Sansón y Dalila,
Antonio y Cleopatra, Hércules a los pies de Onfale.

LA MARQUESA

¡ Usted tiene en amor una triste moral !

EL CONDE

No; el hombre es como una fruta que Dios separa en dos.
Camina por el mundo; y, para que sea feliz,
Es necesario que encuentre, en su incierto devenir,
Su otra mitad; pero el azar lo lleva;
El azar está ciego y solo conduce sus pasos;
También casi siempre, no la encuentra.
Sin embargo, cuando por ventura la halla...., ama;
Y creo que usted es la mitad
Que Dios me destinaba y que yo buscaba, pero
No os encontraba, y por tanto no os amé.
Después descubro que, nuestros caminos terminados,
La suerte ha unido, demasiado tarde, nuestros viejos destinos.

LA MARQUESA

En fin, más vale eso, pero usted ha pecado,
Y yo no voy a dejar que se vaya de rositas.
¿ Sabe usted, mi querido conde, con qué le comparo ?
Su corazón está cerrado como el domicilio de un avaro:
Usted es el anfitrión y cuando lo van a visitar
Se imagina que se lo van a llevar todo,
Y no enseña a las personas más que un montón de antiguallas.
Veamos, ¡ menos rodeos y más tregua a las burlas !
Totalmente avaro, en un rincón, escondido un cofre lleno de oro,
Y el corazón más pobre tiene su pequeño tesoro.
¿ Que oculta en el fondo ? ¿ El retrato de una joven
De dieciséis años, que amó antaño; idilio ligero
Del que tal vez se avergüenza y oculta cuidadosamente,
No es así ? Pero, a veces, más tarde, se tiene necesidad
De ir a contemplar esas imágenes, dejadas
Allí, detrás de sí; esas historias pasadas
De las que se sufre y sin embargo gusta sufrir.
Uno se encierra solo, una noche, para abrir
Cierto viejo libro y su viejo corazón; como se mira
La pobre flor entregada una bella tarde, y que conserva
La ligera fragancia de las primaveras de antes !
Se escucha, se escucha, y se oye su voz
Por los viejos recuerdos débilmente traída.
Y se besa la flor, cuyo impregnación ha quedado,
Como en la hoja de un libro, en la página del corazón.
¡ Oh, desgracia ! Cuando la vejez trae dolor,
Usted embalsama todavía nuestros últimos días,
Perfumes de viejas flores y de jóvenes años !

EL CONDE

¡ Es cierto ! Incluso en este instante he sentido regresar,
En el fondo de mi corazón, un muy viejo recuerdo;

Y estoy dispuesto a contárselo marquesa.
Pero exijo de usted igual franqueza,
Capricho por capricho, y relato por relato;
Comenzará usted.

LA MARQUESA

Así lo quiero.
Sin embargo mi historia es una simple niñería.
Pero, no sé por qué, las cosas de la juventud
Toman, como el vino, su solera envejeciendo,
Y de año en año se van engrandeciendo.
Usted conoce mucho de estas historietas:
Se trata de la primera novela de amor de las chiquillas,
Y cada mujer, cuenta al menos con dos o tres;
Yo no tuve más que una sola; y eso es porque, creo,
La he conservado en mi corazón más viva y más tenaz;
Y en mi vida ha ocupado mucho sitio.
Yo era muy joven entonces, pues tenía dieciocho años;
Había aprendido a leer con las viejas novelas;
A menudo había soñado en los antiguos senderos
Del viejo parque, mirando, en la noche, bajo los sauces,
Los reflejos de la luna, escuchando si el viento
No hablaba de amor a la rama, y soñando
En aquel a la que toda muchachita llama,
Que espera, ¡ al que cree que Dios ha creado para ella !
Luego descubrí que aquel con quién tanto había soñado,
Joven, orgulloso y encantador, llegó un día;
Y sentí brincar mi corazón de jovencita.
Me dispuse a amarlo; él me encontraba simpática...
Mi guapo hombre, por desgracia, partió al día siguiente;
Nada más: ni un beso, ni un apretón de manos,
Solo una mirada intercambiada que él olvidó enseguida.
Se había dicho: « Es monilla, la pequeña. »
Y eso le salió del corazón; ¡ pero Dios defiende
el burlarse así del amor de una niña!
¡ Ah! encontrará usted a la mujer insensible; saltando
De capricho en capricho; vaya, ese es su error.
Ella podría amar, pero usted se lo impide;
¡ El primer amor que le llega, usted lo se lo quita !
¡ Pobre muchacha ! yo estaba loca y era muy crédula;
Pero usted va a encontrar esto muy ridículo,
Usted que se burla del amor... ¡ Lo esperé mucho tiempo!...
Como no regresó, me casé con el marqués.
¡ Pero confieso que habría preferido al otro !
He puesto mi corazón al desnudo, descúbrame el suyo
Ahora.

EL CONDE, *sonriendo*

¿ Así que esto es una confesión ?

LA MARQUESA

Y usted no tendrá mi absolución
Si aun se burla, malévolo hombre insensible.

EL CONDE

Ocurrió en la Bretaña, en una época terrible
Que se denomina el Terror. Por todas partes se luchaba,
Yo estaba en Vendéen; servía a las órdenes de Stofflet.
Pues bien, dicho esto, aquí comienza mi historia.
Venía, ese día, de atravesar el Loira.
Nos habíamos retrasado. Éramos partisanos,
Algunos bravos amigos, algunos viejos paisanos,
Y yo su jefe, en total tal vez una centena,
Ocultos en los arbustos que rodeaban la llanura,
Protegiendo la retirada y cediendo poco a poco
Nuestros hombres, finalmente, habían cesado el fuego;
Y se dispersaban, según nuestra costumbre,
Cuando de repente un soldado, un Azul que, creo,
Se había acercado hasta nosotros gracias a los matorrales,
Salta en el camino y me dispara dos veces
Con su pistola. Le abrí la cabeza;
Pero yo tenía dos balas en el hombro.
Todo mi mundo estaba lejos. Como un sensato general,
Clavé el espolón en los flancos de mi caballo.
Entonces, a través de los campos, y con la cabeza extraviada,
Como un loco que huye, iba, las bridas caídas;
Finalmente, agotado, roto, no pudiendo más,
Caí, totalmente ensangrentado, en la ladera de un talud.
Pero pronto, cercad de mí, vi una luz
Y oí unas voces. Se trataba de una choza
A donde me dirigí, gritando: « ¡ Abrid, en nombre del rey ! »
Y además, al límite de mis fuerzas y muerto de frío,
Me desplomé, de repente, ante la puerta.
¿ Estuve mucho tiempo tumbado allí ?
No lo sé; pero cuando recobré el conocimiento,
Estaba en una buena cama bien caliente; de buenas personas,
Que esperaban mi despertar con inquietud,
Se volcaban, me rodeaban, totalmente solícitos;
Y vi, en medio de esos feos bretones,
Como un pájaro de los bosques incubado por unos pavos,
A una niña de dieciséis años. ¡ Ah !, marquesa, marquesa,
¡ Que ingenua cabecita y que exquisita gracia !
¡ Que bonita era con sus cabellos rubios
Bajo su pequeño gorrito, tan sedosos y tan largos,
Que una reina por ellos habría dado su riqueza !
Además tenía pies y manos de duquesa;
Si bien yo dudaba mucho de la virtud
De su gorda madre; yo por una brizna, habría
Vendido mis derechos de autor, por el lugar del padre.
¡ Dios! ¡ Que hermosa estaba con su austera carita

Y púdica ! Y durante cuatro noches y tres días
Ella no abandonó mi cabecera; y siempre
La veía junto a mí, unas veces sentada,
Otras veces de pie, leyendo en su misal
Y rezando, ¿ pero por quién ? ¿ Por mí, pobre herido ?
¿ O por otro ? Además, su pequeño pie presuroso
Iba, venía, trotaba ágilmente por la habitación;
Y además, con sus ojos claros y dorados como el ámbar,
Me miraba; pues tenía unos ojos
amarillos como los del águila, y llenos de orgullo;
E incluso experimenté, cuando la vi a usted, marquesa,
Por primera vez, una gran sorpresa,
Encontrando esos ojos y esa mirada semejante
Que se hubiese dicho iluminada por un rayo de sol.
A mi fe que era tan fresca y bonita
Que, casi a mis espaldas, había cometido la locura
De ponerme a amarla. Pero he aquí que una mañana
Oí el cañón tronar en la lejanía.
Mi anfitrión entró de repente; totalmente pálido y sin aliento:
« ¡ Los azules ! ¡ los Azules ! dijo, van a rodear la llanura,
¡ Sálvese ! » Sin embargo todavía estaba débil,
Pero me levanté, pues el tiempo apremiaba.
Como un caballo encabritado al ruido de una trompeta,
La fiebre del combate me subió a la cabeza.
Pero ella, totalmente vestida de negro, como en un duelo,
Con algunas lágrimas en los ojos, me esperaba en el umbral.
Tomó el estribo cuando monté en la silla;
Y galante jinete, me incliné hacia ella,
Depositando alegremente un beso en su frente.
Ella se echó hacia atrás como bajo una afrenta;
Un fiero relámpago emergió de su orgullosa pupila,
Y rugiendo de vergüenza: « ¡ Ah !: Señor », me dijo.
Desde luego, ella no era lo que había pensado;
Había adoptado demasiada altivez, y yo había ofendido
Torpemente, burdamente, a la noble muchachita
La niña de alguna antigua y fiel familia
Que unos viejos criados ocultaban entre ellos,
Cuando el padre, con nosotros, luchaba contra los Azules.
¡Ah! tuve una compostura bastante idiota;
Pero en aquel tiempo yo era un poco Don Quijote,
Y todas las viejas novelas giraban en mi cerebro.
Así que descendiendo enseguida de mi caballo
Doblé humildemente una rodilla ante ella,
Y le dije: « Perdón, perdón, señorita;
Ese beso, créame, pues yo nunca miento,
No es el de un libertino o de un inconsciente, sino,
Si usted lo quiere, será de noviazgo.
Regresaré, si las batallas me lo permiten,
A buscar la prenda de amor que le he dejado.»
¡ Sea !, dijo ella riendo. ¡ Adiós ! novio mío.

Ella me levantó; luego con su bonita mano
Enviándome un beso: « ¡ Váyase, le perdono,
Dijo, y regrese pronto, bello desconocido ! »
Y partí...

LA MARQUESA, *tristemente*

¿ Y usted, no regresó ?

EL CONDE

¡ Dios mío ! no. ¿ Por qué ? Ni yo mismo lo sé.
Me dije: ¿ Es posible que me ame
Esa niña a la que vi un instante ? ¿ A su vez,
La amaba yo ? Vacilaba. ¿ Llegaría demasiado tarde,
Tal vez para encontrar a mi bella muchachita
Amando a cualquier otro, amada y madre de familia ?
Y luego esa vana propuesta de un loco, dicho sea de paso,
Sin duda había deslizado sobre ella, dejándole
Un bonito recuerdo, un dulce pensamiento.
¿ Además, la encontraría donde la había dejado ?
¿ Me había equivocado ? ¿ No era mejor
Conservar ese lejano recuerdo, fresco y alegre,
Verla siempre tal como la había pintado,
Y no volverla a ver, temer
No encontrarla, por desgracia ! Que desilusión ?
Pero eso me quedó como una obsesión,
Una vaga tristeza en el corazón, y como una duda
De una felicidad frecuentada, pero abandonada en mi camino.

LA MARQUESA, *con sollozos en la voz.*

¿ Habría ella amado tal vez a ese desconocido ?
¡Solo Dios lo sabe! pero lo cierto es que usted no volvió.

EL CONDE

¿ Marquesa, habré entonces cometido un tan grande crimen ?

LA MARQUESA

Me decía usted hace un momento: « Considero
Que el hombre es como una fruta que Dios separa en dos.
Camina por el mundo; y, para que sea feliz,
Es necesario que encuentre, en su incierto devenir,
Su otra mitad; pero el azar lo lleva;
El azar está ciego y solo conduce sus pasos;
También casi siempre, no la encuentra.
Sin embargo, cuando por ventura la halla...., ama;
Y creo que usted es la mitad
Que Dios me destinaba y que yo buscaba, pero
No os encontraba, y por tanto no os amé.
Después descubro que, nuestros caminos terminados,
La suerte ha unido, demasiado tarde, nuestros viejos destinos.
¡ Demasiado tarde, por desgracia, pues usted no regresó !

EL CONDE

¡ Marquesa, llora usted !...

LA MARQUESA

No es nada, he conocido

A la pobre muchachita de la que usted ha hablado ahora mismo;

Ese relato me entristece; por eso lloro.

No es nada.

EL CONDE

¡ La niña que antaño rezó por mí,

Marquesa, era usted !

LA MARQUESA

¡ Pues bien ! sí, era yo...

El conde se pone de rodillas y le besa la mano. Está muy emocionado.

LA MARQUESA

Vamos, no pensemos más en ello; era un tiempo de rosas.

Nuestra vieja y pálida cara ya no está hecha para estas cosas.

Reiría quién pudiera vernos en este momento!

Levántese, y para acabar esta vieja novela,

Recuerdo del pasado que no es ya de nuestra edad,

Tenga, conde, voy a darle su prenda;

Ya no soy una chiquilla y tengo el derecho a atreverme.

Ella lo besa en la frente. Luego con una sonrisa triste:

Si que ha envejecido, aquel pobre beso.

FIN

Traducción de J.M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueiral.com/maupassant>

ACTO PRIMERO

PRIMERA ESCENA

La Sra. DE SALLUS, en su salón, lee al amor de la lumbre. JACQUES DE RANDOL entra sin hacer ruido, comprueba que nadie lo ve y vivamente la besa en los cabellos. Ella da un respingo, emite un pequeño grito y se vuelve.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Oh ! ¡ Que imprudente es usted !

JACQUES DE RANDOL: No tema nada, nadie me ha visto.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Y los criados ?

JACQUES DE RANDOL: En el vestíbulo.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Cómo !... no lo han anunciado.

JACQUES DE RANDOL: No... simplemente me han abierto la puerta.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Pero en que están pensando ?

JACQUES DE RANDOL: Sin duda piensan que yo no soy importante.

SEÑORA DE SALLUS: No les permitiré eso. Quiero que se le anuncie. El no hacerlo sería de mal efecto.

JACQUES DE RANDOL, riendo: Tal vez se dispongan a anunciar a vuestro marido...

SEÑORA DE SALLUS: Jacques, esa broma está fuera de lugar.

JACQUES DE RANDOL: Lo siento. (*se sienta*). ¿ Espera a alguien ?

SEÑORA DE SALLUS: Sí... probablemente. Usted sabe que yo siempre recibo cuando estoy en casa.

JACQUES DE RANDOL: Sé que tenemos el gusto de verla cinco minutos, justo el tiempo de preguntarle por su salud, y que luego aparece un caballero cualquiera, enamorado de usted, por supuesto, y que espera con impaciencia que el primer recién llegado se vaya.

SEÑORA DE SALLUS, riendo: ¿ Y qué quiere usted ? Desde el momento en que yo no soy su esposa, es necesario que sea de ese modo.

JACQUES DE RANDOL : ¡ Ah ! ¡ si usted fuese mi esposa !

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Si yo fuese su esposa ?

JACQUES DE RANDOL: Yo la llevaría durante cinco o seis meses, lejos de esta horrible ciudad, para tenerla para mí solo.

SEÑORA DE SALLUS: Se hartaría enseguida.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Ah !, claro que no.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Ah !, claro que sí.

JACQUES DE RANDOL: Sepa que es una tortura amar a una mujer como usted.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Por qué ?

JACQUES DE RANDOL: Porque se la ama de igual modo que los hambrientos miran las viandas y las aves tras los escaparates de un restaurante.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Oh ! ¡ Jacques !...

JACQUES DE RANDOL: Es cierto. Una mujer de mundo pertenece a ese mundo, es decir a todo el mundo, excepto a aquél a quién se entrega. Éste la puede ver, con todas las puertas abiertas, un cuarto de hora durante tres días, no más, a causa de los criados. Excepcionalmente, con mil precauciones, mil temores, mil estratagemas, ella se reúne con él, una o dos veces al mes, en un apartamento amueblado. Es ella entonces quién tiene precisamente un cuarto de hora para concederle su tiempo porque sale de casa de la Sra. X..., para ir a la de la Sra. Z..., donde ha dicho a su cochero que la recoja. Si

llueve, no vendrá, pues es imposible desembarazarse de ese cochero. Ahora bien, ese cochero y el lacayo, y la Sra. X..., y la Sra. Z..., y los demás, todos aquellos que entran con ella como en un museo, un museo que nunca cierra, todos aquellos y todas aquellas que devoran su vida, minuto tras minutos, segundo tras segundo, a quién ella se debe como un empleado debe su tiempo al Estado, porque ella es de mundo, todas esas personas son el cristal transparente e inefable que la separa de mis caricias.

SEÑORA DE SALLUS: Lo veo un poco nervioso, hoy.

JACQUES DE RANDOL: No, pero estoy hambriento de estar a solas con usted. ¿ Usted está en mí, o más bien yo estoy en usted; ¡ bien! ¿ eso es lo que flota en el aire, de verdad ? Paso mi vida tratando de encontrar los medios para encontrarla. Sí, nuestro amor está hecho de reencuentros, de saludos, de miradas, de roces, y nada más. Nos encontramos, por la mañana, en la avenida, un saludo; nos encontramos en su casa o en la de una mujer cualquiera, veinte palabras; nos encontramos en el teatro, diez palabras; cenamos algunas veces en la misma mesa, demasiado lejos para hablar, y entonces ni incluso me atrevo a mirarla, a causa de las demás miradas. ¿ Es eso amarse ? ¿ Es eso lo que solamente conocemos ?

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Entonces, tal vez le gustaría dejarme ?

JACQUES DE RANDOL: Eso es imposible, desgraciadamente.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Entonces, qué ?

JACQUES DE RANDOL: No lo sé. Solamente digo que esta vida es muy enervante.

SEÑORA DE SALLUS: Es precisamente por lo presencia de muchos obstáculos por lo que su cariño no languidece.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Oh ! Madeleine, ¿ cómo puede decir eso ?

SEÑORA DE SALLUS: Creame, si su afecto tiene visos de prolongarse, es sobre todo porque no es libre.

JACQUES DE RANDOL: Cierto, jamás he visto a una mujer tan positiva como usted. ¿ Así que usted cree que si por casualidad yo fuese su marido, dejaría de quererla ?

SEÑORA DE SALLUS: No de inmediato, pero pronto.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Es indignante lo que usted dice !

SEÑORA DE SALLUS: No, es la verdad. Usted lo sabe, cuando un confitero toma a sus servicios una dependiente golosa, le dice: « Coma tantos bombones como quiera, chiquilla. » Ella se pone morada durante ocho días, después se asquea con solo verlos el resto de su vida.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Ah, ya ! veamos, ¿ por qué me ha... aceptado ?

SEÑORA DE SALLUS: No lo sé... por ser usted agradable.

JACQUES DE RANDOL: Se lo ruego. No se burle de mí.

SEÑORA DE SALLUS: Yo me he dicho: « Aquí está un pobre muchacho que parece estar muy enamorado de mí. Yo, yo soy moralmente muy libre, habiendo dejado de gustar completamente a mi maridos desde hace más de dos años. Ahora bien, puesto que este hombre me ama, ¿ por qué no él ? »

JACQUES DE RANDOL: Es usted cruel.

SEÑORA DE SALLUS: Al contrario, no lo he sido. ¿ De qué se queja pues ?

JACQUES DE RANDOL: Mire, usted me exaspera con esa burla continua. Desde que yo la amo, usted me tortura de este modo y ni sé si usted siente por mi el menor afecto.

SEÑORA DE SALLUS: Yo he tenido, en todo caso, unas bondades con usted.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Oh! Que juego extraño el suyo. Desde el primer día, la he notado coqueta conmigo, oscuramente coqueta, misteriosamente coqueta, como solo usted sabe serlo, sin mostrarlo, cuando usted quiere gustar. Me ha conquistado poco a poco con miradas, sonrisas, apretones de mano, sin comprometerse, sin descaro, sin desenmascarse. Ha sido terriblemente tenaz y seductora. Yo la he amado con toda mi

alma, sinceramente y lealmente. Y, hoy, no sé cuales son sus sentimientos en el fondo de su corazón, que pensamientos tiene en lo más profundo de su mente, no lo sé, no sé nada. La miro y me digo: « Esta mujer, que parece haberme elegido, también siempre da la impresión de olvidarlo. ¿ Me ama ? ¿ Se ha cansado de mí ? Está haciendo una prueba, tomando un amante para ver, para saber, para gozar, sin tener hambre ? » Hay días en los que me pregunto si, entre todos aquellos que la aman, y que se lo dicen sin cesar, no hay uno que comience a gustarle más.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Dios mío ! hay cosas en las que no hay que profundizar nunca.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Oh ¡ que dura es usted. Eso significa que no me ama.

MADAME DE SALLUS: ¿ De qué se queja ? Yo no he dicho eso... además... no creo que usted tenga nada que reprocharme.

JACQUES DE RANDOL: Perdóneme. Estoy celoso.

MADAME DE SALLUS: ¿ De quién ?

JACQUES DE RANDOL: No lo sé. Estoy celoso de todo lo que desconozco de usted.

SEÑORA DE SALLUS: Sí. debería estarle agradecido.

JACQUES DE RANDOL: Perdón. La amo demasiado, todo me inquieta.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Todo ?

JACQUES DE RANDOL: Sí, todo.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Está celoso de mi marido ?

JACQUES DE RANDOL, estupefacto: No... ¡ Que idea !

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Pues bien ¡ Se equivoca.

JACQUES DE RANDOL: Vamos, siempre tan burlona.

SEÑORA DE SALLUS: No. Incluso quisiera hablarle, muy seriamente, y pedirle consejo.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Referente a su marido ?

SEÑORA DE SALLUS, seria: Sí. No me río, o más bien no río más. (*Riendo.*) ¿ Entonces, usted no está celoso de mi marido ? Sin embargo es el único hombre que tiene derechos sobre mi.

JACQUES DE RANDOL: Es precisamente porque tiene derechos por lo que no estoy celoso. El corazón de las mujeres no admite que se tengan derechos.

SEÑORA DE SALLUS: Oh, querido, el derecho es algo positivo, un título de posesión que se puede olvidar – como mi marido lo ha hecho desde hace dos años – pero también, del que se puede siempre ejercer en un momento dado, como parece querer hacerlo desde hace algún tiempo.

JACQUES DE RANDOL : Dice usted que su marido...

MADAME DE SALLUS : Sí.

JACQUES DE RANDOL: Eso es imposible...

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Por qué imposible ?

JACQUES DE RANDOL: Porque su marido tiene... otras ocupaciones.

SEÑORA DE SALLUS: Parece que le gusta cambiar.

JACQUES DE RANDOL: Veamos, Madeleine, ¿ qué le ocurre a él ?

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Ve ?... ¿ se vuelve celoso de él ?

JACQUES DE RANDOL: Se lo suplico, dígame si se está burlando o si habla en serio.

SEÑORA DE SALLUS: Hablo en serio, muy seriamente.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Entonces qué le pasa ?

SEÑORA DE SALLUS: Usted conoce mi situación, pero no le he contado nunca toda mi historia. Es muy sencilla. Hela aquí en veinte palabras. Me casé a los diecinueve años, el conde Jean de Sallus se enamoró de mi después de haberme visto en la Ópera-Cómica. Él ya conocía al notario de papá. Fue muy gentil, durante los primeros tiempos;

¡ sí, muy amable ¡ Creo verdaderamente que me amaba. Y yo también, yo era muy solícita con él, muy gentil. Desde luego, nunca ha podido dirigirme la sombra de un reproche.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Lo amaba ?

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Dios mío ¡ ¡ no haga nunca esas preguntas !

JACQUES DE RANDOL: ¿ Entonces, usted lo amaba ?

SEÑORA DE SALLUS: Sí y no. Si lo amaba, era como una tonta. Pero no le dije nunca que lo amase, pues no sé manifestarme.

JACQUES DE RANDOL: En eso tiene razón.

SEÑORA DE SALLUS: Sí, es posible que lo haya amado algún tiempo, inocentemente, como una tímida jovencita, temblorosa, torpe, inquieta, siempre temerosa por esa vileza, el amor de un hombre, por esa vileza, que también es tan dulce algunas veces. Usted lo conoce. Es un dandi, un dandi de club - los peores de los guapos. Aquellos que en el fondo, nunca tienen un afecto duradero más que por las muchachas que son las auténticas féminas de los clubs masculinos. Están acostumbrados a chismorreos pícaros y caricias depravadas. Les hace falta el desnudo y lo obsceno, de palabra y cuerpo, para atraerlos y retenerlos... A menos que... a menos que los hombres, verdaderamente, sean incapaces de amar durante mucho tiempo a la misma mujer. En fin, pronto sentí que se volvía indiferente, que me besaba... con descuido, que me miraba... sin atención, que no se cuidaba ante mí... para mí, en sus formas, sus gestos, en sus discursos. Se echaba en los sillones con brusquedad, leía el periódico tan pronto llegaba, se encogía de hombros y exclamaba: « Nada es digno de atención », cuando no estaba contento. Un día por fin, bostezó estirando sus brazos. Ese día comprendí que no me amaba; tuve en gran disgusto, pero sufrí tanto que no supe ser coqueta como era necesario para reconquistarlo. Pronto supe que tenía una amante, una mujer de mundo, además. A partir de ese momento hemos vivido como dos vecinos, tras una tormentosa explicación.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Cómo ? ¿ Una explicación ?

SEÑORA DE SALLUS: Sí.

JACQUES DE RANDOL: Referente a... su amante.

SEÑORA DE SALLUS: Sí y no... Eso es difícil de precisar... Él se creía obligado... para no despertar mis sospechas, sin duda... a simular de vez en cuando... raramente... una cierta ternura, muy fría por otra parte, hacia sus legítima mujer... que tenía ciertos derechos a dicha ternura... Y bien... yo le indiqué que podría abstenerse en el futuro de esas manifestaciones de diplomacia.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Cómo le dijo usted eso ?

SEÑORA DE SALLUS: No lo recuerdo.

JACQUES DE RANDOL: Debió ser muy divertido.

SEÑORA DE SALLUS: No... al principio pareció muy sorprendido. Luego le solté una frase salida del corazón, bien preparada, donde lo invitaba a llevar a otro lado sus intermitentes fantasías. Él comprendió, me saludó muy educadamente, y partió... para siempre.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Nunca regresó ?

SEÑORA DE SALLUS: Nunca.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Nunca trató de hablarle de su afecto ?

SEÑORA DE SALLUS: ¡ No... nunca !

JACQUES DE RANDOL: ¿ Lo ha lamentado usted ?

SEÑORA DE SALLUS: Poco importa. Lo que importa, por ejemplo, es que ha tenido innumerables amantes, a las que mantenía, de las que hacía alarde, las paseaba. Eso al principio me irritó, disgustó, humilló; luego yo tomé mi decisión; luego, más tarde, dos

años más tarde... tomé un amante... usted... Jacques.

JACQUES DE RANDOL, *besándole la mano*: Y yo, la amo con toda mi alma, Madeleine.

SEÑORA DE SALLUS: Todo esto no es limpio.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Qué ?... ¿ todo esto ?...

SEÑORA DE SALLUS: La vida... mi marido... sus amantes... Yo... y usted.

JACQUES DE RANDOL: He aquí lo que prueba, más que cualquier otra cosa, que usted no me ama.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Por qué ?

JACQUES DE RANDOL: Usted se atreve a decir del amor: « ¡ Eso no es limpio ! » ; Si usted amase, sería divino ! Pero una mujer enamorada trataría de criminal e innoble aquél que afirmara semejante cosa. ¡ Sucio, el amor !

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Es posible ! Todo depende de como se mire: yo veo demasiado.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Que ve usted ?

SEÑORA DE SALLUS: Veo demasiado bien, demasiado lejos, demasiado claro.

JACQUES DE RANDOL: Usted no me ama.

SEÑORA DE SALLUS: Si yo no lo amase... un poco... no tendría ninguna excusa para haberme entregado a usted.

JACQUES DE RANDOL: Un poco... Precisamente lo que le hace falta para disculparse.

SEÑORA DE SALLUS: Yo no me disculpo: yo me acuso.

JACQUES DE RANDOL: Asi pues, si usted me ama... un poco... entonces... usted no me ama más.

SEÑORA DE SALLUS: No razonemos demasiado.

JACQUES DE RANDOL: Usted no hace otra cosa que eso.

SEÑORA DE SALLUS: No; pero juzgo las cosas consumadas. Uno no tiene nunca ideas justas y opiniones sanas excepto sobre lo que ya ha pasado.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Y usted lamenta ?...

SEÑORA DE SALLUS: Tal vez.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Entonces, mañana ?

SEÑORA DE SALLUS: No lo sé.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Acaso no es importante haber hecho un amigo que lo es hacia usted en cuerpo y alma ?

SEÑORA DE SALLUS: Hoy.

JACQUES DE RANDOL: Y mañana.

SEÑORA DE SALLUS: Sí, el mañana después de la noche, pero no el mañana después de un año.

JACQUES DE RANDOL: Usted lo verá... ¿ Entonces, su marido ?...

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Le preocupa ?

JACQUES DE RANDOL: ¡ Caramba !

SEÑORA DE SALLUS: Mi marido se ha vuelto a enamorar de mi.

JACQUES DE RANDOL: ¡ No es posible !

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Es usted un insolente ! ¿ Por qué no ? querido.

JACQUES DE RANDOL: Uno se enamora de una mujer, antes de esposarla, no se vuelve a enamorar de su esposa.

SEÑORA DE SALLUS: Tal vez había sido así hasta el momento.

JACQUES DE RANDOL: Imposible que él la haya conocido sin haberla amado a su manera... corto e insolente.

SEÑORA DE SALLUS: Poco importa. Él se dispone o redispone a amarme.

JACQUES DE RANDOL: La verdad, no entiendo nada. Cuénteme.

SEÑORA DE SALLUS: No hay nada que contar: me hace declaraciones y me abraza, y me amenaza con... con... su autoridad. En fin, estoy inquieta, muy atormentada.

JACQUES DE RANDOL: Madeleine... usted me tortura.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Bien ! ¿ Y yo, acaso cree usted que yo no sufro ? Yo ya no soy una esposa fiel puesto que le pertenezco a usted; pero soy y seguiré siendo un corazón recto. Usted o él. Jamás usted y él. Eso es lo que es para mí una infamia, una gran infamia de mujeres culpables; esa compartición que las hace innobles. Se puede caer, porque... porque hay baches a lo largo de los caminos y no siempre es fácil seguir el camino recto; pero, si se cae, no hay razón para revolcarse en el lodo.

JACQUES DE RANDOL, *tomándole y besándole las manos*: La adoro.

SEÑORA DE SALLUS, *sencillamente*: Yo también, yo lo amo mucho, Jacques, y por eso tengo miedo.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Por fin !... gracias... Veamos, dígame, desde cuanto tiempo hace que él ha tenido... esa recaída ?

SEÑORA DE SALLUS : Desde hace quince días o tres semanas.

JACQUES DE RANDOL: ¿ No más ?

SEÑORA DE SALLUS. No más.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Pues bien ! su marido está sencillamente... viudo.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Qué dice usted ?

JACQUES DE RANDOL: Digo que su marido está disponible y que procura ocupar con su esposa sus ocios pasajeros.

SEÑORA DE SALLUS: Yo, le digo que está enamorado de mí.

JACQUES DE RANDOL: Sí... sí... Sí y no... Está enamorado de usted... y también de otra... Veamos... ¿ Está de mal humor, verdad ?

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Oh, sí ! de un humor execrable.

JACQUES DE RANDOL: Aquí tenemos pues un hombre enamorado de usted y que manifiesta este renacimiento de cariño mediante un carácter insoportable... ¿ pues él es insoportable, verdad ?

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Oh !, sí, insoportable.

JACQUES DE RANDOL: Si fuese insistente con dulzura, usted no tendría miedo. Usted diría: « Tengo tiempo », y luego él le inspiraría un poco de compasión, pues siempre se tiene piedad por el hombre que os ama, aunque sea su marido.

SEÑORA DE SALLUS: Es cierto.

JACQUES DE RANDOL: ¿ Está nervioso, preocupado, sombrío ?

SEÑORA DE SALLUS: Sí... sí...

JACQUES DE RANDOL: ¿ Y brusco con usted... por no decir brutal ? ¿ Invoca un derecho y no le dirige un ruego ?

SEÑORA DE SALLUS: Así es...

JACQUES DE RANDOL: Querida, en este momento, es usted una distracción.

SEÑORA DE SALLUS: No... no...

JACQUES DE RANDOL: Mi querida amiga, la última amante de su marido era la Sra. de Bardane a la que ha dejado, de un modo muy mezquino, hace dos meses, para cortejar a la Santelli.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ La cantante ?

JACQUES DE RANDOL: Sí. Una caprichosa, muy hábil, una estratega, muy venal, lo que no es extraño en el teatro..., además...

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Por eso él va sin cesar a la Ópera !

JACQUES DE RANDOL, *riendo*: No lo dude.

SEÑORA DE SALLUS, *pensando*: No... no, usted se equivoca.

JACQUES DE RANDOL: La Santelli se le resiste y lo confunde. Entonces, teniendo el corazón lleno de pasión, sin poder despacharla, él le ofrece a usted una parte.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Querido, usted sueña !... Si estuviese enamorado de la Santelli, no me diría que me ama... Si estuviese perdidamente preocupado de esa comediente, no me haría la corte, a mí. Si la escoltase violentamente, en fin, no me desearía a mí al mismo tiempo.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Ah ! ¡ Que poco conoce usted a algunos hombres ! Los de la raza de su marido, cuando una mujer les ha vertido en su corazón ese veneno, el amor, que no es para ellos más que deseo brutal, cuando esa mujer les escapa o se les resiste, se convierten en perros rabiosos. Van hacia ellas como locos, como poseídos, los brazos abiertos, los labios tendidos. Es necesario que amen no importa qué, como el perro abre la boca y muerde no importa a quién, no importa a qué. La Santelli ha liberado a la bestia y usted se encuentra al alcance de sus dientes, tenga cuidado. ¿ Amor ? no; Es rabia.

SEÑORA DE SALLUS: Es usted injusto con él. Los celos lo hacen malvado.

JACQUES DE RANDOL: No me equivoco, puede estar segura.

SEÑORA DE SALLUS: Sí, se equivoca. Mi marido, antaño, me ha olvidado, abandonado, encontrándome ingenua, sin duda. Ahora, me encuentra mejor y regresa a mí. Nada más sencillo. Tanto peor para él, además, pues considera que, a diferencia suya, yo tendría que ser una mujer honesta toda mi vida.

JACQUES DE RANDOL: ¡ Madeleine !

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Qué ?

JACQUES DE RANDOL: ¿ Deja de ser una mujer honesta cuando, rechazada por el hombre que se hace cargo de su existencia, de su felicidad, de su cariño y de sus sueños, una no se resigna, siendo joven, bella y llena de esperanza, al eterno aislamiento, al eterno abandono ?

SEÑORA DE SALLUS: Ya le he dicho que hay cosas en las que no se debe pensar demasiado. Esta es una de ellas. (*Se oyen dos timbrazos*). Es mi marido. Trate de ser agradable. Está muy sombrío en este momento.

JACQUES DE RANDOL, levantándose: Prefiero irme. No me cae bien su marido, por muchas razones. Y además, me resulta lamentable estar simpático hacia alguien a quién desprecio un poco, y que tendría el derecho de despreciarme mucho, puesto que yo le estrecho la mano.

SEÑORA DE SALLUS: Ya le dije que todo esto no es muy limpio.

ESCENA II

LOS MISMOS, SEÑOR DE SALLUS

El SEÑOR DE SALLUS entra, con aspecto desapacible. Mira un instante a su esposa y a Jacques de Randol que se está despidiendo de ella, luego se adelanta.

JACQUES DE RANDOL: Buenos días, Sallus.

SEÑOR DE SALLUS: Buenos días, Randol. ¿ Soy yo quién lo hace huir ?

JACQUES DE RANDOL: No, es la hora. Tengo una cita en el círculo a medianoche, y son las doce menos diez. (*Se estrechan la mano.*) ¿ Lo verá en el estreno de Mahomet ?

SEÑOR DE SALLUS: Sí, sin duda.

JACQUES DE RANDOL: Se dice que será un gran éxito.

SEÑOR DE SALLUS: Sí, sin duda.

JACQUES DE RANDOL, estrechándole de nuevo la mano: Hasta pronto.

SEÑOR DE SALLUS: Hasta pronto.

JACQUES DE RANDOL: Adiós, SEÑORA.

SEÑORA DE SALLUS: Adiós, señor.

ESCENA III

SEÑOR. DE SALLUS, SEÑORA DE SALLUS

SEÑOR DE SALLUS, *dejándose caer en un sillón:* ¿ Hace mucho que está aquí el Señor Jacques de Randol ?

SEÑORA DE SALLUS: No... hace una media hora, más o menos.

SEÑOR DE SALLUS: Una media hora, más una hora, eso hace una hora y media. El tiempo os parece corto con él.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Cómo, una hora y media ?

SEÑOR DE SALLUS: Sí. Como he visto ante la puerta un coche, he preguntado al lacayo: « ¿ Quién está aquí ? » y me ha respondido: « El señor de Randol » - « ¿ Hace mucho que ha llegado ? » - « A las diez, señor. » Y admitiendo que ese hombre se haya equivocado en un cuarto de hora a vuestro favor, eso hace una hora cuarenta, como mínimo.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Ah, eso ! ¿ Qué es lo que os pasa ? ¿ Acaso no tengo ahora ya el derecho de recibir a quién bien me parezca ?

SEÑOR DE SALLUS: ¡ Oh !, querida, no os presiono en nada, en nada, en nada. Únicamente me sorprende que pudieseis confundir una media hora con una hora y media.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Queréis tener una escena ? Si buscáis una disputa, decídmelo. Sabré bien que responderos. Si simplemente estáis de mal humor, iros a acostar, y dormid si podéis.

SEÑOR DE SALLUS: Yo no busco una discusión, ni estoy de mal humor. Solamente constato que el tiempo os parece muy corto, cuando lo pasáis con el Señor Jacques de Randol.

SEÑORA DE SALLUS: Sí, muy corto, mucho más corto que con vos.

SEÑOR DE SALLUS: Es un hombre encantador y comprendo que os guste. Vos parecéis gustarle también mucho, dado que viene casi todos los días.

SEÑORA DE SALLUS: Ese tipo de hostilidad no me va, querido, y os ruego que os expreséis y expliquéis claramente. ¿ Así pues, me estáis haciendo una escena de celos ?

SEÑOR DE SALLUS: ¡ Dios me libre ! Tengo demasiada confianza y respeto por vos, para dirigiros cualquier tipo de reproche. Y sé que que tenéis bastante tacto para no dar nunca lugar a la calumnia... o al chismorreó.

SEÑORA DE SALLUS: No juguemos con las palabras. ¿ Consideráis que el Señor de Randol viene demasiado a menudo a esta casa... a vuestra casa ?

SEÑOR DE SALLUS: Yo no puedo encontrar nada malo en lo que hacéis.

SEÑORA DE SALLUS: En efecto, no tenéis derecho. Y dado que me habláis en ese tono, arreglemos esta cuestión de una vez por todas, pues no me gustan los subentendidos.

Tenéis, parece, la memoria corta. Pero trataré de ir en vuestra ayuda. Sed franco. Hoy

no pensáis, como consecuencia de no sé que circunstancias, como pensabais hace dos años. Recordad bien lo que sucedió. Como os habíais visiblemente despreocupado de mi, me volví inquieta, luego supe, se me dijo, pude ver, que amabais a la Sra. de Serviéres... Os confié mis sospechas... mi dolor... estaba celosa ! ¿ Qué me respondisteis ? Lo que todos los hombres responden cuando no aman ya a una mujer que les hace reproches. Al principio encogisteis los hombros, sonreísteis, con impaciencia, murmurasteis que estaba loca, luego me expusisteis, con todo el ingenio posible, lo reconozco, los grandes principios del amor libre adoptados por todo marido que engaña y sin embargo está seguro de no ser engañado. Me distéis a entender que el matrimonio no es una cadena, sino una asociación interesada, un lazo social, más que un lazo moral; que no obliga a los esposos a no tener otros afectos o amistades, siempre que no haya escándalo. ¡ Oh ! no reconocisteis que teníais una amante, pero estabais buscando circunstancias atenuantes. Os mostrasteis muy irónico hacia las mujeres, esas pobres tontas que no permiten a sus maridos ser galantees, siendo la galantería una de las leyes de la sociedad elegante a la cual vos pertenecéis. Os habéis reído mucho de la figura del hombre que no se atreve a hacer un cumplido a una mujer, ante la suya, y reído todavía más de la esposa sombría que sigue a su marido con la mirada por todos los rincones, y se imagina, desde el momento en el que él desaparece en el salón vecino, que cae en las rodillas de una rival. Todo eso era espiritual, divertido, desolador, envuelto en cumplidos y sazonado de crudeza, dulce y amargo haciendo salir del corazón todo amor por el hombre delicado, falso y bien educado que podía hablar de ese modo. He comprendido, he llorado, he sufrido. Os he cerrado mi puerta. Vos no habéis reclamado, me habéis juzgado inteligente más de lo que habríais creído y hemos vivido completamente separados. Hace dos años que esto dura, dos largos años que, sin embargo, no os han parecido más de seis meses. Vamos a las reuniones sociales juntos, nos ven juntos, luego regresamos cada uno a su casa. La situación ha sido establecida así por vos, por vuestra culpa, como consecuencia de vuestra primera infidelidad, que ha estado seguida de muchas otras. No he dicho nada, me he resignado, os he expulsado de mi corazón. Ahora se acabó, ¿ qué es lo que queréis ?

SEÑOR DE SALLUS: Querida, no pido nada. No quiero responder al agresivo discurso que acabáis de dirigirme. Tan solo quería daros un consejo, de amigo, acerca de un posible peligro que podría correr vuestra reputación. Sois bella, muy vista, muy deseable. Pronto se supone una aventura...

SEÑORA DE SALLUS: Perdón. Si hablamos de aventura, solicito que hagamos balance entre nosotros.

SEÑOR DE SALLUS: Veamos, no bromea, se lo ruego. Os hablo como amigo, un amigo serio. En cuanto a todo lo que acabáis de decirme, es excesivamente exagerado.

SEÑORA DE SALLUS: No del todo. Vos habéis hecho alarde de todos vuestros líos, lo que equivalía a concederme la autorización de imitaros. ¡ Pues bien ! querido, yo busco...

SEÑOR DE SALLUS: Permitid...

SEÑORA DE SALLUS: Dejadme hablar. Soy bella, decís, soy joven, y condenada por vos a vivir, a envejecer, como una viuda. Querido, miradme (*se levanta*) ¿ Es justo que me resigne al papel de Ariadna abandonada mientras su marido corre de mujer en mujer, y de jovencita en jovencita ? (*Animándose*) ¡ Una mujer honesta ! Os oigo decir. ¿ Una mujer honesta debe sacrificar toda su vida, toda su alegría, toda su ternura, todo eso para lo que nosotras hemos nacido ? Miradme pues. ¿ Acaso estoy hecha para el claustro ? Dado que me he casado con un hombre, no estaba destinada al claustro, ¿ verdad ? Ese hombre, que me ha tomado, me rechaza y corre a otras... ¡ y cuales ! Yo no soy de aquellas que comparten. Tanto peor para vos, tanto peor para vos. Soy libre. No

tenéis derecho a darme ningún consejo. ¡ Soy libre !

SEÑOR DE SALLUS: Querida, tranquilizaos. Me confundís completamente. Yo nunca he tenido una sospecha. Tengo por vos una profunda estima y una más profunda amistad; una amistad que aumenta cada día. No puedo revertir ese pasado que me reprocháis tan cruelmente. Quizás yo soy un poco demasiado.... ¿ cómo lo diría ?

SEÑORA DE SALLUS: Decid Regencia. Conozco ese alegato para disculpar todas las debilidades y todas las locuras. ¡ Ah, sí ! ¡ El siglo XVIII ! ¡ el siglo elegante ! ¡ Cuanta gracia, que deliciosa fantasía, cuantos adorables caprichos ! Siempre la misma canción, querido.

SEÑOR DE SALLUS: No, vos seguís confundiéndome. Yo soy, era sobre todo, demasiado... demasiado parisino, demasiado acostumbrado a la vida nocturna y casándome, habituado a los bastidores, al círculo, a mil cosas... ,no pude romper con todo de inmediato... se necesita tiempo. Y luego, el matrimonio nos cambia tanto, demasiado aprisa. Hay que ir acostumbrándose... poco a poco... Vos me habéis dejado sin recursos cuando me hacían falta.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Y venís quizás a proponerme una nueva prueba ?

SEÑOR DE SALLUS: ¡ Oh ! Cuando gustéis. En verdad, cuando uno se casa tras haber vivido como yo, no puede impedir mirar de entrada un poco a su esposa como una nueva amante, una amante honesta... no es hasta más tarde cuando se comprende bien, como se distingue bien, y que uno se lo replantea.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Pues bien ! querido, es demasiado tarde. Como os he dicho, busco por mi lado. He tenido tres años para decidirme. Confesaréis que es mucho tiempo. Necesito alguien de bien, alguien mejor que vos... Es un cumplido que os hago y que vos no tenéis aspecto de reconocer.

SEÑOR DE SALLUS: Madeleine, esta broma está fuera de lugar.

SEÑORA DE SALLUS: Oh no, pues supongo que todas vuestras amantes eran mejores que yo, puesto que las habéis preferido a mi.

SEÑOR DE SALLUS: Veamos, ¿ En que disposición de espíritu estáis ?

SEÑORA DE SALLUS: Yo estoy como siempre. Sois vos quién habéis cambiado, querido.

SEÑOR DE SALLUS: Es cierto, he cambiado.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Y eso que quiere decir ?

SEÑOR DE SALLUS: Que era un imbecil.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Y que ?...

SEÑOR DE SALLUS: Que me he vuelto razonable.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Y que ?...

SEÑOR DE SALLUS: Que estoy enamorado de mi esposa.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Estáis pues en ayunas ?

SEÑOR DE SALLUS: ¿ Cómo ?

SEÑORA DE SALLUS: Digo que estáis en ayunas.

SEÑOR DE SALLUS: ¿ Cómo es eso ?

SEÑORA DE SALLUS: Cuando se está en ayunas se tiene hambre, y cuando se tiene hambre, uno se decide a comer cosas que no gustarían en otro momento. Yo soy el plato, olvidado en los días de abundancia, al que volvéis en los días de hambre. Gracias.

SEÑOR DE SALLUS: Jamás os he visto de ese modo. Me entristecéis tanto que me sorprende.

SEÑORA DE SALLUS: Tanto peor para ambos. Si yo os sorprendo, vos me subleváis. Sabed que no estoy hecha para ese rol de intermediaria.

SEÑOR DE SALLUS, se aproxima, le toma la mano y la besa un buen rato:

Madeleine, os juro que me he vuelto a enamorar de vos, muy fuerte, en serio, por

completo.

SEÑORA DE SALLUS: Puede que estéis convencido. ¿Cuál es entonces la mujer que no quiere nada de vos, en este momento ?

SEÑOR DE SALLUS: Madeleine, os juro...

SEÑORA DE SALLUS: No jure. Estoy segura que venís de romper con una amante. Necesitáis otra, y no la encontráis. Entonces os dirigís a mí. Después de tres años, me habéis olvidado de tal modo que os doy la impresión de algo nuevo. No es a vuestra esposa a quién volvéis, sino a una mujer con la que habéis roto y con la que deseáis continuar. Eso no es, en el fondo, más que un juego libertino.

SEÑOR DE SALLUS: Yo no me planteo si sois mi mujer o una mujer: vos sois la que amo, la que ha prendido en mi corazón. Vos sois con la que sueño, aquella cuya imagen me persigue por todas partes, cuyo deseo me acosa. Si se da la circunstancia que vos sois mi esposa, ¡ tanto mejor o tanto peor ! no lo sé, ¿ qué importa ?

SEÑORA DE SALLUS: Ciertamente es un bonito papel el que me ofrecéis. Tras la señorita Zozo, la señorita Lili, la señorita Tata, ¿ me ofrecéis seriamente, a la Señora de Sallus, tomar la sucesión vacante y convertirse en la amante de su marido por algún tiempo ?

SEÑOR DE SALLUS: Para siempre.

SEÑORA DE SALLUS: Perdón. Para siempre, volvería a ser vuestra esposa, y eso no es de lo que se trata, puesto que yo he dejado de serlo. La distinción es sutil, pero real. Y además la idea de hacer de mi vuestra amante legítima os enciende mucho más que la idea de retomar a vuestra compañera obligatoria.

SEÑOR DE SALLUS, riendo: ¡ Bien ! ¿ Por qué una mujer no podría convertirse en la amante de su marido ? Yo admito perfectamente vuestro punto de vista. Vos sois libre, absolutamente libre, por mi culpa. En cuanto a mi, estoy enamorado de vos y os digo: « Madaleine, dado que vuestro corazón está vacío, tenga piedad de mi. Os amo. »

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Solicitáis la preferencia, a título de esposo ?

SEÑOR DE SALLUS: Sí.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Reconocéis que soy libre ?

SEÑOR DE SALLUS: Sí.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ He entendido bien ? ¿ Vuestra amante ?

SEÑOR DE SALLUS: Sí.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Pues bien !... iba a comprometerme por otro lado, pero puesto que vos me pedís la preferencia, yo os la concederé, a igual precio.

SEÑOR DE SALLUS: No comprendo.

SEÑORA DE SALLUS: Me explico. ¿ Estoy tan bien como vuestras conquistas ? Sea franco.

SEÑOR DE SALLUS: Mil veces mejor.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ En serio ?

SEÑOR DE SALLUS: En serio.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Mejor que la mejor ?

SEÑOR DE SALLUS: Mil veces.

SEÑORA DE SALLUS: ¡ Pues bien ! ¿ Dígame cuanto os ha costado la mejor durante tres meses ?

SEÑOR DE SALLUS: No entiendo.

SEÑORA DE SALLUS: Os digo: ¿ cuánto os ha costado, en tres meses, la más encantadora de vuestras amantes, en dinero, joyas, cenas, teatro, etc., etc., en fin, mantenimiento completo ?

SEÑOR DE SALLUS: Y yo que sé.

SEÑORA DE SALLUS: Vos debéis saberlo. Veamos, hagamos cuentas. ¿ Dais una

suma redonda, o pagáis a los proveedores por separado ? ; Oh ! no sois hombre de entrar en detalles, dad una suma redonda.

SEÑOR DE SALLUS: Madeleine, esto es intolerable.

SEÑORA DE SALLUS: Seguidme bien. Cuando vos habéis comenzado a olvidarme, habéis suprimido tres caballos en vuestras cuadras: uno de los mejores y dos de los vuestros; más un cochero y un lacayo. Era necesario economizar interiormente para pagar los nuevos servicios exteriores.

SEÑOR DE SALLUS: Eso no es cierto.

SEÑORA DE SALLUS: Sí, sí. Tengo los datos; no lo neguéis, yo os confundiría. Cesasteis igualmente de regalarme joyas, puesto que tenáis otras orejas, otros dedos, otras muñecas y otros pechos que embellecer. Habéis suprimido uno de nuestros dos días de ópera, y olvido muchas pequeñas cosas menos importantes. Todo eso, según mis cuentas, suponen aproximadamente cinco mil francos al mes. ¿ Os parece justo ?

SEÑOR DE SALLUS: Estáis loca.

SEÑORA DE SALLUS: No, no. Confesad. ¿ Aquella de vuestras amantes que más cara os haya costado llegaba a cinco mil francos al mes ?

SEÑOR DE SALLUS: Estáis loca.

SEÑORA DE SALLUS: ; Si os lo tomáis así, buenas noches !

Ella se dispone a salir. Él la detiene.

SEÑOR DE SALLUS: Vamos, dejaos de bromas ya.

SEÑORA DE SALLUS: ; Cinco mil francos ! Dígame si ella os costaba cinco mil francos.

SEÑOR DE SALLUS: Sí, más o menos.

SEÑORA DE SALLUS: ; Pues bien ! amigo mío, deme enseguida cinco mil francos, y yo os firmo un contrato por un mes.

SEÑOR DE SALLUS: ; Pero habéis perdido la cabeza !

SEÑORA DE SALLUS: ; Adiós ! ; Buenas noches !

SEÑOR DE SALLUS: ; Que chiflada ! Veamos, Madeleine, esperad, vamos a hablar seriamente.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ De qué ?

SEÑOR DE SALLUS: De... de... de mi amor por vos.

SEÑORA DE SALLUS: Pero vuestro amor no es serio del todo.

SEÑOR DE SALLUS: Os juro que sí.

SEÑORA DE SALLUS: ; Bromista ! Queréis darme sed a fuerza de hacerme hablar.

Ella va al plató llevando la tetera y los siropes y se echa un vaso de agua clara. En el momento en el que va a beber, su marido se aproxima sin ruido y la besa en el cuello. Ella se vuelve bruscamente y le arroja su vaso de agua en pleno rostro.

SEÑOR DE SALLUS: ; Ah ! ; Eso es estúpido !

SEÑORA DE SALLUS: Es posible. Pero lo que habéis hecho, o habéis intentado hacer, era ridículo.

SEÑOR DE SALLUS: Veamos, Madeleine.

SEÑORA DE SALLUS: Cinco mil francos.

SEÑOR DE SALLUS: Pero eso sería idiota.

SEÑORA DE SALLUS: ¿ Por qué ?

SEÑOR DE SALLUS: ¿ Cómo que por qué ? Un marido, pagar a su mujer, su legítima esposa ! Yo tengo el derecho...

SEÑORA DE SALLUS: No. Vos tenéis la fuerza... y yo, yo tendría... mi venganza.

SEÑOR DE SALLUS: Madeleine...

SEÑORA DE SALLUS: Cinco mil francos.

SEÑOR DE SALLUS: Yo sería deplorablemente ridículo si diese dinero a mi esposa;

ridículo e imbelcil.

SEÑORA DE SALLUS: Es más estúpido cuando se tiene una mujer, una mujer como yo, ir a pagar putas.

SEÑOR DE SALLUS: Lo confieso. Sin embargo yo os he esposado, y no precisamente para arruinarme con vos.

SEÑORA DE SALLUS: Permitidme. Cuando gastáis dinero, vuestro dinero que, en consecuencia, es también mi dinero c, con una puta, estáis cometiendo una acción más que dudosa: vos me arruináis, a mí, al mismo tiempo que lo hacéis con vos, puesto que habéis empleado esa palabra. He tenido la delicadeza de no pedir os más que la putilla en cuestión. Ahora bien, los cinco mil francos que vais a darme quedarán en vuestra casa, en vuestro patrimonio. Es una gran ahorro el que hacéis. Y además, yo os conozco, nunca os amarán tan completamente como la que es recta y legítima; ahora bien, pagando caro, muy caro, pues yo os pediré tal vez un aumento, encontrareis nuestra... relación mucho más sabrosa... Ahora, señor, buenas noches, me voy a acostar.

SEÑOR DE SALLUS, con aire insolente: ¿ Queréis un cheque o billetes de banco ?

SEÑOR DE SALLUS, con altivez: Prefiero los billetes de banco.

SEÑOR DE SALLUS, abriendo su cartera: No tengo más que tres. Voy a completar con un talón.

Lo firma, luego le entrega todo a su esposa.

SEÑORA DE SALLUS, lo toma, mira a su marido con desdén, luego dice con voz dura: Desde luego sois el hombre que yo pensaba. Tras haber pagado a unas putas, consentís pagarme como a ellas, de inmediato, sin rebelarse. Habéis encontrado que era cara, habéis temido ser grotesco. Pero no os habéis dado cuenta de que me estaba vendiendo, yo, vuestra esposa. Me deseáis un poco para cambiarme por vuestras pordioseras, cuando me he envilecido convirtiéndome en una de ellas; vos no me habéis rechazado, pero si deseado, tanto como a ellas, incluso más, puesto que yo me hacía más de rogar. Os habéis equivocado, querido, no es así como habríais podido conquistarme ; Adiós !

Le arroja su dinero a la cara y sale.

FIN

Traducción de J.M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

MUSOTTE

A Alexandre Dumas Hijo

Como homenaje de gran admiración
y de afectuosa devoción

Guy de Maupassant
Jacques Normand

PERSONAJES

- **Jean MARTINEL**, sobrino del Sr. Martinel, de 30 años de edad, pintor ya célebre y premiado.
- **Léon de PETITPRÉ**, hermano de Gilberte Martinel, joven abogado de 30 años.
- **Sr. MARTINEL**, viejo armador de Le Havre, de 55 años
- **Sr. de PETITPRÉ**, antiguo consejero de la Corte, oficial de la Legión de honor, de 60 años
- **Dr PELLERIN**, médico muy elegante, de 35 años
- **Sra. de RONCHARD**, hermana del Sr. de Petitpré, de 55 años
- **Henriette LÉVÊQUE**, alias MUSOTTE, modesta modelo, ex-amante de Jean Martinel, de 22 años
- **Sra. FLACHE**, comadrona, antigua bailarina de la Ópera, de 35 años
- **Gilberte MARTINEL**, hija del Sr. de Petitpré, de 20 años, casada el mismo día de la acción con Jean Martinel
- **Lise BABIN**, nodriza, de 26 años
- **CRIADOS**

La acción transcurre en París, en nuestros días

1890

PRIMER ACTO

Un salón formal y muy elegante en el domicilio del Sr. de Petitpré. Una mesa en mitad del escenario. Un canapé a la derecha. Una silla y un sofá a la izquierda. Al fondo, una puerta que se abre a una galería. Puertas laterales. Lámparas encendidas. Se levantan de la mesa.

ESCENA PRIMERA

SR. DE PETITPRÉ, SR. MARTINEL, SRA. DE RONCHARD, LÉON DE PETIPRÉ, JEAN, GILBERTE, vestida de novia, sin corona ni velo.

SEÑORA DE RONCHARD, *tras haber saludado al Sr. Martinel, que le da el brazo, va a sentarse a la derecha, luego llama* : ¡Gilberte ! ¡Gilberte !

GILBERTE, *dejando el brazo de Jean* : ¿Tía ?

SEÑORA DE RONCHARD : ¡El café, hijita!

GILBERTE, *acercándose a la mesa* : Enseguida, tía.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Ten cuidado con el vestido!

LÉON, *corriendo* : No, no, no será mi hermana quién sirva hoy el café. ¡El día de su boda ! Ya me encargo yo. (*A la Sra. de Ronchard.*) Vos sabéis, tía, que en mi calidad de abogado, puedo hacer de todo.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Oh ! Conozco tus méritos, Léon, y los aprecio...

LÉON, *riendo, y ofreciéndole una taza* : Sois demasiado buena.

SEÑORA DE RONCHARD, *tras haber tomado la taza, secamente* : ... ¡para lo que valen!

LÉON, *a sí mismo, regresando a la mesa* : ¡Ya está! la coetilla... ¡Qué no falte nunca! (*Ofreciendo otra taza a Martinel.*) ¿Tres azucarillos, verdad señor Martinel, y un poco de fino champán ? Conozco vuestros gustos. ¡Nosotros os trataremos bien, desde luego que sí!

MARTINEL : Gracias, amigo mío.

LÉON, *a su padre*: ¿Tomas, padre ?

PETITPRÉ : Sí, hijo.

LÉON, *a los recién casados que se han sentado a la izquierda y charlan en voz baja*: ¿Y vosotros, los jóvenes esposos? (*Los jóvenes absortos no responden.*) ¡La causa está clara!

Vuelve a poner la taza sobre la mesa.

PETITPRÉ, *a Martinel* : ¿Vos no fumáis, verdad ?

MARTINEL : Nunca, gracias.

SEÑORA DE RONCHARD : Eso me sorprende. Mi hermano y Léon no podrían dejar de fumar por nada del mundo, incluso en un día como este... ¡Qué horror, el tabaco!

PETITPRÉ : Un horror muy bueno, Clarisse.

LÉON, *yendo hacia su tía* : Casi todos los horrores son buenos, tía; conozco algunos exquisitos.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Pícaro!

PETITPRÉ, *tomando a su hijo por el brazo* : ¡ Ven a fumar al billar, dado que a tu tía le molesta !

LÉON, *a su padre* : ¡Cuando será el día que le guste algo que no sean sus caniches!...

PETITPRÉ : Vamos, cállate.

Ambos salen por el fondo.

MARTINEL, *a la Señora de Ronchard* : Estas son las bodas como a mí me gustan y como se celebran con frecuencia aquí, en vuestro París. Después del aperitivo, ofrecido al salir de la iglesia, todos los invitados se van, incluso las damas de honor y los testigos del novio. Solo queda la familia, luego se cena con algunos parientes. Partida de billar o de cartas, como todos los días; flirteo entre los recién casados... (*en ese momento, Gilberte y Jean se levantan y salen lentamente por el fondo, dándose el brazo*); luego, antes de medianoche, a camita.

SEÑORA DE RONCHARD, *aparte* : ¡Lo acostumbrado !

MARTINEL, *se va a sentar a la derecha, sobre el canapé, al lado de la Sra. de Ronchard* : En cuanto a los jóvenes, en lugar de partir hacia ese absurdo viaje tradicional, se quedan tan ricamente en nidito preparado para ellos. Me consta que usted encuentra que a eso le falta elegancia, distinción. ¡Tanto peor! A mí me gusta.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Esas no son las costumbres en sociedad, señor!

MARTINEL : ¡Sociedad! Hay treinta y seis mil tipos de sociedades. Mire usted, nada más que en el Havre...

SEÑORA DE RONCHARD : No conozco más que la nuestra... (*replicando*) la mejor, la auténtica.

MARTINEL : Naturalmente. En fin, Señora, con todo lo sencillo que haya sido, el matrimonio se ha celebrado, y espero que vos hayáis aceptado a mi pobre sobrino, que hasta el momento...

SEÑORA DE RONCHARD : Así debe ser, ya que es el yerno de mi hermano y el marido de mi sobrina.

MARTINEL : Eso no ha sido lo único, ¿eh ? Yo estoy realmente contento de que se haya acabado, yo, aunque haya pasado en mi vida por dificultades...

SEÑORA DE RONCHARD : ¿ Vos ?

MARTINEL : ... dificultades comerciales y no matrimoniales.

SEÑORA DE RONCHARD : Habláis de dificultades, vos, un Creso, que deja de dote a su sobrino ¡quinientos mil francos! (*Con un suspiro*). ¡Quinientos mil francos! lo que me ha dilapidado mi difunto marido...

MARTINEL : Sí... Sé que el Sr. de Ronchard...

SEÑORA DE RONCHARD, *suspirando* : Arruinada y abandonada después de un año de matrimonio, caballero, ¡un año!... ¡El tiempo justo de comprender lo feliz que hubiese podido ser! Pues él había sabido hacerse adorar, ¡el miserable!

MARTINEL : ¡Un canalla!

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Oh, señor ! Era un hombre de mundo.

MARTINEL : Eso no impide...

SEÑORA DE RONCHARD : Pero no hablemos de mis desgracias. Sería demasiado largo y demasiado triste. Todo el mundo es tan feliz aquí...

MARTINEL : Y yo más que nadie, lo confieso. ¡Mi sobrino es un gran muchacho! Lo quiero como a un hijo. En cuanto a mí, he hecho mi fortuna en el comercio...

SEÑORA DE RONCHARD, *aparte* : Eso se ve.

MARTINEL : ... el comercio marítimo; él está cubriendo de gloria nuestro apellido mediante su renombre de artista; gana dinero con sus pinceles como yo lo he ganado con mis barcos. Hoy en día, las artes, señora, reportan tanto como el comercio y resulta una actividad menos arriesgada. Por ejemplo, si él ha obtenido un éxito tan temprano, es a mí a quién se lo debe. Al morir mi pobre hermano, y su esposa habiéndole seguido de inmediato, me he encontrado, siendo yo un muchacho, solo con el pequeño. Le he enseñado todo lo que he podido. Ha tanteado la ciencia, la química, la música, la literatura. Pero insistía en el dibujo más que en todo lo demás. A fe mía que yo le animé. Vea usted lo que ha conseguido. A los treinta años es famoso, acaba de ser premiado...

SEÑORA DE RONCHARD : Premiado a los treinta años, es tarde para un pintor.

MARTINEL : ¡Bah ! recuperará el tiempo perdido. (*Levantándose*) Pero, presumo, presumo... Perdóneme. Soy un hombre muy claro. Y además, estoy un poco achispado por la cena. Es culpa de Petitpré, su borgoña es excelente, un verdadero vino de consejero de la Corte. ¡Y nosotros, en el Havre, somos buenos bebedores!

Se dispone a acabar su vaso de fino champán.

SEÑORA DE RONCHARD, *aparte* : ¡Muy típico de el Havre !

MARTINEL, *regresando hacia la Señora de Ronchard* : ¡Qué bien ! ver establecida la paz entre nosotros, ¿verdad? una verdadera paz duradera, que no rompa una nadería como la que ha estado a punto de frustrar esta boda.

SEÑORA DE RONCHARD, *levantándose y pasando a la izquierda* : ¿Una nadería ?... ¡Usted habla a su antojo! Pero dado que es cosa hecha... Es igual, yo soñaba para mi sobrina otro...partido. En fin, como dice el refrán, a falta de tordos se comen mirlos.

MARTINEL : ¡Un mirlo blanco, señora! En cuanto a vuestra sobrina, es una perla. Y la felicidad de esos jóvenes será la felicidad de mis últimos días.

SEÑORA DE RONCHARD : Eso deseo, sin atreverme a esperarlo, caballero.

MARTINEL : ¡Vamos ! Yo conozco bien los meritos de las mujeres... y de los vinos superiores.

SEÑORA DE RONCHARD, *aparte* : ¡Sobre todo !

MARTINEL : Eso es todo lo que hace falta en la vida.

ESCENA II

LOS MISMOS, más **PETITPRÉ**, apareciendo en el fondo, con **LÉON**.

PETITPRÉ : ¿Queréis jugar conmigo una partida de billar, Señor Martinel?

MARTINEL : Ya lo creo. Me encanta el billar.

LÉON : ¡Cómo a papá !...Parece que cuando a uno le gusta el billar, se convierte en pasión. ¿Es usted de los apasionados?

MARTINEL : Mire usted, muchacho, cuando se va avanzando en la existencia, y no se tiene familia, hay que refugiarse en esos placeres. Con la pesca con caña por la mañana y el billar por la tarde, se poseen dos gustos serios y cautivadores.

LÉON : ¡Oh ! ¡oh ! ¡ la pesca con caña ! Levantarse temprano; sentarse con los pies en el agua, bajo la lluvia y el viento, con la esperanza de pescar cada cuarto de hora un pez grande como una cerilla... ¿Un gusto cautivador, eso?

MARTINEL : Sin duda. ¿Cree usted que exista un enamorado en el mundo capaz de someterse a tal sacrificio por una mujer durante diez, doce o quince años de su vida? ¡Vamos, hombre! ¡Renunciaría al cabo de quince días!

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Ah ! ¡desde luego !

LÉON : Yo me conozco... ¡No llegaría a una semana!

MARTINEL : ¿Lo ve?

PETITPRÉ : Vamos, querido Sr. Martinel. ¿A cincuenta puntos ?

MARTINEL : ¡A cincuenta, pues ! ¡Hasta pronto, señora de Ronchard !

SEÑORA DE RONCHARD : ¡ Muy típico de El Havre !

Martinel y Petitpré salen por el fondo del escenario.

ESCENA III

LÉON, Sra. DE RONCHARD

LÉON : Es un gran tipo, ese Sr. Martinel. Poco cultivado, pero alegre como el sol y recto como una vara.

SEÑORA DE RONCHARD, *sentada a la izquierda* : Carece de distinción.

LÉON, *olvidándose* : ¡Y vos, tía !

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Sí ?

LÉON, *volviéndose y yendo hacia ella* : Digo : Y vos, tía... Vos os conocéis... y podéis juzgar mejor que nadie... con vuestra gran experiencia mundana.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Desde luego ! Tú eras demasiado pequeño para acordarte, pero yo he frecuentado mucho la alta sociedad antaño, antes de mi ruina. Incluso disfruté de algunos éxitos. En un gran baile de la embajada turca, en la que estaba vestida de Salammbô...

LÉON : ¡Vos ! ¿de cartaginesa?

SEÑORA DE RONCHARD : Claro que sí, de cartaginesa... ¡Y estaba muy bella! Eso fue en mil ochocientos sesenta...

LÉON, *sentándose cerca de ella* : ¡Nada de fechas ! ¡no pido fechas !

SEÑORA DE RONCHARD : No seas irónico.

LÉON : ¿Irónico yo? ¡ Dios no lo quiera ! Únicamente, como vos no erais partidaria de este matrimonio y yo sí, y dado que la boda se ha celebrado... estoy contento... ¿qué queréis que le haga? Yo triunfo, triunfo incluso ruidosamente esta noche... Pero mañana, el triunfador levanta el vuelo... Tan solo volveré a ser, nada más, un sobrino respetuoso, amable...amable... Vamos, reíros, tía. Vos no sois tan mala como parecéis, en el fondo, puesto que habéis la grandeza de alma para fundar, en Neuilly, a pesar de vuestra modesta fortuna, un hospital... para los perros abandonados.

SEÑORA DE RONCHARD : ¿ Qué quieres ? cuando se está sola, cuando no se tienen hijos... ¡He estado tan poco tiempo casada!... ¿Que es lo que soy en el fondo? Una solterona, y, como todas las solteronas...

LÉON : Vos amáis a los perritos...

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Tanto como detesto a los hombres !

LÉON : Os referís a un hombre. A vuestro marido. Y en eso no os equivocáis.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Y si supieras por qué mujer, por qué pendón me abandonó, me arruinó!... ¿Nunca has visto a esa mujer?

LÉON : Perdonadme... una vez, en los Campos Eliseos. Paseaba con vos y papá. Un caballero y una dama se dirigieron hacia nosotros, os emocionasteis mucho y habíais apresurado el paso, tirando febrilmente del brazo de mi padre y oí que le decíais en voz baja: «¡No mires! ¡Es ella! »

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Luego, que hiciste tú?

LÉON : ¿Yo ? ¡Miré !

SEÑORA DE RONCHARD, *levantándose* : ¿Y la encontraste horrible, verdad ?

LÉON : No lo sé. Solo tenía once años.

SEÑORA DE RONCHARD, *pasando a la derecha* : ¡Eres insoportable !

LÉON, *mimoso, levantándose* : ¡Bien! ¡non! ¡en serio ! es la última vez. ¡Ya no seré más malo, os lo prometo! Perdonadme.

SEÑORA DE RONCHARD, *poniendo cara de salir por el fondo* : ¡No!

LÉON : ¡Sí!

SEÑORA DE RONCHARD, *regresando* : ¡No ! Que seas guasón conmigo, todavía pasa. Sé defenderme. Pero has sido imprudente respecto a tu hermana. Y eso, ¡es más grave!

LÉON : ¿Imprudente, yo?

SEÑORA DE RONCHARD, *golpeando la mesa a la derecha* : Sí. Ese matrimonio. Fuiste tú quién lo ha fomentado.

LÉON, *igual efecto, a la izquierda de la mesa* : ¡Desde luego ! ¡Y he tenido mis razones ! Jamás las diré.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Y yo nunca dejaré de repetirme que ese no es un muchacho para Gilberte!

LÉON : ¿Qué es lo que Gilberte necesita ?

SEÑORA DE RONCHARD : Un esposo estable, un funcionario, un médico, un ingeniero.

LÉON : Como en el teatro.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡También los hay en la vida ! Pero sobre todo que no sea guapo.

LÉON : ¿Que le reprochas a Jean? Pero si es una celebridad, tía, respetado en la sociedad. Un hombre no tiene necesidad de ser guapo. Pero ¿acaso tiene que ser feo?

SEÑORA DE RONCHARD, *sentándose en el taburete ante la mesa* : Mi marido era guapo, incluso soberbio, un verdadero dandy. ¡Y sé lo que eso me ha costado!

LÉON : Tal vez eso le habría costado más caro a él, si hubiese sido feo. (*Interrumpiendo a la Sra. de Ronchard que va a responder.*) Además, Jean no es guapo, está bien. No es fatuo, es sencillo. Tiene más de un talento que enriquece todos los días. Seguramente será miembro del Instituto. ¿No os gustará que sea miembro del Instituto? Eso suplirá perfectamente a su ingeniero. Y además, todas las mujeres lo encontrarán encantador, excepto vos.

SEÑORA DE RONCHARD : Eso es exactamente lo que le reprocho. Está demasiado bien. Ya ha hecho el retrato de un montón de mujeres. Continuará haciéndolos. Ellas permanecerán horas a solas con él en su taller... Y nosotros sabemos lo que pasa allí, ¡en los talleres!

LÉON : ¿Habéis estado en alguno, tía ?

SEÑORA DE RONCHARD, *ofuscada* : ¡Oh ! (*volviéndose.*) ¡Ah ! sí, una vez, en el de Horace Vernet.

LÉON : ¡Un pintor de batallas !

SEÑORA DE RONCHARD : En fin, te digo que todos esos artistas, no están hechos para entrar en una familia de magistrados como la nuestra. Eso no puede llevar más que a una catástrofe. ¿Cómo es posible ser buen marido en semejantes condiciones, con un montón de mujeres en torno a sí, que pasan su tiempo desnudándose y vistiéndose de nuevo? Las clientas, las modelos... (*Con intención*) Sobre todo las modelos (*Se levanta, Léon se calla.*) He dicho las modelos, Léon.

LÉON : Entiendo perfectamente, tía. Es una alusión fina y delicada que usted hace a la historia de Jean. ¡Y bien! ¡qué! Él ha tenido como amante a una de sus modelos, la ha amado, amado muy sinceramente durante tres años...

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Cómo se puede amar a esas mujeres?

LÉON : Todas las mujeres pueden ser amadas, tía, y ella lo merecía más que cualquier otra.

SEÑORA DE RONCHARD : Bonito mérito, para una modelo, ser hermosa. ¡Eso forma parte del oficio!

LÉON : Oficio o no, es completamente bonito ser hermosa. Pero ella era más que hermosa, era de una naturaleza excepcionalmente cariñosa, buena, abnegada...

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Entonces no era necesario que la abandonase!

LÉON : ¡Cómo! ¿Cómo me dice usted eso? ¿Usted que opinión tiene del mundo? (*Cruzándose de brazos*) ¿Sería usted partidaria de la unión libre, tía?

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Por Dios, qué horror!

LÉON, serio : ¡No! la verdad, sucedió a Jean lo que sucedió a muchos otros antes que él. Una chiquilla de diecinueve años, se van conociendo,...van estableciéndose poco a poco relaciones íntimas y durando uno, dos, tres años; la duración del contrato a cargo de los inquilinos. Luego, en ese momento, ruptura ora violenta, ora suave, raramente amistosa. Y luego el uno a la derecha y el otro a la izquierda... En fin, la eterna aventura banal a fuerza de ser sincero. Pero lo que distingue a la de Jean, es el carácter verdaderamente admirable de la mujer.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Oh ! ¡oh ! ¿admirable ? Señorita... (*Interrumpiéndose.*) ¿De hecho, ¿cómo la llamas? Lo he olvidado. Srta. Mus... Mus...

LÉON : Musotte, tía... La pequeña Musotte...

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Musette ?... ¡Puag ! ¡eso es un viejo juego! El barrio Latino, la vida bohemia... (*Con desprecio.*) ¡Musette !

LÉON : Musette no, Musotte, avec una O... Musotte a causa de su bonita boca... ¿Comprende usted? ¡Musotte ! ¡ lo dice todo !

SEÑORA DE RONCHARD, *con desprecio* : Sí... la Musotte de fin de siglo, eso es todavía peor... Pero, en fin, Musotte, es un apellido.

LÉON : También no es más que un apodo, tía, su apodo de modelo... su verdadero nombre es Henriette Lévêque.

SEÑORA DE RONCHARD, *ofuscada* : ¿Lévêque ?...

LÉON : ¡Bien ! ¡sí, Lévêque ! que quiere usted, es así, yo no tengo nada que ver con eso. Ahora bien, Henriette Lévêque, o Musotte si así lo preferís, no solamente ha sido fiel durante toda esa relación a Jean, adorándolo, rodeándolo de abnegación, de un cariño siempre en alza, sino que a la hora de la ruptura, ha hecho gala de una gran entereza espiritual. Aceptó todo sin reproches, sin recriminaciones... comprendió, la pobrecilla, que todo se había acabado, acabado completamente... Con su instinto de mujer, sintió cuan profundo y real era el amor de Jean por mi hermana. Lo aceptó y desapareció, aceptando, no sin resistencia, la posición independiente que Jean le proporcionaba. E hizo bien en aceptar, pues se habría matado antes que convertirse en una... (*deteniéndose, respetuosamente ante su tía*) una cortesana. ¡De eso estoy seguro!

SEÑORA DE RONCHARD : Y luego, ¿Jean no la ha vuelto a ver?

LÉON : Ni una sola vez. Y de esto hace ya ocho meses aproximadamente. Como desearía tener noticias suyas, él me encargó obtenerlas. Yo no la encontré. Y no pude saber nada de ella, no poniendo dirección a esa huida noble y generosa. (*Cambiando de tono.*) Pero no sé por qué os repito todo esto... Vos lo sabéis tan bien como yo, os lo he contado ya veinte veces.

SEÑORA DE RONCHARD : Es tan inverosímil que sigo sin creerlo la vigésima, tanto como la primera vez.

LÉON : Sin embargo es la verdad.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Bien! Si esa es la verdad, tú te equivocas tratando de ayudar a Jean rompiendo esta relación con una mujer tan... admirable.

LÉON : No, tía, yo he cumplido con mi deber. A veces vos me tratáis como un atolondrado y a menudo con razón. Pero debéis saber también que sé ser serio y responsable cuando es necesario. Si esta vieja relación de tres años todavía hubiese durado, Jean habría echado a perder su vida.

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Qué es lo que puede ocurrir ?

LÉON : Son terribles para un hombre, esos... líos. ¡Ya he dicho la palabra! ¡Tanto peor!... Era mi deber de amigo, repito, tratar de alejar a Jean de allí, y mi deber de hermano de casar a mi hermana con un hombre como él. Y vos veréis que el futuro me dará la razón... Y además, cuando vos tengáis, más adelante, un sobrinito o una pequeña sobrina, que cuidar, que mimar... seguro que os olvidaréis de todos vuestros caniches de Neuilly.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Mis queridos pobrecillos ! No los abandonaré nunca.
¡Tú sabes que los quiero como una madre!

LÉON : ¡ Pues bien ! os convertiréis en su tía solamente, mientras que seréis la madre de vuestro sobrinito.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Cállate! me exasperas.

JEAN, *que acaba de aparecer hace un instante con Gilberte en la galería del fondo, a su criado, en el fondo igualmente*: ¡Joseph ! ¿ no has olvidado nada?... ¡Flores por todas partes!

EL CRIADO : Que el Señor y la Señora estén tranquilos, ambos encontrarán todo en orden.

Desaparece.

LÉON, *a su tía* : ¡Ahí los tenéis ! miradlos, ¡qué buena pareja hacen!

ESCENA IV

LOS MISMOS, más **JEAN** y **GILBERTE**

JEAN, *a la Sra. de Ronchard, avanzando hacia ella* : ¿Sabéis de quién hablábamos hace un rato, señora? ¡Hablábamos de vos!

LÉON, *aparte* : ¡Hum ! ¡Hum !

JEAN : Sí, yo decía que todavía no le había hecho mi regalo de bodas, porque eso me ha exigido mucha reflexión.

SEÑORA DE RONCHARD, *seca* : Pero Gilberte me ha hecho uno muy bello por ambos, caballero.

JEAN : Eso no basta. Yo he buscado algo que fuese particularmente agradable a vuestros gustos... ¿Sabéis lo que he encontrado? Es muy sencillo. Le ruego, señora, que acepte esta cartera conteniendo algunos billetes para sus chuchos abandonados. Podréis establecer en vuestro asilo algunos nichos suplementarios, y así me permitirá ir a acariciar de vez en cuando a esos nuevos pensionistas, a condición de que no elijáis a los más peligrosos para mí.

SEÑORA DE RONCHARD, *halagada en su manía* : Pero... gracias, señor. Es muy amable de vuestra parte pensar en mis pobres animales.

LÉON, *en voz baja, al oído de Jean* : ¡Va una de diplomacia!

JEAN : Nada de asombroso, señora. Yo tengo por los animales mucha amistad instintiva. Son los hermanos sacrificados del hombre, sus esclavos y su alimento, los auténticos mártires de esta tierra.

SEÑORA DE RONCHARD : Lo que dice usted es muy justo, caballero. A menudo he pensado lo mismo. ¡Oh! ¡los pobres caballos, golpeados por los cocheros en las calles!

LÉON, *con énfasis* : Y el gamo, tía, el gamo acosado, cayendo bajo el plomo del cazador que proviene de todos lados, huyendo perdido ante esas horribles masacres... ¡pam! ¡pam! ¡pam!

SEÑORA DE RONCHARD : No hables de eso... Me estremezco... ¡Es espantoso!

JEAN, *dirigiéndose a Gilberte* : ¡Espantoso !

LÉON, *tras un instante, alegremente* : ¡Sí..., pero que bueno está en el asado!...

SEÑORA DE RONCHARD : ¡ Eres despiadado!

LÉON, *en voz baja a su tía* : Despiadado para los animales, quizás; pero vos, vos lo sois con las personas.

SEÑORA DE RONCHARD, *del mismo modo* : ¿Qué oyes por ahí?

LÉON, *igual, mostrándole a Jean y a Gilberte que se han sentado sobre el canapé, a la derecha* : ¿Creéis que vuestra presencia les resulta agradable, esta noche, a ambos? (*Tomándola del brazo.*) Papá seguramente ha acabado de fumar... Id un rato a la sala de billar.

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Y tú?

LÉON : Yo bajaré a la planta baja, a mi despacho... y enseguida vuelvo.

SEÑORA DE RONCHARD, *irónica* : Tu despacho... ese es tu taller, ¿verdad pícaro?... ¿Las clientas ?

LÉON, *púdico* : ¡Ah ! tía... con nosotros no se desnudan. (*Aparte.*) ¡ Por desgracia !... (*Saliendo por la derecha, bendiciendo a los dos jóvenes.*) Chicos, ¡yo os bendigo!

La Señora de Ronchard sale a la vez por el fondo.

ESCENA V

JEAN, GILBERTE, *sentados en el canapé, a la derecha.*

JEAN : Sí, sí, vos ya sois mi esposa, señorita.

GILBERTE : ¿Señorita ?

JEAN : ¡Oh ! perdon. Vaya, no sé como llamaros.

GILBERTE : Llamadme Gilberte, eso no tiene nada de chocante.

JEAN : ¡Gilberte ! En fin, en fin, en fin, sois mi esposa.

GILBERTE : En verdad, no ha sido sin esfuerzo.

JEAN : ¡Ah ! ¡que amable y enérgica criatura sois! Como habéis luchado contra vuestro padre, contra vuestra tía! Es por vos, gracias a vos, que nos hemos entregado el uno al otro; gracias con todo mi corazón... que os pertenece.

GILBERTE : He confiado en vos, eso es todo.

JEAN : ¿Nada más que confianza?

GILBERTE : Sois un presumido. Me gustáis también, y lo sabéis perfectamente... Si no me hubieseis gustado, mi confianza sería inútil. Primero se gusta; sin eso nada hay que intentar, señor...

JEAN : Llamadme Jean... como yo os llamo Gilberte.

GILBERTE, *vacilante* : No es lo mismo... Me parece... sin embargo... ¡No! no podría.

Se levanta y pasa a la izquierda.

JEAN, *levantándose a su vez* : ¡Cómo os amo ! No estoy desafortunado, os lo juro; soy un hombre que os ama, porque he descubierto en vos méritos inapreciables. Vos sois una perfección dotada de tanta razón como de sentimientos. Y vuestro sentimiento no se parece en nada al sentimentalismo ordinario de las mujeres. Fue esta gran y bella facultad de ternura que caracteriza a las almas nobles y que no se encuentra demasiado en el mundo. Y además vos sois hermosa, muy hermosa, muy graciosa, de una simpatía especial, y yo adoro la belleza, yo, que soy pintor... Y además, ante todo, vos me seducís... hasta haber desplazado al resto del mundo de mi pensamiento y de mis ojos.

GILBERTE : Me da mucho gusto oírlos; sin embargo, os ruego que no digáis nada más, pues eso me irrita también un poco. Sé sin embargo, pues preveo casi todo, que hay que

aprovechar el día de hoy para saborear todas esas cosas; son todavía palabras de noviazgo. Las de más tarde serán deliciosas también quizás, cuando se expresan como vos lo hacéis, y cuando se ama como vos parecéis amarme. Pero serán diferentes.

JEAN : ¡Oh !

GILBERTE, *sentándose en el taburete ante la mesa* : Seguid hablando.

JEAN : Lo que me ha atraído de vos, es esa armonía misteriosa de la forma de vuestra manera de ser y de su naturaleza íntima. ¿Recordáis mi primera entrada en esta casa?

GILBERTE : Sí, muy bien. Fue mi hermano quién os invitó a cenar. Incluso creo que os habíais resistido un poco a asistir.

JEAN, *riendo* : ¡No es de fiar, vuestro indiscreto hermano ! ¡Ah ! él os ha contado eso... Me turba incluso que él os lo haya dicho. Lo admito, me resistí un poco. Yo era un artista acostumbrado a nuestra particular sociedad, vividora y ruidosa, libre de propósitos, y me preocupaba un poco la idea de penetrar en un mundo serio como el vuestro, un mundo de magistrados y jóvenes muchachas. Pero me gusta tanto vuestro hermano, lo encuentro tan imprevisto, tan alegre, tan sabiamente irónico y perspicaz bajo su atolondrada ligereza, que lo seguía a todas partes, y le he seguido hasta vos. ¡Vaya si se lo he agradecido! Cuando entré en este salón en el que estaba vuestra familia, vos disponíais en un jarrón chino unas flores que acababan de traer; ¿recordáis?

GILBERTE : Sí, por supuesto.

JEAN : Vuestro padre me habló de mi tío Martinel, al que había conocido antaño. Fue un elemento común entre nosotros. Pero a lo largo de la conversación, yo os miraba arreglar vuestras flores.

GILBERTE, *sonriendo* : Me mirabais incluso demasiado para ser la primera vez.

JEAN : Os miraba como artista, y os admiraba, encontrándoos deliciosa de figura, de talle y de compostura. Y además, durante seis meses, he vuelto con frecuencia a esta casa donde vuestro hermano me invitaba y donde vuestra presencia me atraía. He sentido auténtica atracción de imán. Era una atracción incomprensible llamándome hacia vos sin cesar. (*se sienta cerca de ella a la derecha de la mesa.*) Entonces, una idea confusa, de que un día vos podríais convertirnos en mi esposa, se deslizó en mi espíritu, y he hecho reanudar las relaciones entre vuestro padre y mi tío. Los dos se han hecho amigos. ¿No habéis comprendido mis maniobras?

GILBERTE : ¿Comprendido? no; las he adivinado un poco, por momentos. Pero estaba tan sorprendida de que un hombre como vos, en pleno éxito, tan conocido, tan celebrado, se ocupase de una chiquilla tan modesta como yo que en realidad no podía creer en la sinceridad de vuestras atenciones.

JEAN : Sin embargo supimos entendernos y comprendernos muy rápido.

GILBERTE : Vuestra manera de ser me gustaba. Os sentía muy leal: luego me divertiríais mucho, pues me aportabais ese aire de artista que hacía revivir mis ideas. Debo confesar también que mi hermano me había preparado muy bien para apreciaros. Léon os quiere mucho.

JEAN : Lo sé. Creo incluso que fue él quién tuvo primero la idea de este matrimonio. (*Tras un corto silencio.*) ¿Recordáis nuestro regreso de Saint-Germain, cuando fuimos a cenar al pabellón Enrique IV?

GILBERTE : Ya lo creo.

JEAN : Mi tío y vuestra tía estaban en el fondo del carruaje. Vos y yo atrás, y, en el otro coche, vuestro padre y Léon. ¡Qué hermosa noche de verano! Me parecía que estabais muy fría conmigo.

GILBERTE : ¡Estaba tan turbada!

JEAN : Sin embargo debíais esperar que yo os plantease un día la pregunta que os he planteado, pues no podíais ignorar que me ocupaba mucho de vos y que mi corazón estaba conquistado.

GILBERTE : Es cierto. No importa, me sorprendió y me turbó. ¡Ah! he pensado en ello muy a menudo después, y nunca he podido recordar la frase de la que os habíais servido. ¿Lo recordáis vos?

JEAN : No. Me vino a los labios, subiendo desde el fondo de mi corazón, como una oración perdida. Solamente sé que os dije que no volvería a ver más a vuestra familia, si no me dabais un mínimo de esperanza de pertenecer a ella, cuando me conocieseis más. Vos reflexionasteis durante mucho tiempo antes de responderme, luego me lo dijisteis en voz tan baja que yo dudaba de hacérselo repetir...

GILBERTE, *tomando la palabra y repitiendo como en sueños* : « ... Lamentaría mucho no volver a veros... »

JEAN : ¡Sí !

GILBERTE : ¡No habéis olvidado nada!

JEAN : ¿Cómo olvidar eso ? (*Con profunda emoción.*) ¿Sabéis en lo que pienso ? En nosotros mirándonos el uno al otro, estudiando nuestros corazones, nuestras almas y nuestro modo de comprendernos, de amarnos, ¡creo que hemos partido hacia la verdadera ruta de la felicidad!

Él la besa. Permanecen un momento silenciosos.

GILBERTE, *levantándose* : Es necesario que os deje. (*Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.*) Voy a prepararme para nuestra partida. Vos, durante este tiempo, id a buscar a mi padre.

JEAN, *siguiéndola*: Sí, pero decidme antes que me amáis.

GILBERTE : Sí... os amo.

JEAN, depositándole un beso en la frente : ¡ Mi querida !...

Gilberte desaparece por la izquierda. Un segundo después Martinel llega por el fondo, con aspecto muy agitado, con una carta en la mano.

MARTINEL, percibiendo a Jean, desliza rápidamente la carta en el bolsillo de su bata, y se vuelve hacia él: ¿Has visto a León?

JEAN : No. ¿Lo necesitáis?

MARTINEL : Nada más que decirle unas palabras... una información sin importancia.

JEAN, percibiéndolo: ¡Mirad! ¡aquí llega !

Léon entra por la derecha. Jean desaparece por el fondo.

ESCENA VI

MARTINEL, LÉON

MARTINEL, dirigiéndose vivamente hacia Léon : Tengo que hablaros cinco minutos. Nos ha ocurrido algo terrible. En mi vida he experimentado tal emoción y embarazo semejante.

LÉON : Decidme.

MARTINEL : Acababa mi partida de billar cuando vuestro criado me ha traído una carta dirigida al Sr. Martinel, sin nombre de pila, con la mención: « *Muy urgente.* » La creía dirigida a mí, rasgué el sobre y leía cosas escritas a Jean, cosas que me han dejado sin habla, acabo de encontraros para pedir os consejo, pues se trata de tomar una resolución inmediata, en este mismo instante.

LÉON : ¡ Hablad !

MARTINEL : Soy un hombre de acción, señor Léon, y no pediría la opinión de nadie si se tratase de mí; pero se trata de Jean... Dudo todavía... Esto es tan grave... Y además, este secreto no es mío, yo lo he descubierto.

LÉON : Decidme rápido. No dudéis de mí.

MARTINEL : No dudo de vos. Tomad, aquí está la carta. Es del doctor Pellerin, el médico de Jean, su amigo, nuestro amigo, un chiflado, un vividor, un médico de hermosas mujeres, pero incapaz de escribir esto si no fuese absolutamente necesario.

Pasa la carta a Léon que la lee en voz alta.

LÉON, *leyendo* : « Mi querido amigo, lamento mucho tener que comunicaros, sobre todo esta noche, lo que estoy obligado a desvelar. Pero para absolverme, me digo que si actuase de otro modo, vos tal vez no me lo perdonaríais nunca. Vuestra antigua amante, Henriette Lévêque, está moribunda y quiere despedirse de vos. (*Echa una mirada a Martinel, que le indica que continúe*) No sobrevivirá a esta noche. Muere tras haber dado a luz, hace unos quince días, a un niño que, en el momento de abandonar esta tierra, jura que es vuestro. En tanto no corría ningún peligro, estaba decidida a dejaros ignorar la existencia de este hijo. Hoy, condenada, os llama. Sé muy bien cuanto habéis amado a esta mujer. Actuad como consideréis oportuno. Vive en la calle Cheptel 31. Os estrecho las manos, querido amigo. »

MARTINEL : ¡Eso es ! Esto nos ocurre esta noche, es decir en el mismo instante en el que esa desgracia amenaza todo el porvenir, toda la vida de vuestra hermana y de Jean. ¿Qué haríais vos en mi lugar? ¿Ocultaríais esta carta o se la enseñaríais? Ocultándola tal vez salvemos la situación, pero eso me parece indigno.

LÉON, *enérgicamente* : ¡Sí, indigno ! Hay que entregar la carta a Jean.

MARTINEL : ¿Qué hará ?

LÉON : ¡Él es el único juez de lo que debe hacer! No tenemos derecho a ocultarle nada.

MARTINEL : ¿ Y si me consulta?

LÉON : No creo que lo haga. En casos así, uno no consulta más que a su conciencia.

MARTINEL : Pero él me considera como un padre. Si él vacila un solo instante entre el impulso de su devoción y la pérdida de su felicidad, ¿qué le aconsejaré?

LÉON : Lo mismo que haríais vos.

MARTINEL : Yo iría. ¿Y vos?

LÉON, *resueltamente* : Yo también.

MARTINEL : ¿Pero vuestra hermana ?

LÉON, *tristemente, sentándose ante la mesa*: Sí, mi pobre hermanita. ¡Qué lástima!

MARTINEL, *tras un momento de vacilación, bruscamente, pasando de izquierda a derecha*: No, es demasiado duro, no le daré esta carta. Seré culpable, tanto peor, pero la salvo.

LÉON : Vos no podéis hacer eso, caballero. Conocemos los dos a esa pobre muchacha, y me pregunto con angustia si no es de este matrimonio de lo que se está muriendo. (*Levantándose.*) Uno no puede negarse, en las circunstancias que sean, a ir a cerrarle los ojos cuando durante tres años ha tenido todo el amor de una mujer como ella,

MARTINEL : ¿Qué hará Gilberte?

LÉON : Ella adora a Jean... pero es orgullosa.

MARTINEL : ¿Lo aceptará? ¿Perdonará?

LÉON : Lo dudo mucho, sobre todo después de todo lo que se ha dicho ya respecto a esa mujer en la familia. ¡Pero qué importa! Hay que advertir a Jean enseguida. Voy a buscarlo.

Se dirige a la puerta del fondo.

MARTINEL : ¿Cómo queréis que le comunique esto ?

LÉON : Simplemente entregadle la carta.

Sale.

ESCENA VII

MARTINEL, solo.

¡Pobres jóvenes ! ¡En plena felicidad, en plena alegría!... y la otra, la pobre, que sufre y va a morir... ¡Por Dios! ¡ algunas veces la vida es demasiado injusta y demasiado feroz!

ESCENA VIII

MARTINEL, JEAN, LÉON

JEAN, *llegando alegremente por el fondo* : ¿Qué ocurre, tío?

MARTINEL : Toma, mi pobre muchacho, lee esto y perdóname por haber abierto esta carta, he creído que era para mí.

Se la entrega, luego lo mira leer; Léon hace otro tanto desde el otro lado.

JEAN, *después de haber leído con una emoción profunda, pero contenida, a sí mismo* :
¡Tengo que hacerlo! ¡Debo hacerlo !... (*A Martinel.*) Tío, os dejo con mi esposa. No digáis nada antes de mi regreso; pero quedaos aquí ocurra lo que ocurra. Esperadme.
(*Volviéndose hacia Léon*) Te conozco bastante para saber que no me desapruebas. Te confío mi futuro. ¡Adiós! (*Se dirige hacia la puerta de la derecha. Tras una mirada a la puerta de la izquierda que es la de la habitación de Gilberte.*) Tú eres quién me ha dado el amor de tu hermana. ¡Trata una vez más de conservármelo!

Sale rápidamente por la derecha

ESCENA IX

MARTINEL, LÉON

MARTINEL, *sentado a la derecha* : ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué le diremos?
¿Qué explicaciones vamos a dar?

LÉON : Dejádme comunicar esto; es justo que sea yo, puesto que yo he defendido esta boda.

MARTINEL, *levantándose* : No importa. Me gustaría ser veinticuatro horas más viejo.
¡Ah! no, no me gustan los dramas del amor. Y además esta cuestión del hijo es espantosa. ¿Qué va a ser de esa criatura? ¡No se le puede llevar a un orfanato!
(*Percibiendo a Gilberte.*) ¡Gilberte!

ESCENA X

LOS MISMO, GILBERTE, *llegando por la izquierda. Ella ha dejado su vestido de bodas y se ha puesto una elegante ropa. Tiene un chal de noche que deja, entrando, en una silla.*

GILBERTE : ¿Dónde está Jean?

LÉON : No te preocupes, va a volver enseguida.

GILBERTE, *estupefacta* : ¿Ha salido ?

LÉON : Sí.

GILBERTE : ¡Ha salido ! ¿Esta noche?

LÉON : Una circunstancia, una circunstancia grave, ¡lo ha obligado a ausentarse una hora!

GILBERTE : ¿Qué es lo que ocurre, qué me estás ocultando? ¡Eso es imposible! ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

LÉON y MARTINEL : ¡No, no!

GILBERTE : ¿Lo qué? Dime, habla.

LÉON : No puedo decirte nada. Espera una hora, solamente a él le corresponde revelarte la causa imprevista y sagrada que lo ha hecho salir en semejante momento.

GILBERTE : ¡Qué palabras empleas!... ¿La causa imprevista y sagrada? Pero él es huérfano... No tiene más parientes que su tío. ¿Entonces, qué? ¿Por qué? ¡Dios! ¡tengo miedo!

LÉON : Hay deberes de todo tipo. La amistad, la piedad, la compasión pueden imponerse. No debo decirte nada más. Ten una hora de paciencia...

GILBERTE, *a Martinel* : ¡Vos, vos, su tío, hablad, os lo suplico! ¿Qué ocurre? ¿A dónde ha ido? Siento, ¡oh! siento una horrorosa desgracia que se cierne sobre mí, sobre nosotros. ¡Hablad, os lo suplico!

MARTINEL, *con lágrimas en los ojos* : ¡No puedo decirlos más, mi querida niña! no puedo. Al igual que vuestro hermano, he prometido callarme, y habría hecho lo que ha hecho Jean. Esperad una hora, nada más que una hora.

GILBERTE : ¡Estáis emocionado ! ¡ Ha ocurrido una catástrofe !

MARTINEL : ¡No, no! Estoy emocionado al veros así de trastornada, pues os amo también con todo mi corazón.

Él la besa.

GILBERTE, *a su hermano* : ¿Has hablado de amistad, de piedad, de compasión?... Pero todas esas razones pueden confesarse. Mientras que aquí, mirándoos a ambos, siento algo inconfesable, ¡un misterio que me aterra!

LÉON, *resueltamente* : Hermanita, ¿tú confías en mí?

GILBERTE : Sí. Bien lo sabes.

LÉON : ¿Completamente ?

GILBERTE : ¡Completamente !

LÉON : Te juro por mi honor que yo habría hecho lo mismo que Jean, y que su probidad respecto de ti, su probidad, tal vez puede que exagerada desde que te ama, es la única causa que le haya dejado ignorar hasta este momento el secreto que acaba de saber.

GILBERTE, *mirando a su hermano a los ojos* : Te creo, gracias. Sin embargo, todavía tiemblo, y seguiré temblando hasta su regreso. Dado que tú me juras que mi marido desconocía lo que lo ha hecho dejarme en este momento, me resignaré, tanto como pueda, y mantendré mi confianza en los dos.

Tiende la mano a los dos hombres.

ESCENA XI

LOS MISMOS, SR. DE PETITPRÉ, Sra. DE RONCHARD *entrando a la vez y rápido por el fondo.*

PETITPRÉ : ¿Qué es lo que me han dicho ? ¿El Sr. Jean Martinel acaba de marchar ?

MARTINEL : Va a regresar, caballero.

PELLERIN : ¿Pero cómo ha partido, una noche como esta, sin una explicación a su esposa? ¿Pues tú no lo sabías, verdad?

GILBERTE, *sentada a la izquierda de la mesa* : No padre, no lo sabía.

SEÑORA DE RONCHARD : ¿Y sin una palabra de explicación a la familia? ¡Esto es una falta de distinción!

PETITPRÉ, *à Martinel* : ¿Y cuál es la razón de que actúe así, caballero ?

MARTINEL : Vuestro hijo lo sabe como yo, caballero; pero no podemos revelarla ni el uno ni el otro. Vuestra hija, además, consiente en ignorarla hasta el regreso de su marido.

PETITPRÉ : Mi hija consiente... pero yo no lo consiento. Pues, en fin, vos solo habéis sido advertidos de esta partida...

SEÑORA DE RONCHARD, *temblorosa, a Martinel* : Fue a vos a quién iba dirigida la carta... Fuisteis vos quién la leyó primero.

MARTINEL : Estáis ya muy bien informada, señora. En efecto, existe una carta. Pero no quería mantener la responsabilidad de este asunto y he enseñado la carta a vuestro hijo, caballero, pidiéndole su opinión con la intención de seguirla.

LÉON : El consejo que yo he dado es absolutamente conforme a lo que ha hecho mi cuñado, por su propia iniciativa además, y lo estimo más por ello.

PETITPRÉ, *yendo hacia Léon* : Soy yo quién debía ser consultado y no tú. Aunque el acto esté en el fondo justificado, la falta de respeto es absoluta, imperdonable.

SEÑORA DE RONCHARD : ¡Un escándalo !

LÉON, *a su padre*: Sí, más le hubiese valido consultaros, pero la urgencia no se lo permitía. Vos habríais discutido; mi tía habría discutido, habríamos discutido todos, toda la noche; y en ciertos casos no hay que perder ni un segundo. El silencio era indispensable hasta el regreso de Jean. Él no os ocultará nada, y vos juzgaréis, confío, como lo he juzgado yo.

SEÑORA DE RONCHARD, *dirigiéndose a Martinel* : ¿ Pero esa carta ? ¿ De quién procedía esa carta?

MARTINEL : Puedo decíroslo, de un médico.

SEÑORA DE RONCHARD : De un médico... de un médico... pero entonces, ¡hay un enfermo!... y es junto a un enfermo que lo ha hecho ir... ¿Qué enfermo? ¡Ah! apuesto a que es esa mujer, su antigua amante, que le juega esta faena hoy... Enferma... habrá hecho envenenarse para mostrarle que todavía lo ama, que siempre lo amará... ¡Ah! ¡la bribona! (*A Léon*). ¿Y tú defiendes a estas personas, tú?

LÉON : Hubiese sido más conveniente, tía, no hacer en voz alta suposiciones indignantes de este modo y de esta naturaleza ante Gilberte, cuando vos no sabéis nada.

GILBERTE, *levantándose* : Os lo ruego, no hablemos más de esto. Todo lo que oigo en este momento me desazona y me ensucia. Esperaré a mi marido, no quiero saber nada que no sea de su boca, pues tengo confianza en su palabra. Si ha ocurrido una desgracia, tendré valor... ¡pero no quiero oír semejantes cosas!

Sale por la puerta, acompañada por Petitpré. Se hace el silencio.

SEÑORA DE RONCHARD, *a Léon* : ¡Y bien! Léon, ¿siempre ganas tú ? ¿Ves lo que ocurre con los maridos guapos ? ¡Siempre lo mismo!

FIN

Traducción de J.M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueiral.com/maupassant>

MADAME THOMASSIN

Pieza en un acto

(Obra inédita escrita en colaboración con William Busnach)

El escenario representa una habitación. Una cama con su dosel completamente cerrado. Amueblada con gusto burgués. A la derecha, un pequeño secreter de madera rosada. Un vestido de mujer, oscuro pero bastante elegante, estirado a lo largo de un sofá. A la izquierda, una cómoda, una mesa y sillas. Una ventana a la izquierda. Puerta al fondo, puerta a la derecha, una chimenea. Frascos sobre la chimenea. Unos guantes sobre la cómoda cerca de un cinturón con hebilla. Diversos objetos femeninos dispersos sobre los muebles. Un tenue fuego en la chimenea.

Escena I

THOMASSIN, JULIE

Al levantarse el telón, Thomassin, completamente vestido de negro, está sentado con los codos apoyados en la mesa. Sobre esa mesa se encuentra su sombrero con un gran crespón.

JULIE.- ¡Hay que resignarse, Sr. Thomassin! Todo el mundo está a punto de llegar... Debe serenarse un poco.

THOMASSIN (*agobiado*).- No puedo...

JULIE.- Quedaron a las once (Mirando el reloj de péndulo,) Y acaban de dar las diez y media... ¡Van a venir a buscar mi pobre ama!

THOMASSIN.- ¡Van a llevársela... ya! (*Llora.*)

JULIE (*entregándole los guantes de hilo negro*).- Tome sus guantes...

THOMASSIN.- Mis guantes...

JULIE.- Sí... los guantes negros que le he comprado para la ceremonia... Vamos, Señor, vamos...

THOMASSIN (*sollozando*).- ¡Ah! ¡mi pobre Julie, mi pobre Julie!

JULIE.- ¡Hay que resignarse, como ya le dije! Yo también tengo el corazón roto, señor, ¡pues ella era un poquito mi hija!...¡ah!...sí... ella no me quería como a una criada, sino casi como a una madre, desde que dejó de tener la suya... yo había sido su ama de cría, usted lo sabe... (*Llorando*) ¡Ah! ¡señor, Señor!

THOMASSIN.- ¡Y ha ocurrido tan rápido, tan rápido! ¡Morir así, en dos horas! ¡Ni ha habido tiempo de despedirse!

JULIE.- ¡Si al menos se supiese de que ha muerto, la pobre! ¡Nunca había estado enferma! ¡Y de repente, irse así!

THOMASSIN.- ¡Yo era demasiado feliz! Un hombre no puede tener tanta felicidad. Para mí también había sido como mi hija, antes de convertirse en mi esposa.

¿Recuerdas, Julie, cuando llegasteis ambas aquí?

JULIE.- ¡Claro que lo recuerdo! ¡oh! sí, señor. Hará cuatro años a finales de mayo.

THOMASSIN.- Otra cosa se va con ella además. El recuerdo de su padre, ¡mi pobre Béraud! ¡Un fiel amigo, aquél! con quién he recorrido el mundo durante veinte años! Hoy, la muerte de la hija me recuerda la del padre. Me sumerjo en negros recuerdos donde todo mi pasado se agita. ¡Ah! ¡qué excelente hombre, ese Béraud!

JULIE.- ¡Ah! sí, por ejemplo, puede usted decir lo devoto que le era . Cuando usted dejó de viajar y comenzó a construir navíos, en lugar de subirse a ellos, él lo seguía por todas partes como un perro por los astilleros.

THOMASSIN.- ¡Y la noche en la que pasó su última jornada!... cuando entré en su casita bajo los acantilados, creyéndole solamente enfermo, y como te vi llorar tan fuerte detrás de la puerta, la pequeña arrodillada contra la cama exclamando: « Papá, mi pobre papá ». Y él, con los ojos apagados, tratando de levantar su mano para estrechar la mía y moviendo lentamente los labios de los que no salían mas que estas palabras: «¡Mi hija!...»

JULIE.-¡Oh! ¡Lo recuerdo muy bien, Sr. Thomassin!...cuando usted hubo dicho: No temas nada por ella, Antoine, si te ocurre una desgracia, yo te sustituiré... entonces él emitió un suspiro, como si se elevase una montaña encima de su pecho...y lo miró con unos ojos en los que había tanta amistad... Luego...volvió un poco su cabeza hacia la señorita... Y todo acabó. Entonces usted nos ha traído aquí a ambas, a su casa, a Ingouville, sí... va hacer ya cuatro años... ¡me parece que fue ayer!

THOMASSIN.- Desde ese momento, no dejamos de estar los tres juntos.

JULIE.- ¡Ni un solo día! Y bastó que fuese la señora quién... No es natural... más bien me correspondía a mí... o a usted, partir antes que mi pobre Sra. Berthe.

THOMASSIN.- ¡Caramba!...¡oh! ¡no! Dios no es justo...¡ah! Julie mire como sufro. (*muestra su corazón*) ¡Es como si se me desgarrase todo esto...(se golpea el pecho) para arrancarme el corazón! Y cuando pienso que ella era mi esposa desde hace tan solo dos años! Nada más que dos años de felicidad y se acabó... ¡se acabó para siempre!

JULIE.- Sí... y aquí estamos los dos solos, señor... ¡Ah! sufro tanto como usted, vea. ¡Y ese pobre Sr. Henry! Si supiese usted como lloraba esta mañana... Se parece más a un muerto que a un vivo. ¡El también quería mucho a la señora! Piense que antaño él iba todos los días a casa del Sr. Béraud que era su padrino... Más tarde él entró en su casa como contable en la construcción de sus barcos... de hecho, casi al mismo tiempo que nosotros...!

THOMASSIN.- Es un buen muchacho. Él mismo acudió a mí tras la muerte de Antoine y se afanó en el trabajo como un negro. Hace ya cuatro años que me demuestra su abnegación mediante su celo y su afecto. Sí... un buen muchacho. Y él es ahora sobre quién quiero apoyar mi vejez. ¡Ah!... es igual, ¡vamos a ser muy desgraciados!- y mirarnos cada día con la idea de que ella estaba en este lugar y que ya no estará nunca más! ¡nunca!...¡nunca!...(Llora sobre el hombro de Julie)

JULIE (*Sollozando*).- ¡No llore así, Sr. Thomassin!

Escena II

LOS MISMOS, HENRY

HENRY (*entrando emocionado, muy pálido*).- Señor... Ha llegado todo el mundo... Los obreros del astillero están aquí... Abajo...delante de la puerta...No tardarán en venir a buscar...

THOMASSIN.- Bien..Bien...ya bajo... Hijo mío no me queda más que usted ahora. Tendrá que quererme aun más que antes, ¿verdad?

HENRY (*muy turbado*).- Yo lo quiero mucho, señor.

THOMASSIN.- ¡Sí, lo sé!... (*Lo mira*) Usted también, usted también está afectado... ¡Ella era tan buena con todos!... La quería usted bien, ¿no es así?

HENRY (*con un nudo en la garganta*).- Sí, señor...

THOMASSIN.- No me llame más señor. Debemos estrechar nuestros corazones y decirnos esas palabras que demuestran que uno quiere y que hace quererse. Acaba de producirse un vacío en esta casa, un vacío tan grande en mí y en torno a mí, que tengo necesidad de verme rodeado de afecto. Hay que echar ternura en estos agujeros del

corazón. Sin eso, no podría vivir más.

HENRY (*con voz entrecortada.*)- Me esforzaré en demostrarle mi... abnegación... estaré... estoy completamente a su disposición, señor.

THOMASSIN.- No me llame «señor», se lo ruego. Dígame « amigo mío »...

HENRY.- Como usted quiera... (*Se detiene. Llaman a la puerta del fondo. Julie entreabre y cierra la puerta tras haber hecho un signo afirmativo con la cabeza.*)

THOMASSIN.- ¿Ya vienen para...?

JULIE (*acercándose*).- Sí... ¡Ánimo, señor!

THOMASSIN.- (*con un suspiro desgarrador.*)- ¡Ánimo!... (*Prorrumpe en sollozos.*)
¿Vienes, Julie? (*Coge su sombrero.*)

JULIE.- Dentro de un momento, señor. Todas las cosas de la señora todavía están desordenadas por la habitación. No quiero que usted las encuentre a su regreso. Iré cuando haya ordenado esto un poco... Además... La iglesia está ahí... (*Muestra la ventana.*) ¡Ahí enfrente!

THOMASSIN.- ¡Sí... descansará... casi bajo mis ojos!... Su brazo, Henry.

¡Ánimo!...¡oh! sí... Me hace falta ánimo... (*Sale apoyado en el brazo de Henry, con el pañuelo secándose los ojos.*)

Escena III

JULIE (*sola, mirándolos salir.*)- Hay que ver... ¡Los viejos se quedan y los jóvenes se van!... ¡Mi pobre niña!... se les alimenta, se les educa, se les quiere, más que a uno mismo! ¡Y uno no puede morir antes que ellos!... cuando lo pienso... hace dos días... ella estaba allí acostada... en su cama. Era por la mañana. Le llevé su desayuno, como de costumbre... Ella me dijo: «¡Gracias, mi buena Julie! » Hace dos días... Entonces me pareció que tenía la voz un poco cambiada, y los ojos grandes... Pero no presté más atención... Luego, un momento después.... cuando volví a entrar...me extrañé de que todavía no se hubiese levantado... ¡no se movía, como si durmiese!... ¡La llamé!, la tomé por la mano... ¡Dios Santo! Estaba fría, estaba muerta. Algo se había roto en su interior... (*Seca los ojos*) Vamos... ordenemos todo esto... aquí está su vestido... un par de guantes... los últimos que ha llevado... todo su ajuar...¡Apenas me atrevo a tocarlo!... (*Se deja caer sobre una silla*).

Escena IV

HENRY, JULIE

(*Henry entra rápidamente, parece sorprendido al advertir a Julie.*)

HENRY.- Cómo Julie... ¡No está usted en...?

JULIE.- Dios mío... cómo ha pasado el tiempo... Sr. Henry... no he acabado de ordenar... Me parece que tengo los brazos rotos y las piernas también... no puedo moverme más... ¿pero usted? ¡El oficio no pudo haber acabado todavía!

HENRY.- No... (*Con embarazo*) Se me ha ocurrido una idea. El Sr. Thomassin no tenía breviario... entonces he pensado en venir a buscar el de la señora. ¿Dónde está, Julie?

JULIE.- No lo sé, señor... no lo veo...

HENRY.- Voy a tratar de encontrarlo...

JULIE.- Tal vez esté allí encima... (*Se dirige a la cómoda.*) No...

HENRY.- Lo encontraré... lo encontraré... vaya, Julie...

JULIE.- Sí, sí... señor. (*Sale de la habitación con un gesto de extrañeza.*)

Escena V

HENRY, JULIE

HENRY (*Solo. Apenas ha salido Julie, pasa el cerrojo y luego corre a arrodillarse ante la cama de la Sra. Thomassin, sollozando sin decir nada durante un minuto. Luego se incorpora, va hacia la cómoda, toma el par de guantes dejados por Julie y los besa febrilmente.*)- ¡Berthe!... ¡adorada mía!... ¡Estos objetos que fueron tuyos me queman al tocarlos! ¡qué tortura! ¡No haber amado más que a un ser en la vida, sino idolatrarlo! No vivir más que por ella... haber aceptado todo por vivir cerca de ella, no tener más que un deseo, un sueño, una esperanza, más que un pensamiento. Ella... Poseerla finalmente gracias a toda la intensidad de este amor... y luego, de súbito, perderla, perderla para siempre, sin que quede nada más de ella, excepto algunos objetos que parecen también muertos... (*se levanta bruscamente*) ¡Veamos, veamos!... No he venido aquí para llorar!... ¿Dónde puede estar?... Debo encontrar esa carta.. ¡La única que le he escrito!... Ahí...seguramente... (*abre el secreter registrando los cajones.*) ¡No... Nada!... es terrible... ¿Dónde ha podido esconderla? Tal vez la haya quemado... ¡Sí...la habrá quemado!... Si él la encontrase... Poco me importa a mí... Pero ella... Me parece que después de su muerte, eso sería peor que si aún estuviese viva! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Nada! ¡estaré sometido a ese terror a todas horas suspendido sobre mí!
(*Llaman a la puerta*)

Voz de JULIE (*Desde fuera*).- ¡Señor... Sr. Henry!

HENRY.- ¡Ah! (*Va a abrir.*)

Escena VI

JULIE, HENRY

JULIE.- ¿Porqué ha pasado usted la cerradura, Sr. Henry?

HENRY (*Con decisión*).- Lo hice sin darme cuenta... Julie... por supuesto...

JULIE.- ¡Ah! bueno. ¿Y el breviario de la señora?

HENRY.- He intentado buscarlo...

(*En ese momento se oye el órgano en el exterior y el Dies irae, cantado por las voces infantiles del coro. Julie cae de rodillas.*)

JULIE.- Padre Nuestro, que estás en los Cielos, acógela en tu seno. (*Henry se inclina sobre una silla y llora silenciosamente.*) Usted también está muy apenado, Sr. Henry... ¡oh! sí, yo sé bien que usted la quería mucho... Ella le correspondía...¡pobre querida mujer!

HENRY (*Con turbación*).- En efecto... La Sra. Thomassin...

JULIE.- ¡Oh! ahora puedo decírselo Sr. Henry. Ella me hablaba de usted muy a menudo: no estoy segura si se daba cuenta de que lo quería a usted... más de lo que debía, - ¡tal vez!

(*En el exterior cesan los cantos.*)

HENRY (*violentemente*).- ¡Eso no es cierto!... Usted no sabe lo que dice... Ella nunca me ha querido así... Y tenga cuidado en no repetir semejantes tonterías, entiende, Julie, cúidese mucho de ello. (*Sale vivamente*).

Escena VII

JULIE (*sola*).- Pobre muchacho... ¡Ah! sí, sí, creo que es cierto... Desde hace algún tiempo, la señora estaba muy rara... la sorprendí dos o tres veces llorando... ¡Quizás porque se había dado cuenta de lo que decía su corazón! (*Fuera se oyen las campanas, ella comienza a ordenar.*) ¡Ah! ¡el oficio ha acabado!... (*Percibe un libro oculto por el dosel.*) ¡Ah! aquí está el libro que el Sr. Henry tanto ha buscado. (*Lo toma y se levanta, lo abre, cae una carta, ella la recoge.*) Un papel... (*Lo examina, le da vueltas y lo vuelve a colocar entre las páginas del libro.*)

Escena VIII

JULIE, THOMASSIN, HENRY

(*Viendo a Thomassin y a Henry, Julie va al encuentro de ambos después de haber depositado el libro sobre la mesa.*)

THOMASSIN.- ¡Ah! ¡no puedo más!

HENRY.- Por favor, quédese aquí... Julie va a cuidarlo un poco señor... amigo mío, yo volveré allá...

THOMASSIN.- Sí... acompáñela hasta el final... se lo ruego... Yo, yo no puedo más, me caería.

JULIE.- Vaya...vaya...Sr. Henry.

(*Henry mira un momento a Thomassin y sale.*)

Escena IX

JULIE, THOMASSIN

THOMASSIN (*respira agitadamente*).- En la iglesia he creído que me encontraría mal antes de que la misa fuese oficiada... Por un momento busqué a Henry... No lo he visto cerca de mí... He tenido miedo. Fue necesario que me agarrarse a una silla.

JULIE.- Él había venido a buscar el breviario de la señora para usted, Sr. Thomassin, pero no lo encontramos. Lo encontré después de que el Sr. Henry se hubiese marchado...allí... (*muestra bajo la cama*)

THOMASSIN.- Su misal. Démelo, Julie, ¡quiero rezar por ella!... (*Abre el libro y percibe el papel.*) ¿Qué es esto?

JULIE.- No lo sé, señor... Ha caído del libro... Y como yo no sé leer...

THOMASSIN (*incorporándose*).- Tal vez sintiéndose morir, ella habrá escrito... (*Deposita el libro sobre la mesa y abre la carta.*) la escritura de... (*comienza a leer, da algunos pasos como si no pudiese creer lo que sus ojos leían, luego mira intensamente la escritura con ojos desencajados, la boca convulsa, a continuación la carta le resbala de las manos y cae cara abajo sobre el canapé, emitiendo un grito desgarrador.*) ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JULIE (*azorada*).- ¿Qué ocurre?... ¡Señor! ¡Auxilio! ¡Que puede haber en ese papel! ¡Auxilio!... ¡Sr. Thomassin! ¡Sr. Thomassin! (*Ella le arroja agua al rostro, le golpea en las manos. Él abre los ojos como aturdido.*) ¿Está mejor, señor? (*Silencio.*) Sí, ya está mejor, ¿verdad? (*Un nuevo silencio.*) ¡Vamos, respóndame, vamos, no me asuste!...

THOMASSIN (*levantándose*).- ¡Qué infamia! (*Mira el papel a sus pies.*) Ese papel embadurnado de tinta, mira eso, Julie... ¡Eso!... (*Violentamente.*) Es la vergüenza, es la traición, es mi corazón destrozado... ¡Es mi hogar deshonorado por dos miserables!

JULIE.- ¡Ah! señor, señor, ¿qué es lo que ocurre? Siéntese ahí... y espere. Corro a buscar al Sr. Henry.

THOMASSIN.- (*Levantándose.*)- ¡Él!... ¡oh! ¡que no entre aquí, lo mataría!...
JULIE.- El Sr. Henry... (*Aparte.*) ¡Ah! ¡ya entiendo!
THOMASSIN.- Esos dos ahí... Los dos (*recoge la carta con frenesí, la abre y la lee.*)
¡Oh! ¡infames! (*Arruga la carta y la arroja al suelo.*) No hay pues nada en este mundo,
ni por encima de él!... ¡Nada!... ¡Ni buena fe, ni justicia, ni honor, ni fidelidad, ni
Dios!...
JULIE (*Aparte.*)- ¿Qué dice ahí? (*En voz alta*) ¿Sr. Thomassin?
THOMASSIN.- No me hable... no quiero que se me hable, quiero estar solo... ¡Pero
aquí no! ¡Oh! ¡no!. Aquí sufro demasiado. (*Se precipita a su habitación.*)

Escena X

JULIE sola, luego HENRY

JULIE.- ¡Será posible, todo esto!
(*Se abre la puerta, aparece Henry.*)
HENRY (*Entrando.*)- ¿Dónde está el Sr. Thomassin?
(*Julie se baja, recoge la carta, la desarruga y la tiende a Henry.*)
JULIE.- Sr. Henry... ¿quiere usted decirme que hay escrito aquí?
HENRY (*arrancándole la carta de las manos.*)- ¿Dónde ha encontrado usted esta
carta? ¡Respóndame!
JULIE (*despacio*)- ¡En el misal de la señora! No sospechando de lo que se trataba, he
hablado de ello al señor, y entonces...
HENRY.- ¡Desgraciada! Él ha leído...
JULIE.- ¡Sí!... ¡Luego se ha vuelto como loco!
HENRY.- ¡Ah! Julie... ¿qué es lo que ha hecho?... ¡no me queda más que huir de esta
casa!...
JULIE.- Sr. Henry, usted sabe que la señora era casi mi hija. Usted no se irá antes de
haberme dicho... Quiero saber si puedo perdonarla por no haber sido una mujer decente.
HENRY.- ¡Ah! ¡Es culpa mía, Julie! Te lo juro... ¡Solamente culpa mía! ¡si supieras
como la amaba! - Sí, tú lo sabías! Puesto que habías adivinado que ella también me
amaba. ¡Yo, yo la adoraba desde hace mucho tiempo! Siendo aún muy pequeño, en el
fondo de mi corazón, ya me decía...¡Tendrá que ser mi esposa!... Luego pasaron los
años. Yo crecí con ese pensamiento ante los ojos... ¡Trabajaba tanto para conseguir
merecerla! De pronto su padre muere... ¡ella viene aquí! Entonces para no vivir alejado
de ella, he sacrificado todo, mi porvenir, mi fortuna, todo, y me he puesto a trabajar en
los astilleros del Sr. Thomassin... El día en el que se decidió que ella se convertiría en su
esposa...¡ah! no sé como no he muerto de rabia y de sufrimiento. ¡Ah! ¡más habría
valido!
JULIE (*fríamente*)- ¿Y luego?
HENRY.- Luego, Dios mío, luego casi había acabado por hacerme a la idea de que ella
nunca sería más que una hermana para mí... pero una tarde, el pasado mes, estábamos
solos...nos miramos... Ella se puso a llorar de repente, y yo me di cuenta de que me
amaba. Entonces caí a sus pies... la tomé en mis brazos. ¡Ah! ¡Julie! esa hora de olvido
ha sido la única, te lo juro. ¿Por qué quieres que te lo jure? ¡Mira! Te lo juro por lo que
hay para mí más sagrado en el mundo... por el recuerdo de aquella que desde ayer falta,
ella ha huido de mí... Nunca más, no ha querido encontrarse a solas conmigo. Hace tres
días, enloquecido de pasión, le escribí esta carta en la que le recordaba... sí... me atreví...
No me respondió... ¡Al día siguiente murió!...
JULIE.- Pobre, pobre señora... ¡Fue el remordimiento lo que la mató!

HENRY (*aparte.*)- ¡El remordimiento, no!
(*En ese momento, la puerta por la que ha salido Thomassin se vuelve a abrir. Reaparece con la cabeza baja. Ve a Henry y hace un terrible gesto de amenaza... Henry y Julie lo advierten entonces.*)

Escena XI

THOMASSIN, HENRY

(*Un minuto de silencio. Los dos hombres se miran.*)

THOMASSIN.- No intente decir: ¡no! ¡No intente mentir!... ¡Estoy seguro!... Así que uno entra en la casa de un hombre honrado, se hace querer por él como un hijo y se le roba su felicidad, su alegría, la mujer a la que adoraba con toda su alma, e incluso ni le permite el postrer consuelo de respetarla en su tumba... ¡Es usted un miserable!

HENRY.- Diga lo que quiera, señor, no le responderé.

THOMASSIN.- ¡Oh! Me gustaría hacerlo sufrir como ningún hombre haya sufrido, pues usted ha cometido una cobardía sin igual. Desde luego...así lo creo... ¡sin igual!... Pues yo los miraba a ambos como a mis hijos... ¡Y me parece que esto casi es un incesto! ¡Es usted un miserable!

HENRY.- No le contestaré.

THOMASSIN.- Usted, todavía... usted no me había prometido nada... pero su cómplice... Es una...

HENRY (*suplicando.*)- ¡Señor!... Señor... ¡Está muerta!...

THOMASSIN (*enloquecido.*)- ¡Tanto mejor!... ¡Me alegra que esté muerta!...

HENRY.- ¡Cállese...cállese!

THOMASSIN.- Usted lo ha dicho... ¡Quisiera usted hacerme callar ahora! ¡Usted!... ah, no comprende porque tenía el aspecto calmado cuando entré, era porque quería... quería que usted confesase... Pero se atreve... ¿No ve usted que muero de ganas de estrangularlo?

HENRY.- ¡Oh! No me defendería... Yo, todo lo que usted quiera, pero se lo suplico, no hable de ella así... ¡Porque usted no sabe!... ¡Ella se ha suicidado, señor!

THOMASSIN (*estremeciéndose.*)- ¡Eh!

HENRY.- Ella se ha matado porque creía amarme y no se atrevía a seguir siendo su esposa.

THOMASSIN.- ¡Eso no es cierto!

HENRY (*extrayendo un frasco de su bolsillo.*)- Aquí está lo que he encontrado, un frasco que había pasado desapercibido. Me he informado... ¡es casi fulminante!

THOMASSIN.- ¡Desgraciado!... ¡Tú la has matado!

HENRY.- ¡Eh! ¡Sé bien que fui yo!... Pero déjeme decirle... Sí... soy un miserable... No le pido que me perdone.

THOMASSIN.-¡Perdonarte!... á tí... ¡por quién todo lo que constituía mi felicidad ha desaparecido! (*va hacia la ventana y arranca una barra transversal de hierro que la cierra. Luego avanza hacia Henry, la mirada amenazadora, terrible.*) ¡Perdonarte!... ¡Tú bromeas, me parece!

HENRY.- ¡Deténgase... Señor! No vale la pena cometer un crimen. Desde el momento en el que usted exige mi muerte... ¡me haré justicia a mi mismo!

THOMASSIN (*dejando caer la barra de hierro mirando a Henry.*)- ¿Cómo?

HENRY.- ¡Con esto... como ella!... ¡Queda bastante para matarme! (*Thomassin hace un gesto como para detenerlo, luego lo mira - Henry va hacia la cómoda, toma un vaso y vierte agua, echando con frialdad en esa agua el contenido del veneno.*) ¡Ah! ¡qué feliz

soy!... ¡voy a sufrir como ella ha sufrido, morir como ella ha muerto! Y tal vez, ¿quién sabe?... tenga la esperanza de encontrarla más allá... Si eso no es una mentira... (*Lleva el vaso a sus labios.*)

THOMASSIN (*con un gesto furioso le arranca el vaso y lo arroja al suelo.*)- ¡No! ¡Eso no podría ser! ¡Yo no lo quiero! ¡Encontrarla...tú!... ¡Todas las noches os vería juntos! ¡No quiero! ¡Cuando pienso que te llamaba hijo mío! como quería conservarte siempre cerca de mí... en esta casa.

HENRY.- Yo también, señor, antes, saliendo de allí (*señala la ventana.*) de quedar cerca de usted, siempre; de hacerle la vida tan dulce como fuese posible, y como uno paga en secreto una deuda sagrada... Y luego quería vivir aquí... donde todo me habla de ella.

THOMASSIN (*Con un grito.*)- ¡Ah! ¡puedo entonces torturarlo a mi antojo!... Vivir lejos de esta casa, lejos de todo lo que se la recuerda, eso es lo que le romperá el corazón, ¿no es así? ¡Váyase... lo expulso!

HENRY.- Señor...

THOMASSIN.- Lo expulso... Y puesto que usted ha jurado obedecerme, le ordeno que parta para el campo. ¡Le prohíbo que vaya a rezar a su tumba antes de alejarse para siempre! Orar sobre esa muerta que usted ha provocado, se lo prohíbo, ¿me entiende? ¡se lo prohíbo!

HENRY.- Bien, señor... (*En ese momento se abre la puerta. Aparece Julie. Él va hacia sus brazos diciendo.*) ¡Ah! Julie... Julie... ¡qué desgraciado soy!... (*Sin responder nada, Julie le empuja suavemente por los hombros y cierra la puerta tras él.*)

Escena XII

THOMASSIN, JULIE

THOMASSIN (*A sí mismo.*)- Desgraciado...¡Y yo! Mi vida se ha acabado... Y decir que esta mañana me compadecía! ¡Esta mañana no tenía más que llorar su muerte!... ¡ahora necesito llorar su vida!

JULIE (*dulcemente*)- Señor...

THOMASSIN (*sin oírla*)- ¡Solo! ¡Completamente solo a partir de ahora! Sin nadie con quién hablar de ella.

JULIE (*dulcemente*)- Sr. Thomassin...

THOMASSIN (*advirtiéndola*)- ¡Tú!... ¡ah! sí... ¡contigo...podría hablar!

JULIE (*con humildad*)- Sr. Thomassin... vengo a decirle que me voy...

THOMASSIN.- ¿Cómo?

JULIE.- Amaba demasiado a mi pobre señora, decididamente, y no quiero quedar con usted. ¡O más bien no puedo!

THOMASSIN.- ¿Por qué?...

JULIE.- Porque reflexionando, Sr. Thomassin, me he dicho que en el fondo ¡fue usted quién ha hecho morir a la pobre mujer!

THOMASSIN.- Yo...yo... ¡Estás loca, Julie! ¡Fue ese desgraciado!...

JULIE (*fríamente*)- Fue usted, señor...

JULIE.- ¡Si la señora está muerta, es por su culpa! (*Movimiento de Thomassin*) Cuando se tiene la edad que usted tiene, uno no se casa con una niña como ella... ¡Antes de querer su corazón, es necesario informarse de si otro no lo poseía ya!

THOMASSIN.- Ella me había dicho que me amaba. Sí... me lo había dicho.

JULIE.- ¡Y que sabía ella! ¡Y que conocía ella de la vida!... Pues bien, sí, ella lo amaba... ¡por gratitud!... como se ama a un padre... Eso es, un padre del que tenía

necesidad, Sr. Thomassin.

THOMASSIN.- Bien...¡vete! Tú también, eres malvada. Todas las mujeres son malvadas... Vete...¡moriré solo! Completamente solo, ¡cómo un perro! Vete, soy yo quién te echo ahora. Vete enseguida (*Rompiendo a llorar.*) ¡Ah! ¡Julie! ¡mi buena Julie! te lo suplico... ¡no me abandones!

JULIE (*Con afecto.*)- ¡No! Sr. Thomassin... no tema nada... Sería una abominación dejarlo completamente solo. Creo desde luego que usted ha sido un poco la causa. Pero veo que no es culpa suya... (*Con intención*) Y cuando eso no es por su culpa... uno no debe quererlo tampoco demasiado en los demás. (*Va hacia la ventana*) ¡Ah! ahí están las maletas del Sr. Henry que François, el cochero, está metiendo en su carreta. El Sr. Henry se va, ¿no es así?... Se va... para siempre... ¡Usted lo ha expulsado!... Él es desgraciado también... Se va para siempre, dice, bien lejos, para siempre... creo que enseguida... ahora... sería imposible que usted le dijese: Quédese... Pero dentro de mucho tiempo, dentro de... tres años... dentro de dos años... tal vez (*Mirando siempre a la ventana*) Sr. Thomassin. Está a punto de partir. Se descubre para saludar una última vez esta casa. Si usted le permitiese... voy a decirle que puede esperar a que... más tarde... Usted quiere, ¿verdad, señor... usted quiere?

THOMASSIN (*después de un tiempo*)- ¡No! A aquella cuya falta ha sido expiada por la muerte, puedo perdonarla... ¡Y la perdono! (*Extendiendo la mano hacia la ventana.*) ¡A él... jamás!

FIN

Traducción de J.M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>